

NADIE DIJO QUE EN EL AMOR Y EN LA GUERRA
NO SE HACIAN PRISIONEROS

LOVING

Wolf

KELLY DREAMS

de

Lectulandia

Confundir a tu vecina con un ladrón, tirarla al suelo y practicar una detención, no es la mejor manera de comenzar una relación. Jeremy Macoy aprendió esa lección por el camino difícil, uno que lo llevaría a hacer hasta lo imposible para hacerse perdonar, aunque para ello tuviese que declarar la guerra a su voluptuosa y apetitosa compañera.

Cleo DeGucci tiene clara una única cosa: odia a su vecino con todo el alma. No solo la confundió con un ladrón, la tiró al suelo y, para su eterna mortificación, le vio el culo, el maldito policía está decidido a obtener su perdón aunque para ello deba utilizar métodos poco ortodoxos. Unos que pueden conseguir que delire de placer o pierda la cabeza por completo.

Después de todo, nadie dijo que en el amor y en la guerra no se hacían prisioneros.

Lectulandia

Kelly Dreams

Loving Wolf

Nadie dijo que en el amor y en la guerra no se hacían prisioneros

American Wolf - 2

ePub r1.0

Titivillus 01.11.2017

Título original: *Loving Wolf*
Kelly Dreams, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A **Adam, Luke, Jeremy, Odin, Quinn, Jim, Santana** y esos lobos que me han mostrado de nuevo lo que es disfrutar escribiendo un libro por el placer de hacerlo.

A mis **lectoras**, las que me leéis a través de las compras legales y de los libros piratas. A todas y sin excepción, gracias por leerme, por apoyarme, por recomendar mis novelas y dejarme formar parte de vuestros sueños dentro de las páginas de un libro.

A **mis amigas**, que me aconsejan, me desafían, se ríen conmigo y se vuelven locas conmigo cuando me desespero porque la historia no avanza como quiero o como debería. Gracias por vuestra infinita paciencia, cariño y amistad.

PRÓLOGO

Cleo dejó caer la bolsa y la caja de la leche en el último escalón y maldijo por enésima vez la oportuna avería que la había obligado a subir a pie los cinco malditos pisos del antiguo edificio en el que vivía.

—Jodido ascensor.

El desgraciado tenía que haberse estropeado precisamente esa tarde. No podía haberlo hecho por la mañana o incluso el día anterior. No. Tenía que dejar de funcionar en el mismo momento en que venía cargada con las compras.

—El jodido carro, Cleo. Tenías que habértelo llevado —rezongó una vez más. Se apartó el pelo de la cara y se subió las gafas antes de recoger las bolsas y emprender el camino hacia su piso—. Aunque con la suerte que llevo hoy me habría dejado alguna rueda en el camino.

Dios. Lo que daría por estar ya debajo de la ducha, con el rostro enfrentando el chorro del agua caliente mientras dejaba que esta se llevase consigo todos los sinsabores del maldito día.

Sin embargo, la mala racha que había arrancado con la precipitada muerte de su coche esa mañana, no tenía intención despegarse de ella todavía.

—¡Que alguien llame a la policía! ¡Me han robado! ¡Me han agredido y se han llevado mi collar de perlas! ¡Oh, dios! ¡El legado de mi madre!

La estridente voz de la mujer que vivía al final del pasillo llegó a ella anunciando su presencia. La señora Gibons era una dama octogenaria que se ganaría un Oscar a la mejor actuación melodramática; la anciana tendía a desvariar y protagonizaba a menudo episodios como aquel. Con el tiempo se había acostumbrado a ignorarla, especialmente durante las últimas semanas en las que la mujer la había convertido en el blanco principal de todas y cada una de sus episodios demenciales.

—Buenas noches, señora Gibons —la saludó sin detenerse—. ¿Ya le han robado otra vez el collar de perlas? ¿Cuántas veces van ya? Esta debe ser la doceava.

Ni siquiera el amable saludo evitó que su excéntrica vecina lanzase un dedo huesudo en su dirección.

—¡Tú! ¡Tú me robaste! ¡Furcia! ¡Fulana! —clamó a voz en grito—. Entraste a mi casa... ¡Policía, que alguien llame a la policía! ¡Me ha robado! ¡Me ha robado mi collar!

Se limitó a poner los ojos en blanco e ignorar a la mujer. Todo lo que quería era dejar el peso que llevaba en el suelo y entrar en su hogar para así perder de vista a la irritante mujer.

—Por supuesto, señora Gibons, le llamaré a la policía tan pronto entre en casa.

Como era de esperar, los gritos empezaron a atraer la atención de los otros vecinos.

—¿Ya estamos otra vez, Nora?

Se giró para mirar a la vecina que vivía en la puerta contigua a la de la escandalosa señora, con un delantal manchado de harina y espátula en mano miraba a la anciana con cara de pocos amigos.

CAPÍTULO 1

—Tu semana está a punto de dar un vuelco. No te cierres a nuevas experiencias. Abre la ventana y deja que entre la suerte —Cleo leyó con gesto aburrido el horóscopo que le aparecía en el móvil—. Número de la suerte el cinco. Color, marrón.

Bufó ante la estupidez que se reproducía en la pantalla. ¿Nuevas experiencias? ¿No eran suficientes las que había tenido últimamente? ¿Qué día era hoy? ¿Viernes? Sí. Eso la dejaba exactamente en el número ciento ochenta y uno de su nueva y patética vida. Aunque, bien mirado, prefería su patética vida actual a la que había tenido hasta entonces.

Mordió el croissant con saña, se lamió el chocolate de los labios que iría a engordar sus ya de por sí llenas caderas y miró la pantalla con ojos extraviados.

—Lo último que necesito ahora mismo son nuevas experiencias —rezongó y miró con recelo el sobre que sobresalía por encima de las páginas de su libro, la invitación que el capullo de su ex le había hecho llegar esa misma mañana a la clínica veterinaria.

La invitación a una jodida boda.

La suya con la tetuda a la que había pillado seis meses atrás y que hizo que descubriese quién era Devon en realidad.

¿Cómo demonios se hace para vivir cinco años con un hombre y no saber que se está tirando todo lo que se mueve? ¿Cómo narices no sabes que estás durmiendo al lado de alguien que necesita *más* y que lo busca fuera?

En cierto modo ahora todo tenía sentido. La monotonía en la que se había convertido su vida en común, la falta de comunicación, las inesperadas ausencias, sus cambios de humor y la decadencia de su vida sexual.

Quizá, como él la había acusado en esa primera y última discusión, no se había molestado en preguntar. Su relación había sido la de dos mejores amigos. Dos personas que se conocían desde la infancia, que fueron al mismo instituto y terminaron compartiendo un piso años después de pura casualidad.

El que hubiesen acabado en la cama no era más que otro error, se percataba ahora, uno provocado por el alcohol y los excesos de una noche de fiesta que los llevó a traspasar la línea de la amistad e incursionar en una posible relación y de ahí a planear una boda que nunca llegaría a celebrarse.

No. No se celebró por que aquella tetuda vestida de cuero que le comía la polla a su prometido mientras él le decía lo malo que había sido, la había dejado en shock.

Oh, sí, ¡jodida revelación!

«Puedo explicarlo, Cleo».

La frase más trillada en la historia de los cuernos y que surgió de entre sus labios mientras meneaba la húmeda polla que acaba de extraer de los labios de la tetuda.

Se llevó la mano al puente de la nariz y se la apretó levantando las gafas.

No recordaba mucho de sus intentos de explicarse, solo el runrún de fondo y los “te veo el jueves a la misma hora, cariño” de la tetuda. Y ni siquiera eso tenía realmente sentido. No. Nada tuvo sentido hasta que sacó la maleta del armario y empezó a recoger sus cosas.

«Cleo, tengo necesidades que tú no puedes cubrir. Necesitaba descubrirme a mí mismo, pero eso no quiere decir que no te quiera. Eres mi mejor amiga».

Primera bola fuera del campo.

La primera frase nada más empezar a meter sus cosas dentro de la maleta había sido esa, luego le siguieron una larga fila de rocambolescas explicaciones y justificaciones que le dijeron, sin lugar a dudas, que había tirado con los últimos seis años de su vida sin darse siquiera cuenta.

«Nuestra relación nunca ha sido típica, Cleo».

«Íbamos a casarnos».

«Hemos sido más tiempo amigos que otra cosa».

«Pero íbamos a casarnos».

«Tengo necesidades y tú no podías...».

«¡Coño! ¡Que íbamos a casarnos!».

La conversación había ocurrido más o menos de esa manera. Él se había disculpado, le dijo que nunca había querido engañarla, que no deseaba que se enterase de esa manera, que ella seguía siendo importante para él y sentenció aquella vista preliminar con la frase decisiva.

«Todavía quiero casarme contigo, Cleo. Necesitas de alguien que te cuide y yo todavía quiero ser el que lo haga. ¿Podrás comprender que necesito más de lo que encuentro contigo?».

El taxista se había ganado la propina y con justicia por haber llegado en menos de cinco minutos y cargar él solito con las maletas.

Seis años de su vida tiradas a la basura, seis años en los que había sido una completa estúpida que no se había enterado de nada.

Y ahora el hijo de puta se casa y tiene el morro de invitarte a la boda. ¿En qué mierda de mundo alternativo cree que vives?

«Confío en que al menos podremos seguir siendo amigos».

Otra frase típica a la que había respondido con un gesto también típico; su dedo corazón mirando al cielo por la ventanilla del taxi.

Y ahora el estúpido horóscopo del móvil le decía que no se cerrase a nuevas experiencias, ¿dejaría algún día el karma de burlarse con tanta saña de ella?

—Peli ñoña y helado de chocolate —masculló en voz baja. Aquel sería el plan para esa noche.

El letrero del bus anunció la siguiente parada. Se bajaba aquí. Su nuevo piso no era precisamente para echar cohetes, estaba segura que era incluso más viejo que ella, pero al menos no había gilipollas ocupándolo, lo cual tenía que ser un verdadero consuelo.

Se terminó el croissant con dos bocados, se lamió los dedos y se aseguró de que el bolso iba bien sujeto, al igual que el libro que llevaba bajo el brazo y la bolsa de la confitería. El autobús disminuyó la velocidad y, como sardinas enlatadas, toda la gente que se bajaba en esa parada procedió a empujar para ser los primeros en abandonar el vehículo.

Saltó del mismo como toda una atleta olímpica, correteó fintando a los demás pasajeros sobre sus tacones de doce centímetros —necesarios para conferirle una altura adecuada— y salió a la calle. A esas horas de la noche esa parte de la ciudad estaba tranquila, no había mucha gente que cogiese la misma salida, así que disminuyó la velocidad y continuó su paseo con dignidad.

Había sido todo un cambio, pensó mirando los edificios aledaños que conducían a su calle, nada que ver con la zona cosmopolita en la que había estado viviendo los últimos años con Devon. De todos modos, ese había sido precisamente el motivo de mudarse a Lincoln, Nebraska y abrir allí su propia clínica veterinaria; alejarse del pasado todo lo que podía.

Dejó escapar un suspiro de alivio al ver por fin la escalinata de su edificio al final de la calle, no veía la hora de llegar a casa y meterse en la anticuada bañera para mimarse con un relajante baño de espuma. Se pondría su pijama favorito y se arrellanaría en el sofá a ver una película y comerse todo un bol de helado si se le antojaba.

—El helado de chocolate siempre lo soluciona todo —canturreó. Sujetó bien el libro bajo el brazo y empezó a bucear en el interior del bolso en busca de la llave.

—No entiendo cómo en algo tan pequeño pueden perderse las jodidas llaves —refunfuñó al tiempo que sacaba el llavero—. Abre la ventana y deja entrar la suerte —parafraseó la línea que había leído en su horóscopo—. Esa no conoce ni mi dirección.

Haciendo sus pensamientos a un lado, apuró el paso, subió los primeros dos escalones a la carrera pero no llegó a alcanzar el tercero, pues el tacón del zapato se rompió lanzándola de golpe contra el suelo. De no haber puesto las manos y una rodilla por delante, se habría comido sus propios dientes y las gafas.

—Joder, eso sí que ha sido una buena plancha —escuchó a su espalda—. ¿Estás bien?

Arrugó la nariz y se giró lentamente para ver a alguien a los pies de la escalera, su mirada, sin embargo, no estaba puesta en su cara.

—¿Te gusta lo que ves? —le escuchó murmurar mientras entrecerraba los ojos. Un segundo después sus labios se estiraban en una pícara sonrisa—. Más de lo que te imaginarías.

Con un ahogado grito se bajó inmediatamente la falda del vestido que se le había subido con la caída e intentó ponerse en pie. El eslogan que acababa de poner en palabras estaba escrito sobre la tela de las bragas y venía acompañado por la silueta de una sexy gatita.

El rubor le inundaba el rostro mientras se ponía en pie y se quitaba rápidamente el zapato roto. Al mismo tiempo, el recién llegado recogía el libro, la invitación y la bolsa de la confitería que había salido despedida en la aparatosa caída.

—¿Se ha hecho daño, señorita DeGucci?

Se subió las gafas con un dedo y contuvo una expresión estoica mientras contemplaba a su exultante vecino pero fue incapaz de evitar que el calor siguiese bajando por su rostro e iluminando de un tono rojizo su piel clara.

El hombre era como una maldita plaga. Allá por dónde iba, arrasaba con todo y no era para menos. El policía de la unidad de narcóticos tenía la complexión de un armario, era endiabladamente alto y poseía los ojos más inquisitivos que había visto jamás en una persona.

Jeremy Macoy era el vecino favorito de todas las señoras del edificio e incluso de algunos de los ancianos, especialmente del señor Merlot. Pero a ella no la engañaba con esa sensual sonrisa o educados modales. No era una boba que se dejaba engatusar por esos ojos y el ritmo acelerado de su respiración cada vez que lo veía se debía a la irritación que suponía su presencia y al recordatorio de cómo se habían conocido en primer lugar.

—Estoy perfectamente, gracias —declaró alzando la barbilla con aire autosuficiente.

Los ojos color miel se encontraron con los suyos y esos jugosos y llenos labios se curvaron en una socarrona sonrisa mientras le devolvía el libro y la bolsa.

—No pensé que eras tan bajita —comentó recorriéndola con la mirada mientras le entregaba las cosas, aunque se negó a soltarlas—. Pero me gusta, eres tamaño muñequita.

Le entraron los siete males. Le arrancó de las manos el libro y la bolsa, le dedicó una de sus fulminantes miradas y le dio la espalda.

—¿No piensas perdonarme por lo de esa noche? —escuchó a su espalda. Había dejado el trato formal para tutearla, algo que empezó a hacer después de que le cerrase varias veces la puerta en las narices tras el lamentable episodio que había protagonizado por su culpa—. Te lo juro, Cleo, fue un enorme error. No estaba pensando con claridad, ni siquiera estoy seguro de hacerlo ahora. Nena, lamento profundamente lo que ocurrió.

Y ya podía sentirlo, pensó irritada. La había placado como un jugador de fútbol americano y todo porque esa desquiciada del 5.º C había montado uno de sus numeritos. Los que vivían en el edificio ya conocían las paranoias de Nora Gibons, pero el nuevo inquilino contiguo a su puerta, no.

Decir que terminó en el suelo, con las manos a la espalda y esos noventa kilos sobre sus piernas mientras la contemplaban los vecinos, fue suficiente para hacer que lo odiase de por vida.

—No me llames nena —siseó al tiempo que apretaba los dientes por la punzada de dolor que notaba ahora en la rodilla. Intentó no cojear, recogió las llaves que

habían volado hasta la puerta y abrió.

—Cleo...

No se molestó en mirar atrás, desde ese mismo momento, el capullo estaba en su lista negra.

—Buenas noches, señor Macoy.

Lo escuchó subir las escaleras rápidamente y al instante tuvo una enorme mano masculina sujetándole la puerta abierta.

—Vamos en la misma dirección —se justificó él cuando le dedicó de nuevo esa mirada destinada a no hacer prisioneros.

No respondió, no quería ni siquiera estar cerca de él, si tenía que subir los cinco malditos pisos a pie, lo haría. Cualquier cosa antes que compartir el ascensor con el maldito policía que le había clavado la polla en el culo mientras la estaba esposando y que hacía que todo su cuerpo desease empezar a bailar samba.

CAPÍTULO 2

Si las miradas matasen, las de esa mujer lo habrían convertido en fiambre en el mismo instante en que se conocieron, pensó Jeremy. De hecho, debía estar contento de que dicho encuentro se hubiese saldado solo con una bofetada después de haberla tirado al suelo e inmovilizado con las manos tras la espalda.

Había salido de una de las vigilancias más largas de los últimos tiempos, el caso que investigaba se había saldado con varias bajas innecesarias que lo habían dejado tocado. Peschong lo había obligado a cogerse unos días libres a causa de ello —y también por haberle pegado un puñetazo al capullo del nuevo—, para que descansase y se despejase.

Su mal humor se había unido entonces a los gritos de la anciana del piso frente al suyo, la había escuchado a medida subía las escaleras y su vena policíaca había tomado el mando.

¿Cómo diablos no la olió? ¿Cómo no captó su aroma en el mismo instante en que puso un pie por primera vez en el edificio?

Tragó al notar cómo su sexo recordaba perfectamente esa irregular detención. Por primera vez en su vida se había excitado con los contoneos de una mujer mientras ejecutaba una detención, su aroma lo había sacudido entonces haciendo que su lobo interior levantase la cabeza y se pusiese totalmente alerta. Lo que empezó como perpleja sorpresa, pronto se convirtió en masculina apreciación ante la blandura de la curvilínea mujer que retenía bajo él y el dulce y apetitoso aroma que disparó sus hormonas; acababa de hacerle un placaje a su compañera, la mujer que su lobo había reconocido y en la que no había podido dejar de pensar desde ese mismo instante.

Pero su momentánea perplejidad había durado lo que les llevó a sus vecinos sacarlo del error cometido.

Una de las inquilinas de la misma planta, armada con una espátula de plástico, comenzó a pegarle con ella y un segundo después el veterano del piso de arriba caminaba hacia ellos y chasqueaba la lengua diciéndole que había hecho un arresto innecesario; la mujer era inocente y la anciana que había gritado tendía a esos episodios de locura continua en la que o bien se le quemaba la casa o convertía en ladrón a la primera persona con la que se topaba.

Sí, su primera toma de contacto con la señorita Cleopatra DeGucci había sido memorable en muchos sentidos.

Desde ese momento había intentado disculparse con ella de todas las maneras posibles. La arrolladora necesidad que le provocaba su aroma, el deseo inconfundible que esa hembra despertaba en él lo había llevado a pasar toda la jodida semana en una especie de nube de frustración y rabia que se convertía en irrefrenable deseo cuando volvía a verla, pero su obstinada y rencorosa vecina no parecía tener la más

mínima intención de concederle perdón alguno.

Acababa de dar precisamente su tercera vuelta a la manzana cuando captó su aroma. Desde esa primera toma de contacto, desde que su presencia y olor despertó al lobo en su interior todo en lo que podía pensar era en reclamarla. Quería lamer esa suave y blanca piel, quería saber si su sabor estaba a la par de su voluptuosidad, quería morderla, marcarla profundamente y hacerle comprender que era suya y solo suya. La frustración a la que se veía sometido con sus continuos desaires lo había llevado a adoptar esas salidas, necesitaba correr, drenar de su sistema la energía y desesperación antes de que la cercanía de esa hembra lo llevase a cometer una estupidez. Cualquiera pensaría que un alfa tendría un poco más de disciplina, pero la suya se había evaporado en el mismo instante en que ella entró en escena.

Maldito emparejamiento.

Cuando la vio enfilarse hacia la calle en la que ambos compartían edificio, vio la oportunidad de intentar un nuevo acercamiento. Su insistencia en obtener el perdón de esa mujer empezaba a resultar obsesivo y sabía perfectamente que no era más que una excusa para lo que realmente quería. No había hecho más que enfilarse la breve escalinata de entrada cuando escuchó el chasquido del tacón del zapato y la vio precipitarse hacia delante hasta quedar espatarrada sobre las escaleras. La falda del vestido se le había levantado de modo que pudo apreciar esas divertidas braguitas con un eslogan tan directo que no pudo evitar dar la respuesta en voz alta.

Su beta se había reído hasta las lágrimas cuando le había contado lo ocurrido la semana anterior, tanto él como el alfa de la región limítrofe a la suya solían reunirse cada semana para echar una partida de póker, especialmente desde que había tenido que trasladarse momentáneamente a Lincoln para prestar servicios en la Unidad de Narcóticos del condado. Solían cuadrar sus días libres para poder pasar la noche en casa de alguno de ellos y disfrutar de una masculina y velada entre cervezas, pizza y juegos de cartas.

Lástima que la pequeña muñequita que era Cleo DeGucci no tuviese su mismo sentido del humor.

—¿Sube? —le preguntó señalando el ascensor.

Ambos vivían en la quinta planta, curiosamente su vivienda estaba pegada a la de ella, lo que hacía todavía más inexplicable el cómo demonios no la había percibido antes.

Había oído que cada emparejamiento era distinto, pero no oler a su compañera hasta haber caído sobre ella le parecía un poquito... extremo.

—Después de ti —le ofreció caballeroso.

Como respuesta, entró en el ascensor y oprimió el botón del quinto, la siguió al interior solo para verla salir antes de que las puertas se cerrasen dejándolo solo, encerrado y con un palmo de narices mientras le dedicaba una cínica despedida con la mano.

—Buenas noches, señor Macoy.

Las puertas se cerraron por completo al punto de quedarse mirando su distorsionado reflejo en el metal.

—Y me la ha jugado de nuevo.

Aquel era solo uno de los molestos requiebros que llevaba haciéndole toda la semana. Había perdido la cuenta de la cantidad de veces en las que se había negado a aceptar sus disculpas, como las palabras no funcionaban lo intentó con flores solo para encontrar los ramos totalmente deshojados delante de su puerta, la cesta de fruta acabó en las manos de la señorita Evelyn, quién le dijo que ya no estaba en edad para cortejos, pero que se lo agradecía en el alma. A estas alturas ya se trataba de una cuestión de orgullo obtener el indulto de esa mujer.

Sonrió de medio lado y negó con la cabeza. Cleo era muy ingeniosa, su terquedad empezaba a resultar tan atractiva como esas voluptuosas curvas que lucía con tanto orgullo. No era una mujer al uso, su estereotipo era perfecto para él y casaba más que bien en sus gustos. Era un hombre grande y le gustaba tener una mujer suave y con carnes debajo de él, alguien que no se fuera a romper si la tocaba. El que esa mujer fuese además su compañera, no era sino otro problema añadido, uno que estaba más que dispuesto a solventar.

Cuando se trasladó a Lincoln por trabajo y alquiló el pequeño piso lo hizo pensando en una estancia corta. Como alfa de la región Medio Oeste, estaba a cargo de las Grandes Llanuras y de los miembros de la manada afincados dentro del territorio. El que además fuese nuevo en el cargo, pues incluso diez años era todavía un periodo demasiado corto para hacerse con el nombre y confianza de la manada, suponía más un hándicap que un beneficio. El que el anterior alfa hubiese sido su padre añadía un peso a mayores, uno que no había dejado de notar desde la noche en que los dejó.

Con todo, no era un hombre que se amilanara ante los desafíos, por el contrario, los encontraba estimulantes.

—Y ahora tengo que lidiar además con una nueva compañera —murmuró para sí, se pasó la mano por el pelo y suspiró.

Ni en sus más salvajes pesadillas pensó tener que enfrentarse a algo como esto. Había estado demasiado ocupado preocupándose por cómo manejar los asuntos de la manada, por cómo ser un buen alfa para tener que pensar en algo tan remoto como una posible compañera.

Cleo DeGucci. Una mujer humana que quería sus intestinos en una bandeja de plata.

Sacudió la cabeza y miró el contador del ascensor cuando sintió el teléfono vibrando en el interior de su chaqueta.

—Qué oportuno —murmuró al ver el nombre en la pantalla del teléfono—. ¿Tanto me echas de menos que no puedes esperar ni una hora para verme la jeta?

La respuesta llegó precedida de un profundo bufido.

—Qué puedo decirte, Jer, vivo para hacer tu vida más interesante.

No pudo evitar poner los ojos en blanco ante las palabras de su beta. Jim Beverly era la clase de lobo que uno querría tener a su lado durante una crisis y lejos el resto del tiempo.

—No me digas —bufó—. ¿Qué tiene tanta urgencia como para que me llames y no me lo digas cuando llegues?

—Murdock ha llamado otra vez, se ha reportado la desaparición de uno de los jóvenes de nuestra manada.

Gruñó por lo bajo. Aquella era la segunda desaparición que se reportaba en los últimos meses. La anterior había venido del territorio colindante, el que regía Galen Stavros.

—¿Alguna pista sobre su paradero?

—Ninguna —declaró de inmediato—. Es como si se hubiesen esfumado en el aire. Murdock está en contacto con Galen para mantener una patrulla constante en las fronteras, pero nadie ha visto nada ni sabe nada.

—Que siga rastreando la zona —pidió al tiempo que se frotaba la frente con gesto cansado—. Y ya que estás al teléfono, socio, tráete un pack de cervezas extra cuando vengas.

—Roger, lobito.

Sin otro comentario más cortó la llamada dejándolo con el teléfono pegado a la oreja. Sacudió la cabeza y volvió a mirar el panel de los pisos, pronto llegaría a su planta. Dudaba que esa díscola lobita corriese con la rodilla lastimada por la caída. Se la había raspado, nada grave por lo que vio, pero le dolería lo suficiente como para no cometer una estupidez únicamente para escapar de él.

Las puertas se abrieron y, como suponía, llegó antes que ella. No había rastro de la fémina en el pasillo y sí en los ruiditos que procedían desde las escaleras. Ese edificio era como un viejo cascarón en el que se oía todo.

Su lobo empezó a agitarse, sintió el cambio en sus ojos, el dolor en los dientes y tuvo que obligarse a recular y respirar profundamente. La deseaba, la deseaba con una desesperación que empezaba a rayar la locura. Sacudió la cabeza y retrocedió, le habría gustado quedarse y esperarla, intentar una nueva aproximación, pero sus compañeros llegarían de un momento a otro; esta vez le tocaba a él organizar la partida semanal.

Echó un último vistazo y suspiró.

—Este juego del gato y el ratón no va a durar mucho tiempo más, lobita —musitó para sí—. Antes o después, este lobo te dará caza y cuando lo haga, no podrás escapar.

Solo esperaba que durante el proceso, su curvilínea e irritante compañera no sufriese de un ataque de nervios cuando descubriese que él era mucho más de lo que parecía, mucho más.

Cleo apretó los dedos alrededor de la cuchara cuando escuchó de nuevo los gritos y la algarabía al otro lado de la pared. Ya no se trataba solo del ruido, el cual creía haber ahogado con los auriculares, sino de que sus adorados libros empezaban a temblar después de cada una de las explosiones de euforia.

Intentó volver a concentrarse en la película sin éxito, el delicioso helado había comenzado incluso a derretirse convirtiéndose en una masa aguada marrón nada apetecible.

¿Es que aquel maldito día no iba a terminar nunca?

Bajó la mirada a su rodilla, le había puesto una bolsa de guisantes en un intento por aliviar el hinchazón y el entumecimiento pero empezaba a verla convertida en un balón.

Resopló y se aferró al sofá para no salir disparada cuando una nueva oleada de gritos hizo vibrar las viejas paredes de su vivienda.

—Esto ya pasa de castaño oscuro —rezongó al tiempo que dejaba el recipiente de helado de golpe en la mesa, se quitaba los auriculares y cogía la bolsa de guisantes y la estampaba ella misma contra la pared.

Se levantó y se arrastró cojeando hasta la estantería para empezar a propinar sus propios porrazos a la pared.

—¡Un poco de silencio! ¡Este es un edificio antiguo y los demás queremos tranquilidad!

Oyó sonidos del otro lado, murmullos, movimientos de sillas al que no tardó en seguir un tamborileo tan fuerte contra la misma pared que el mueble empezó a temblar y solo tuvo tiempo de apartarse de un salto antes de que su busto favorito cayese al suelo haciéndose pedazos.

Se llevó las manos a la boca y abrió los ojos en un completo gesto de horror, empezó a temblar mientras veía a sus pies los fragmentos de su objeto favorito.

—Oh dios, oh dios, oh dios, oh dios... —jadeó viendo los trozos esparcidos delante de sus zapatillas de conejita—. Oh dios mío...

Recogió la parte frontal que ahora se había convertido en una macabra máscara de la escultura y se obligó a no hiperventilar. Respiró una y otra vez, respiraciones profundas y lentas, pero eso no ayudó a calmarla ni un poco.

—¡Maldito hijo de puta! —clamó a voz en grito.

Giró sobre su pierna sana y atravesó, a toda la velocidad que su rodilla hinchada le permitía, su reducido piso.

Cleo se consideraba una persona tranquila y juiciosa, tendía a la paciencia y al diálogo, su trabajo como veterinaria le exigía calma y seguridad, pero ese hombre no era uno de sus peludos pacientes y había acabado con todas y cada una de sus reservas en tan solo un instante un encuentro.

No le perdonaba la vergüenza que la hizo pasar, se había sentido ultrajada,

burlada y profundamente herida al ser acusada sin pruebas. Hacía que le entrasen los mil males con solo recordar esa maldita escena en la que se convirtió en la indeseada protagonista. La había placado como si fuese un jugador de rugby, sentándosele encima y retorciéndole las manos a la espalda... ¡y todo delante de sus vecinos!

Cerró los ojos y luchó por respirar, por dejar que el aire entrase en sus pulmones, pero el duro recordatorio que todavía retenía entre los dedos le hacía la tarea ligeramente complicada.

Abrió la puerta de la calle, salió al pasillo y recorrió la exigua distancia que la separaba de la vivienda de su jodido vecino. La algarabía se hizo incluso más presente, podía escuchar el murmullo de risas y voces masculinas, lo que corroboraba que tenía invitados. Miró la cara de yeso entre sus dedos.

—Jeremy Macoy, haga el favor de abrir la puerta ahora mismo. —Empezó a palmear la madera cuando el timbre no le dio la respuesta que deseaba—. Señor Macoy...

La puerta se abrió entonces de golpe y tuvo que dar un paso atrás cuando un hombre igual de grande que un armario ropero apareció llenando el umbral; ese no era su vecino. Vestido con unos viejos vaqueros y una camiseta con el logotipo de algún equipo de fútbol o baloncesto, el extraño la miraba con los ojos entrecerrados mientras le hacía el boca a boca a una botella de cerveza.

—Holaaa, ¿y tú quién eres, *ternerita*?

Enarcó una ceja ante el extraño y nada halagüeño apodo y levantó la barbilla.

—Busco al señor Macoy —le informó al tiempo que se cruzaba de brazos—. Le agradecería...

—¿Señor Macoy? —repitió con un tono de voz que evidenciaba la sobrepasada ingesta de la muestra que llevaba en la mano. Sus labios se curvaron en una amplia sonrisa y se giró hacia el interior de la vivienda sin soltarse del marco de la puerta—. Ey, Jim, aquí hay una *ternerita* que pregunta por un tal «señor Macoy».

Una sonora carcajada le llegó desde el interior.

—¿Señor Macoy? Ya no queda nadie aquí que responda a ese nombre, se lo ha llevado la riada —respondió una profunda voz masculina que se hizo más cercana a medida que el propietario se acercaba a la puerta—. Será un milagro si sobrevive, aunque dudo que le quede mucho de «señor Macoy» después de eso.

El recién llegado era de la misma altura que su compañero, aunque ligeramente más delgado.

Tenía unos vivos ojos marrones y lo que parecía la sombra de barba de unos cuantos días. Apoyó el antebrazo sobre el hombro de su amigo y se inclinó hacia delante para luego recorrerla con la mirada desde los pies hasta la cabeza.

—Oye, ¿y tú de dónde has salido, pequeño arcoíris? —entrecerró los ojos y se inclinó un poco más al punto de dar la impresión de que podría caerse de bruces en cualquier momento. Entonces alzó la nariz y, si no creyese que era imposible, diría que la olfateó—. Um... hueles de manera familiar. Y mírate, pareces una de esas

muñequitas redondas y con rostro simpático que se meten unas dentro de otras. ¿Cómo se llaman, Santana?

El aludido lo miró y se encogió de hombros haciendo que su amigo casi fuese al suelo de bruces.

—Y a mí qué me preguntas —negó llevándose de nuevo la cerveza a los labios. El cuello de la botella nunca llegó a tocarlos, pues algo captó su atención y supo lo que era cuando lo vio quitarle el trozo de escayola de las manos—. *Hostia puta*, la ternerita le ha arrancado la cabellera a alguien.

Respira, Cleo, solo respira. Se recordó a sí misma. *Son hombres. No se supone que tengan que ser la especie más inteligente del planeta.*

Recuperó el trozo de la figura y se la mostró a ambos con firmeza.

—Esto es lo que ha quedado de un preciado objeto después de que lo hiciesen caer de la estantería con todos esos golpes —declaró molesta—. Les rogaría que dejaran de hacer tanto ruido y de aporrear mi pared.

—¿Alguien te ha aporreado la pared? ¿Quién ha sido? ¿Dónde está? —se adelantó Santana—. ¡Sal de dónde te escondas, aporreador de paredes!

Apretó los dientes. ¿Le estaban tomando el pelo?

—No veo a nadie, ternerita —negó mirándola una vez más—. Caray, nena, sí que tienes carne a la que echar mano.

Su comentario la habría molestado si no hubiese escuchado en ese preciso instante un bajo gruñido canino procedente del interior de la vivienda. ¿Su vecino tenía una mascota?

Sacudió la cabeza y se concentró en el motivo de su presencia allí.

—Necesito hablar con el señor Macoy...

—Um... me parece que ahora mismo solo podrías hablar con el lobo feroz, ternerita —aseguró al tiempo que lanzaba el pulgar sobre el hombro—. Uno pasado por agua. El chico no está de buen humor, ¿sabes? Problemas de lobas...

Haciendo oídos sordos a su explicación, se inclinó hacia un lado intentando mirar dentro de la vivienda en busca de su vecino.

—¿Señor Macoy? —llamó, pero esa doble pared humana empezó a retroceder, metiéndose de nuevo dentro del piso y dejándola a ella en el pasillo.

—Una mujer obstinada —chasqueó Jim—. ¿Quieres que te coma el lobo, conejita?

Lo fulminó con la mirada, cosa que no hizo sino divertir al gigante.

—¿Qué coño estáis haciendo?

La voz llegó desde el interior de la vivienda, oscura, profunda y envió un delicioso escalofrío por todo su cuerpo. Incongruente, en verdad, pensó Cleo.

—Nada, Jer —contestó el tejano—. Solo es una rolliza y deliciosa ternerita llamando a la puerta.

Ni siquiera tuvo tiempo a reaccionar, en un momento empezaba a sentir cómo se le encendía el rostro y contenía la respiración ante las ultrajantes palabras y al

siguiente la puerta se le había cerrado en las narices.

—Esto no puede estar pasando, sencillamente no puede estar pasando —declaró negando para sí misma—. ¿Rolliza y deliciosa ternerita?

Volvió a atacar la puerta con ganas, golpeó con el puño una y otra vez hasta que esta volvió a abrirse mostrando de nuevo a los dos hombres de antes.

—¡Ternerita! —lo recibió de nuevo el tal Santana con gesto exultante—. ¿Necesitas algo, *cariño*?

¿Quieres una cerveza?

Ni siquiera se lo pensó, echó la mano atrás, cerró los dedos y le asestó un contundente puñetazo que impactó entre la barbilla y el labio inferior del hombre consiguiendo que soltase un juramento.

Sin sus tacones y dada la altura del imbécil, no conseguía llegar a lo que quería; ponerle un ojo a la funerala.

—Eso para que aprendas modales, gilipollas —siseó al tiempo que sacudía la dolorida mano—. No soy ninguna ternerita.

Dicho eso, dio media vuelta y regresó a su piso.

—Joder...

—¡Hostia puta, tío! —se rio su compañero—. ¡Vaya leche te ha metido! ¡Y con lo pequeña que es! ¡Ey, Jer! Una mujercita le ha pegado un puñetazo a Santana.

La respuesta llegó acompañada de un bajo y canino gruñido.

—¿Cómo? —contestó su vecino desde algún punto en el interior de la vivienda.

—¡Esa loca me ha pegado! —gimió el agraviado con verdadero asombro—. Y joder, duele...

—¿Loca? No me jodáis —rezongó la voz desde el interior—. ¿La anciana del final del pasillo ha vuelto a la carga?

—¿Quién? —Jim frunció el ceño.

—Estoy borracho, amigo, pero no tanto como para confundir a una linda ternerita como una vaca disecada —argumentó Santana y la señaló cuando estaba abriendo la puerta de su propia casa—. De hecho, si esa es su casa, diría que es tu vecina.

Jim siguió la mirada de su compañero al tiempo que le daba otro trago a la cerveza. Como si algo hiciese conexión dentro de su embriagado cerebro, apartó la botella y escupió el líquido junto con las palabras que salieron disparadas de su boca.

—¡Oh, joder! —prorrumpió en toses—. No me jodas... ¡Es ella!

Su vecino apareció entonces en el pasillo y no podía decir que le sorprendió más, si verlo totalmente empapado, llevando tan solo unos ajustados y breves pantalones cortos de deporte o la expresión de su cara cuando la reconoció.

—Mierda —farfulló cuando sus ojos se encontraron—. ¿Cleo?

Su interior se calentó al instante, un solo vistazo a ese perfecto y enorme cuerpo masculino en una húmeda semidesnudez y su cerebro empezó a licuarse a la velocidad de la luz. Se obligó a cerrar los ojos, respirar y cuando volvió a abrirlos no se le ocurrió otra cosa que lanzarle el rostro de yeso que todavía llevaba en las manos.

—Háganos un jodido favor a toda la comunidad y múdese antes de que arreste a alguien más por equivocación o nos deje sin casa.

Dio media vuelta y entró en el piso cerrando la puerta con fuerza tras ella.

—Joder —masculló mirándose los enrojecidos nudillos—, ahora tendré que ponerle hielo también a la mano.

CAPÍTULO 3

—¿Quién es la fierecilla?

Jeremy se giró hacia Mikel Santana, el alfa del centro de la región suroeste y dejó patente, sin lugar a dudas, lo que su apreciación le causaba. Si fuese inteligente, daría un paso atrás y no volvería a abrir la boca.

Hervía por dentro, su lobo estaba levantando ya la cabeza y enseñaba los dientes queriendo pelea, dispuesto a desafiar al otro alfa; algo que podría resultar en una colosal estupidez.

Por suerte para ambos, Jim, su beta, no estaba tan borracho como el otro hombre.

—Es su compañera, Santana —murmuró en voz baja, en un tono dispuesto a calmar a ambos.

El alfa de Texas parpadeó confuso y abandonó su postura desafiante de inmediato.

—¿La misma a la que casi arrestas por error? —Ahora había más curiosidad en su voz que irritación—. ¿La que placaste en el pasillo delante de tus otros vecinos?

Se obligó a respirar profundamente y mantener el lobo a raya. La sola idea de que esos dos lobos habían estado cerca de su compañera lo estaba enviando al borde.

—Nadie la ha tocado, Jer —le aseguró Jim de manera inmediata—. A juzgar por la actitud que se gasta, de haberlo hecho, nos habría arrancado ella misma la cabeza.

El otro alfa resopló.

—Así que el gancho de derechas que me metió era para ti, no para mí —concluyó con jocosidad—. Interesante ternerita.

Volvió a gruñir, sus ojos clavándose una vez más en el oponente que estaba a su altura.

—Santana, cállate la jodida boca.

El aludido optó por ignorar la agresividad del otro alfa e indicó el interior de la vivienda con un gesto de la cabeza. Su actitud relajada no era más que una fachada, algo destinado a mantenerle bajo control en aquel delicado momento. No era sino una muestra del poder y supremacía que traía consigo la experiencia y la edad en un alfa lupino.

—¿Ya ha dejado de salir agua de esa maldita tubería? —señaló el interior de la casa—. Mira que destrozar la tubería justo cuando tenía la mano ganadora. Joder... creo que me mordí la lengua.

Bufó, no pudo hacer otra cosa.

—Lávala con cerveza.

—Buena idea —aceptó y se pegó al cuello de la botella.

Los miró a ambos e hizo una mueca. Esa noche empezaba a resultar una auténtica pesadilla. Lo que se suponía iba a ser una interesante velada de juego entre amigos se

convirtió en un abrir y cerrar de ojos en una gincana canina. Su mal humor y la presencia de sus congéneres había hecho que la partida de póker se volviese un poco más incendiaria que de costumbre, en un momento estaba apostando contra Santana y al siguiente había saltado sobre la mesa en forma de lobo, enseñando los dientes y amenazando al otro alfa por encontrarse demasiado cerca de su compañera; una sin reclamar.

A partir de ese momento todo se había convertido en un jodido caos, el alfa tejano se había negado a aceptar el involuntario desafío, había agarrado la cerveza y había continuado bebiendo mientras él optaba entonces por emprenderla a mordiscos con todo lo que tenía por delante.

El seguro no iba a cubrir los desperfectos en la vida. Las viejas cañerías de la cocina ya estaban bastante deterioradas y el escucharlas gruñir solo contribuyó a enardecer sus ya alterados nervios.

¿El resultado? Las había utilizado como mordedor y su cocina acabó convirtiéndose en una piscina cubierta.

El agua fría había contribuido entonces a devolverle un poco la razón, solo después de que sus compañeros hubiesen dado con la llave de paso y evitaran así que siguiese mordiendo el chorro del agua como si le fuese la vida en ello.

—Mierda —masculló por lo bajo mientras miraba el trozo de lo que parecía ser algún objeto de escayola tirado a sus pies e hizo una mueca.

Las jodidas paredes eran tan finas que estaba seguro que con toda la movida que había organizado había terminado provocando algún desperfecto.

El aroma de su compañera estaba todavía presente en el pasillo y para él era como un delicioso estofado que lo invitaba a cenar. Casi sin darse cuenta se encontró siguiendo el rastro hasta la puerta de la muchacha para luego llamar.

—¿Cleo?

—Jer, quizá sea conveniente recordarte que vas en *gallumbos* —señaló su beta.

Jim Beverly era una de las pocas personas que se atrevían a decirle las cosas a la cara sin importarle una mierda las consecuencias, así que cuando su padre murió y dejó vacante el puesto de alfa, fue el primero en decirle que se pusiese los pantalones y se hiciese cargo de la manada. Su continuo apoyo y amistad a lo largo de los años, así como la camaradería que se dio entre ellos lo había llevado a tomarlo como su beta, pues no había lobo en quién confiase más.

Se miró y masculló al ver que todavía estaba en pelotas. Ni siquiera se había molestado en ponerse algo más encima después de acabar hecho un chorro con todo el tema de las tuberías, la cercanía de su compañera tendía a anular cualquier pensamiento razonable.

—¿Cleo? —Volvió a llamar olvidándose del asunto de la ropa para concentrarse de nuevo en su compañera—. Tengo... err... —miró la estatuilla que tenía en las manos e hizo una mueca—, tu máscara en las manos...

La voz femenina no se hizo esperar. No necesitaba verla para saber que estaba

allí, apoyada al otro lado de la puerta, podía olerla, podía sentirla, casi podía notar su calor...

—Puede quedarse con ella —la escuchó rezongar—, así podrá comprar otra idéntica que sustituya la que su pequeña fiesta privada hizo caer de mi estantería. Esto es una comunidad, ¿sabe? Si quiere hacer botellón, váyase al parque.

Hizo una mueca, se lamió los labios y llamó de nuevo con nudillos.

—Siento mucho todo el ruido que hemos causado, se ha roto una tubería en la cocina y...

—Pues llame a un fontanero antes de que destroce el piso entero —declaró con fervor.

Chasqueó la lengua y se pasó una mano por el húmedo pelo. Quería verla, quería tocarla, lo necesitaba con una desesperación que rayaba la locura. ¡Quería derribar esa maldita puerta y hacerla suya!

—Nena, si abres la puerta creo que sería mucho más factible encontrar una solución... —insistió al tiempo que apretaba las manos para evitar lanzarse sobre ese pedazo de madera y hacerlo pedazos.

—No soy su *nena* —le soltó irritada—, y por dios que lo último que me apetece ahora mismo es hablar con usted. Llamaría a la policía, si no fuese porque con mi suerte, acabarían enviándole.

—La muñeca es dura —comentó Santana, quién se había acercado también, aunque optó por guardar una prudente distancia—. Oiga, señorita, lamentamos mucho haberla molestado pero, ¿era necesario que me pegase un puñetazo?

—Me llamó vaca.

—¿Vaca? —repitió Jeremy mirando al culpable con el lobo asomando ya en sus ojos y en su voz—. ¿La has llamado *vaca*?

El alfa respondió involuntariamente, no era necesario que estuviesen en forma lupina para saber que ambos se estaban midiendo. Tenía suerte de que Santana fuese uno de sus mejores amigos y mentor, de lo contrario, ahora mismo estaría luchando por su vida por algo tan estúpido como desafiar a otro alfa sin motivo real.

—Ternerita... la llamé *ternerita* —chasqueó la lengua—, y ya sabes que lo utilizo como un término cariñoso, no un insulto. Soy tejano, no puedo evitarlo del mismo modo que no puedo evitar mi acento.

—Sigo pensando que le queda mejor el término de esas muñecas rusas que se meten unas dentro de otras —comentó Jim de pasada.

Enarcó una ceja y lo miró.

—¿Una *Matroska*?

—Sabía que tenía un nombre rarito —asintió pensativo—. Sí. Una *Matroska*. Solo le faltan los coloretos.

Sacudió la cabeza con energía, no era de extrañar que la mujer le hubiese dado un puñetazo al bocazas de Santana. El tejano tenía la misma sensibilidad que una apisonadora.

—Se llama Cleo DeGucci y si quieres conservar todos los dientes, será mejor que lo recuerdes cuando te disculpes, amigo mío —le dijo mirando al hombre que todavía estaba al otro lado del pasillo.

—Lo haré después de visitar al dentista, creo que me ha aflojado un diente.

—La llamaste *ternerita* —le recordó Jim, como si de repente aquello lo explicase todo.

—Es que lo parecía —se encogió de hombros—, tiene esos ojazos grandes y limpios marrones y se tambaleaba como un ternero recién nacido.

El gruñido que emergió de su garganta quedó ahogado por el grito femenino.

—¡Iros a discutir a otro lado, imbéciles!

La repentina respuesta lo devolvió al motivo de su presencia ante la puerta de su vecina.

—Cleo, abre la puerta —insistió—. Tenemos que hablar.

—¡Váyase al infierno, Macoy!

—Y eso, amigo mío, es una despedida en toda regla —le aseguró Jim rodeándole los hombros con el brazo, un gesto contundente para sacarlo de allí e intentar que recuperase de nuevo parte de la razón que perdía cerca de ella—. ¿Una cerveza?

—Será mejor que alguien permanezca sobrio dados los resultados cosechados hasta el momento —rezongó al tiempo que se desembarazaba de su beta y recorría el pasillo para volver a entrar en su piso—. A estas alturas ya no sé qué es peor, si el alcohol o su aroma.

—Para ti, la segunda opción —declaró sin más—. Y ármate de paciencia, porque te espera una buena. Luke acaba de emparejarse y según Eugene, ha sido una de esas cosas por las que no quiere volver a pasar jamás.

—¿El alfa de Manhattan?

Asintió.

—Se ha emparejado con una humana. Seguro la recuerdas, lo acompañó en la reunión de los clanes.

Sí, recordaba vagamente haber visto a Luke Evans acompañado de una mujer.

—Eugene no se ha cansado de repetir que ha sido como ver al *Dr. Jekyll* y *Mr. Hyde* con síndrome premenstrual agudo —chasqueó Jim—. A juzgar por los alfas del territorio norteamericano que estáis ya emparejados, vuestro proceso es más intenso que el de los demás miembros de la manada, más extremo.

—Quizá se deba a que algunas compañeras son humanas —comentó Santana frotándose la mandíbula con gesto pensativo—. Isabel, mi compañera, es una loba. Fue intenso, pero nada que una semana de polvos no pudo arreglar.

Puso los ojos en blanco ante la típica respuesta, aunque no podía negar que aquella era una solución que le encantaría poner en práctica.

—Esto es una pesadilla —resopló—. Una auténtica pesadilla.

Sintió la mano del alfa tejano posándose sobre su hombro.

—Ya conoces cual es la solución para darle el finiquito —le dio unas palmaditas

al tiempo que volvía a llevarse la botella a los labios y se terminaba la bebida con una mueca—. Demonios, parece que después de todo, sí tendré que ir al dentista.

La solución. La maldita solución para acabar con todas esas sensaciones y emociones que lo estaban enloqueciendo era reclamar a esa lobita de una vez. Una vez que lo hiciese, que la hubiese tenido y fuese completamente suya, ya se preocuparía por todo lo demás.

No le quedaba otra salida, si seguía mucho tiempo más en ese estado, no podía decir a ciencia cierta quién acabaría herido o peor aún, muerto por atreverse a acercarse siquiera a su mujer.

Sin esperar un solo segundo, volvió a su piso y atravesó el pasillo hasta su dormitorio. Abrió la puerta y sus ojos se encontraron al instante con la ventana, desde allí podía verse la estructura de la escalera de incendios que se extendía hasta la ventana de su vecina antes de descender por completo.

Escuchó más que vio los pasos de sus amigos seguido de una curiosa pregunta:

—¿Jim? Jeremy está abriendo la ventana y me parece que tiene la intención de salir por ella —le informó Santana—. ¿Tenemos que preocuparnos?

—Solo si está tan borracho como tú —respondió el aludido entrando tras él—. Jer, ¿qué coño...?

—Nadie está tan borracho como yo —aseguró entrando en la habitación para detenerse al lado de la ventana y sacar la cabeza para hacer luego una mueca—. Wow. Se está bien fuera. Creo que te acompañaré.

—Jeremy, se supone que tú eres el que está menos borracho de los tres, ¿qué mierda estás haciendo? —se asomó ahora su beta. Santana había salido ya y se estiraba cual gato perezoso sin soltar su cerveza—. Te recuerdo que todavía estás en *gallumbos*.

—Se niega a escucharme —declaró como si fuese la única explicación posible a lo que estaba haciendo—. He intentado disculparme con ella durante toda la semana. Me ha dado con la puerta en las narices, le he enviado flores y me las ha devuelto decapitadas, por no hablar de la cesta de fruta, la cual acabó en la vecina equivocada y quién ahora me pone ojitos.

Sus amigos se echaron a reír a carcajadas, no podía culparlos, si a él le dijeren algo así, habría hecho lo mismo.

Jim sacudió la cabeza.

—Tío, estás totalmente perdido —resolvió con un resoplido, entonces se giró al bastante borracho Santana—. Y tú, entra antes de que acabes con la cabeza abierta en la acera de una estúpida caída. No pienso tener que presentarme ante la puerta de tu compañera y explicarle el motivo de tal suceso.

El hombre seguía palpándose la cara.

—Joder, en serio, creo que me ha aflojado un diente.

Jim resopló.

—Si entras ahora, te acercaré al hospital para que te echen un vistazo —le ofreció

—. Aunque a ver cómo les explicas lo que ha pasado.

—Les diré que una ternera me dio una coz —se echó a reír a carcajadas solo para hacer luego una mueca.

Ignorándolo, se dirigió ahora a él, quién había desandado el camino para recuperar el pantalón de chándal que tenía sobre la silla.

—Y tú, procura no terminar también espatarrado en medio de la calle —le sugirió chasqueando la lengua—, no tengo la menor intención de lidiar con otro alfa en esta manada.

Los miró a ambos y asintió. La idea de que se marchasen ambos era más que bienvenida, no los quería cerca de Cleo. Ella era suya, solo suya.

—Te pasaré la factura del hospital para que se la des a la ternerita —comentó Santana desapareciendo ya en el interior del piso.

No pasó mucho tiempo antes de que escuchase finalmente la puerta de la calle cerrándose tras ellos y la vivienda quedase de nuevo en completo silencio. Bajo sus pies se escuchaban los sonidos típicos de una ciudad nocturna, las luces de los edificios, de los coches que se veían atravesando la vía principal e incluso algún vecino que todavía llegaba ahora de una noche de fiesta o de cualquier evento aparcaba en la acera a pocos metros de dónde estaba.

Sacudió la cabeza y atravesó la pasarela hasta la otra punta, el frío suelo de metal se le clavaba en la planta de los pies, pero no quería perder más tiempo calzándose. Se acercó dispuesto a la ventana a través de la que se veía luz para intentar una nueva aproximación, pero las palabras y cualquier pensamiento coherente se esfumó de su obnubilada cabeza cuando vio a su escurridiza y resentida vecina haciendo topless delante del espejo de la cómoda, girándose para poder ver mejor el morado que tenía a un lado de la cadera.

—Joder —no pudo evitar exclamar—, menudo par de tetas.

El asustado grito femenino fue seguido de inmediato por una mirada fulminante y la rabia encendiéndole la cara al reconocerle al otro lado del cristal.

—¡Tú!

Alzó las manos y reculó de inmediato farfullando disculpas, pero en honor a la verdad, era incapaz de borrar de su mente ese par de glorias que había visto en todo su esplendor a pesar de que ella ya se había cubierto.

Su lobo estaba famélico, más que dispuesto a recorrer todo ese cuerpo con la lengua. El hambre que llevaba sintiendo desde el momento en que la reconoció volvía a alzarse con fuerza y solo podía pensar en darse un festín con ella.

—Lo siento —se disculpó de inmediato—. No era mi intención, lo juro. Solo quería disculparme por lo ocurrido y explicarte...

La vio ponerse la camiseta rápidamente y dirigirse a la ventana. La abrió de golpe y empezó a arrojarle toda clase de objetos contundentes. Cepillos, libros, todo empezó a volar a través de la ventana con certera puntería.

—¡Pervertido!

—No... espera... Cleo...

—¡Desnaturalizado!

—Nena, oye...

Apretó con fuerza un cepilló y echó el brazo atrás mientras veía como su rostro adquiría un intenso carmesí.

—Eres hombre muerto.

Esquivó el cepillo por poco y decidió que ya había tenido suficiente de lanzamiento de utensilios femeninos. No se lo pensó dos veces, esquivó su último proyectil y entró por la ventana, sujetándole las manos y reduciéndola cuando empezó a luchar para darle lo suyo. Al final fue inevitable que acabase cayendo sobre ella, manteniéndola debajo de él mientras se recreaba con el suave y blando colchón al que su cuerpo estaba más que encantando de volver a encontrar.

—Se acabó, lobita —rumió apretándole ambas muñecas contra el suelo—, tú y yo vamos a tener la conversación que llevas negándome toda la semana, así tenga que atarte.

Ella entrecerró los ojos y se relajó bajo su cuerpo tomándolo por sorpresa.

—Pues empieza por aprender a hacer nudos.

Lo próximo que supo es que tenía los huevos alojados en la garganta y no podía ni respirar del rodillazo que esa escurridiza muñequita acababa de propinarle.

—¿Te gustó? Te aseguro que dónde había esa, quedan más.

Apretó los dientes por el dolor al tiempo que intentaba respirar.

—Esta me la vas a pagar, *nena*, ya lo creo que me la vas a pagar.

CAPÍTULO 4

¿En qué extraño mundo había ido a parar? Se preguntó mientras luchaba por soltarse. Ese hombre no solo había irrumpido a través de la ventana del dormitorio, no se había conformado con tirarla, una vez más al suelo, ahora también la retenía boca abajo sobre la cama con ese maldito cuerpo suyo sobre sus caderas y una de sus manos sujetándole los brazos a la espalda.

—¡Suéltame ahora mismo, bastardo!

Lo oyó chasquear.

—Mi madre siempre insistió en que fui concebido dentro del matrimonio y debe ser verdad, porque soy el vivo retrato de mi padre.

Chilló y se debatió una vez más.

—¡Llamaré a la policía!

Se rio.

—¿Quieres mi número de placa?

Se retorció sin conseguir nada.

—¡Me estás aplastando! ¡Pesas una jodida tonelada!

Lo sintió moverse sobre ella liberando un poco su peso pero sin permitirle todavía la maniobrabilidad que la dejaría libre.

—Tú me has pegado un rodillazo, así que estamos en paz —rezongó y por segunda vez, tuvo plena consciencia de ese enorme y fuerte cuerpo cubriendo el suyo—. ¿Qué me dices? ¿Te comportas como toda una señorita, para que pueda soltarte y hablemos o sigo aplastándote un ratito más?

Empiezo a cansarme de jugar.

Bufó.

—¿Quién está jugando?

Soltó un bajo gruñido.

—Tú conmigo —declaró con pasión—. Y empieza a ser realmente desesperante. No tenía la menor idea de que esto sería así, ¿tienes idea de la jodida semana que llevo? ¿Por qué eres tan difícil?

Soy consciente de que me extralimité, metí la pata, sí, pero he intentado disculparme por todos los medios posibles y tú no me dejas. No quieres ni escucharme.

—Estás borracho —le acusó al percibir en su aliento el olor a cerveza. Si bien su voz sonaba del todo clara, su actitud prometía un punto de embriaguez.

Chasqueó la lengua.

—No tanto como para no saber lo que hago —replicó lleno de razón—. Demonios, Cleo, actúas como si fuese el enemigo.

Jadeó.

—¡Me tiraste al suelo! ¡Dos veces! —chilló intentando soltarse de nuevo—. ¡Eso no lo hace un amigo!

Soltó un largo resoplido y se inclinó una vez más sobre ella.

—Lo sieeeeeento —alargó la “e” al tiempo que sumergía el rostro contra su cuello, le acariciaba la nariz con la oreja y le besaba ese punto—. Dios, hueles tan bien, tan malditamente bien que me dan ganas de devorarte entera.

La inesperada y sincera afirmación la dejó temblorosa y más caliente que un hornillo. ¿Qué demonios pasaba con ella?

—¿Puedes concederme cinco minutos de tu valioso tiempo y escucharme al menos? —insistió, alzándose ahora para poder mirarla a los ojos.

Surrealista, todo aquello no dejaba de ser completamente surrealista. Se había colado en su habitación, la había inmovilizado sobre la cama y ahora, ¿ahora le pedía cinco minutos para hablar?

A estas alturas ya resollaba, tenía el rostro rojo por el esfuerzo, cansada de gritar y agitarse mientras él se limitaba a permanecer cómodamente instalado sobre ella. Había llegado incluso a pedirle que se calmase, ¡a ella!

No podía estar sucediendo. Sencillamente no podía.

¿Cómo podía haberle parecido en algún momento atractivo? ¿Cómo pudo pensar tan siquiera por un breve instante que esa montaña era sexy?

Vale, sí, físicamente lo era y su cuerpo estaba más que contento de sentir toda esa montaña de músculos sobre el propio. Sentía como el corazón le latía desesperado, la hinchazón de sus pechos y lo más desconcertante de todo, la humedad ya presente entre sus piernas. Estaba cachonda, ese maldito policía la encendía con tan solo su presencia, ni siquiera se había puesto tan caliente con su ex.

Lo sintió moverse una vez más sobre ella, afirmando su posición y manteniéndole las piernas sujetas por su peso. Al menos ahora llevaba un pantalón de chándal y no estaba en calzoncillos, pero no sabía que era peor, el saberlo o notar la dura erección que se presionaba contra su vientre.

¡Céntrate! ¡Te ha asaltado! ¿Policía? ¡No es más que un delincuente más!

Mantuvo su irritación y luchó por respirar a través de la creciente excitación que amenazaba con hacer desaparecer su rabia y cada una de sus bien planteadas reservas.

—Cleo, sigo esperando una respuesta.

Apretó los labios como si de esa manera pudiese evitar soltar un montón de insultos que hasta el momento no le habían servido de nada.

—Vamos, no seas rencorosa —la meció—. Me lo debes —insistió—, especialmente después del caluroso recibimiento que tuve.

—¡Me estabas espiando! ¡Me viste las tetas!

—Sí. No lo voy a negar —aseguró y sintió cómo se inclinaba una vez más y le apartaba el pelo con la mano libre—, pero me encantó lo que vi.

Cerró los ojos y se obligó a respirar profundamente, a calmarse y buscar así una salida razonable para lo que estaba pasando, pero los dedos sobre su rostro la

distraían. Su contacto era extraño, ajeno y al mismo tiempo deseado. Había algo en ese completo extraño que la encendía, que la enloquecía y amenazaba con romper con todas sus barreras y desvanecer su cordura.

Jamás había tenido una reacción como aquella con nadie, si quiera con Devon.

Su ex. Pensar ahora en él fue la gota que colmó el vaso. Quería reírse, rodar por el suelo ante la absurdidad de lo que le estaba ocurriendo.

Se va a casar.

El muy cabrón se casaba y le había enviado una jodida invitación. La risa surgió antes de que pudiese retenerla, traspasó sus labios y la hizo temblar.

—¿Cleo?

Las lágrimas acompañaron entonces sus carcajadas y se encontró en medio de un debacle de risa y llanto que hizo que su carcelero la soltase de inmediato y se hiciese a un lado.

Se giró sobre la cama, quedando boca arriba, se rodeó el estómago con los brazos y siguió riendo hasta que ya no pudo diferenciar la risa de las lágrimas.

—Este es el día más extraño de toda mi vida —hipó mirando al techo—. Es una jodida pesadilla.

Bajó la mirada y se lo encontró a los pies de la cama, sentado sobre las rodillas y mirándola como si hubiese perdido el juicio.

—¿Qué clase de policía inmoviliza a una chica porque esta no le dice lo que quiere oír? —le soltó—. ¡Estás loco de remate!

Sus ojos siguieron los suyos cuando se incorporó, quedando también sentada sobre su propia cama.

—Me tomaste por una ladrona —lo apuntó con el dedo—. Ni siquiera preguntaste. Sencillamente me lanzaste al suelo y me trataste como a una delincuente delante de todo el jodido vecindario.

Ahora fue él quien frunció el ceño con aire contrariado.

—Y llevo toda una jodida semana disculpándome por ello.

—¿Y no podías dejarlo simplemente ahí? —resopló—. ¿Qué puede importarte que acepte o no tus disculpas? ¿Qué te perdona o no? Debería quedarte la conciencia tranquila sabiendo que has hecho tu buena obra del día.

—Escucha, Cleo...

—No, escúchame tú a mí —sentenció, dejando las lágrimas a un lado y abrazando la fortaleza que la caracterizaba—. No quiero saber nada de ti. No quiero que me persigas, ni que me asedies, no quiero tenerte cerca...

Él chasqueó la lengua y se arrastró sobre el colchón hacia ella, en la soledad e intimidad de su dormitorio, su presencia sobre la cama era más de lo que podía soportar.

—No se te ocurra dar un paso más.

Pero él hizo oídos sordos a su petición y la enjauló, obligándola a tumbarse de nuevo para alejarse de él.

—No estás siendo justa —aseguró con el mismo tono de fastidio que un niño pequeño—. Empezamos con mal pie.

Entrecerró los ojos y señaló lo obvio.

—Me lanzaste al suelo como si fueses un jodido jugador de rugby, me sujetaste los brazos a la espalda —escupió—. ¡Y lo hiciste dos jodidas veces!

Lo vio arrugar la nariz y hacer una mueca.

—Deformación profesional, nena, soy policía.

—Y yo inteligente, más que tú, según parece —le soltó en tono irritado—. Mira, si la única manera en la que terminemos con este acoso por tu parte es...

—No te estoy acosando.

¿Podía reírse ya? Pensó con profunda ironía.

—Me envías flores, cestas de frutas, tarjetas y como eso no funciona, intentas echar la pared de mi salón abajo —enumeró—. Has roto una pieza de coleccionista.

—Te la repondré.

Puso los ojos en blanco.

—Me conformaré con que zanches tu acoso ahora mismo y puedes empezar a hacerlo quitándote de encima —intentó empujarlo sin éxito, ese hombre era como una montaña—. Y ni se te ocurra volver a tirarme al suelo o juro por dios que me tendrás a primera hora en la comisaria denunciando a un jodido policía por acoso sexual.

—¿Te parezco un acosador sexual?

Lo miró a los ojos.

—Me clavaste la polla en el culo la primera vez.

Sonrió de medio lado.

—Er... eso fue un accidente... inesperado incluso para mí.

Ella se lamió los labios y bajó el tono de voz.

—Y lo estás haciendo ahora mismo —masculló. No había forma de que pensase que esa dureza que se apretaba ahora contra su vientre no fuese su erecto sexo.

Sonrió de medio lado y ese gesto le otorgó una expresión pícara y juvenil.

—Culpable —aceptó y se retiró un poco, lo justo para no rozarse contra ella—. Mis disculpas, pero yo no tengo la culpa de que mi cuerpo responda por sí solo ante algo que le gusta.

Y aquello fundió sus neuronas por completo. ¿Estaba insinuando que le gustaba? ¿Ella? Sacudió la cabeza y decidió achacar su respuesta a la obvia borrachera que llevaba encima. En ese estado, se pondría cachondo hasta con una puerta.

—Quítate de encima de una jodida vez, Macoy.

Ladeó la cabeza y la miró con esos inquisitivos ojos marrones.

—Solo si tú me prometes no dar coces como una...

No se lo pensó, levantó la mano y le cogió la oreja, retorciéndose la con fuerza.

—Como se te ocurra llamarme lo mismo que tu amigo, te dejo sin oreja —siseó, dándole una pequeña muestra de lo que le esperaba—. No tolero insultos de ninguna

clase.

Se revolvió sobre ella, obligándola a soltarle cuando su dura polla se restregó contra su pelvis en un movimiento involuntario.

—¡Deja de restregarte contra mí, capullo!

—¡Bruja! —replicó él al mismo tiempo que se tocaba la oreja—. Eso duele.

—Así te lo pensarás dos veces antes de abrir de nuevo la boca.

Resopló.

—Eres demasiado rencorosa, Cleo —aseguró frotándose el apéndice lastimado.

—Será porque me dan motivos para serlo.

—Y cínica —añadió—. ¿Por qué? No das esa imagen cuando se te conoce.

Enarcó una ceja.

—¿Y tú crees conocerme tan bien porque me has tirado al suelo dos veces? —soltó con profunda ironía.

Su respuesta fue recorrerla con la mirada, haciendo que sintiese de nuevo ese cosquilleo interno.

No se cortaba ni un poco, su forma de observarla era abiertamente sexual y maldito fuera, eso la molestaba a la par que la excitaba.

—¿Volverás a agredirme si digo abiertamente lo que pienso?

Puso los ojos en blanco y se decidió a poner punto y final a aquella estupidez de una vez y por todas.

—Mira, ¿quieres que acepte tus disculpas? Bien, disculpas aceptadas —le dijo y señaló la ventana—. Ya estamos en paz. Puedes marcharte por dónde has venido y te agradecería que no volviesses a entrar por ahí.

La respuesta del hombre fue un gruñido. Había escuchado suficientes a lo largo de su carrera como para reconocer uno cuando lo escuchaba.

—¿Me has gruñido?

Él se limitó a chasquear la lengua, se lamió los labios y procedió a aclararse la garganta.

—Eres una jugadora muy dura —declaró en tono fervoroso—. Te empeñas en mantenerme alejado y eso... es irritante.

Enarcó una ceja ante tan apreciación.

—¿Perdona?

Los largos dedos la sorprendieron al deslizarse sin permiso por su mejilla, quiso girar la cara, alejarse de él pero por algún motivo hizo completamente lo contrario.

—Tienes una piel muy suave —murmuró con voz ronca, profunda. Esos inquisitivos ojos color miel se clavaron en ella inmovilizándola con tan solo una mirada—, ¿a qué sabes, Cleo?

¿A qué sabía? Una pregunta extraña. Pero más extraño aún era que se lo estuviese planteando ella misma.

—Tienes una mirada transparente —declaró entonces y le quitó las gafas antes de que pudiera impedirselo—, unos ojos cálidos y limpios.

Y a través de los que no veía ni torta sin el objeto que acaba de arrebatarse.

—Devuélveme eso...

—No las necesitas...

¡Y una mierda que no! Era incapaz de ver un burro a cuatro pasos sin ella, era miope olímpica.

—Eso lo decidiré yo.

Lo oyó chasquear de nuevo la lengua y vio cómo esos cercanos labios se curvaban en una perezosa sonrisa.

—¿No ves sin ellas?

Ni torta, pero no era algo que pensaba compartir con él.

—O me las devuelves ahora mismo o te juro que tus joyas de la corona no verán otro amanecer —siseó.

Una estruendosa carcajada reverberó en la habitación, el sonido la estremeció desde la punta del pelo a los dedos de los pies y el nerviosismo que ya mantenía su cuerpo en vilo, tomó el control.

—Eres una combinación peligrosa, lobita —aseguró al tiempo que notaba como su cuerpo se presionaba de nuevo contra el suyo—, pero una de la que estoy seguro disfrutaré inmensamente.

—Eso será si te dejo —siseó.

De nuevo esa risita, pero ahora el peso desapareció y se encontró enjaulada entre sus brazos, con él todavía encima.

—¿Podemos enterrar el hacha de guerra? —preguntó divertido—. No merece la pena hacer prisioneros.

Entrecerró los ojos intentando captar mejor su expresión, pero le costaba enfocar.

—Solo si me prometes que no vas a volver a placarme o ponerme unas esposas —rezongó.

—Nunca he intentado ponerte unas esposas.

—Por si pudiese ocurrírsete tal brillante idea, poli.

Sonrió de medio lado y de nuevo se quedó sorprendida por esa capacidad camaleónica suya.

—Prometo no volver a placarte o ponerte unas esposas...

Asintió satisfecha.

—Perfecto, ahora sácate de...

Él no solo no se movió ni un solo milímetro, sino que volvió a descender sobre ella.

—¿Cleo?

Entrecerró los ojos y lo miró.

—¿Qué?

—¿Ya somos amigos?

Abrió la boca y volvió a cerrarla al mismo tiempo. Insultarle no era la mejor manera de librarse de él.

—¿Si te digo que sí me dejarás ir por fin?

Lo oyó gruñir de nuevo y se estremeció.

—No quiero que te vayas.

Bufó.

—Y no me iré, serás tú el que se largue por dónde ha entrado —le aseguró con un mohín—. Y ya estás tardando en hacerlo.

Sintió su aliento acariciándole el cuello un segundo antes de notar... ¿su lengua?

—No, lobita, todavía es demasiado temprano para emprender la huida.

Antes de que pudiese decir algo al respecto, sintió sus labios sobre los de ella, su lengua abriéndose paso en su boca un segundo antes de que le reclamase un tórrido y húmedo beso.

CAPÍTULO 5

Chocolate y vainilla. Su boca conservaba el rastro del helado que había estado degustando, el mismo que olía en su piel y que la hacía si era posible más irresistible para él. Disfrutó del sabor y de la textura de su lengua, la invitó a bailar con la suya antes de succionarla con suavidad y escucharla soltar un pequeño gemido.

Esta mujer era suya, la única que estaba destinada a completarle, a formar parte de él hasta que la muerte los separase. Ya fuese por la fuerte atracción que sentía hacia ella, la aplastante seguridad de que ella era su compañera o su adorable sabor, Jeremy la necesitaba, su lobo la deseaba y se encontró no queriendo renunciar a ella.

—Sabes al mismísimo cielo —murmuró rompiendo el beso, permitiéndole recuperar el aliento.

Esos bonitos ojos lo miraron sin verlo realmente, ladeó la cabeza y chasqueó la lengua. Recogió las gafas de dónde las había dejado y volvió a ponérselas.

—Así, quiero que veas exactamente quién te está besando —declaró pomposo. Quería que ella fuese consciente de él y solo de él.

—¿Qué... qué diablos estás haciendo?

Enarcó una ceja.

—¿No he sido lo suficiente claro? —se burló—. En ese caso, déjame intentarlo una vez más.

Volvió a besarla, le arrebató el aliento, lo succionó en su interior y le acarició una vez más la lengua con la propia.

—¿Qué tal ahora?

La vio lamerse los labios ahora rojos e hinchados, era una visión de lo más apetitosa. Las mejillas habían aumentado de tono y rivalizaban ahora con el color que empezaba a acaparar su piel.

—No... no quiero que me beses.

La afirmación salió como un hilillo de voz, tenue y vacilante.

—¿Por qué no? —preguntó cerniéndose una vez más sobre ella, dominándola con su presencia y su cuerpo—. Tienes unos labios realmente besables.

Abrió la boca y empezó a boquear como un pez, era incapaz de encontrar las palabras.

—Esto... esto no... tú no...

Le puso un dedo sobre los labios y la silenció.

—Yo me muero por volver a besarte.

Y eso fue exactamente lo que hizo. Y con cada nuevo beso, parecía arrebatarle un poco más de lucidez, de esa reticencia que la envolvía para hacerla responder a él.

—Y me muero por hacer muchas cosas más contigo, Cleo —le susurró al oído—. Tantas, qué no sé si me bastará una sola noche para llevarlas a cabo.

El voluptuoso cuerpo tembló bajo el suyo, podía sentir los senos hinchados y los pezones duros apretándose contra su pecho, un recordatorio de que la mujer que yacía tendida sobre la cama y a su merced era absolutamente real y no un sueño.

—Esto no está pasando —gimió ella cubriéndose el rostro con las manos—. Tú no estás aquí, yo no estoy aquí y todo es producto de mi calenturienta imaginación.

—¿Tienes una imaginación calenturienta, lobita?

Separó los dedos lo justo para verle a través de ellos.

—¿Por qué sigues aquí?

Más que la pregunta, fue el lastimero tono de su voz el que lo sorprendió.

—¿Por qué no habría de hacerlo cuando estar así y contigo es todo lo que he perseguido hasta el momento? —respondió sincero—. Te deseo, deseo cada pedacito de este bonito y voluptuoso cuerpo.

Deseo conocer el sabor de tu piel, tu sabor más íntimo y me muero por morderte, lobita. ¿Me dejarás?

Y para hacerle partícipe de sus intenciones le mordisqueó la curva del hombro, allí donde el hombro de la camiseta dejaba la piel expuesta.

—Quiero follarte, Cleo —gruñó con voz profunda, dejando que su lobo saliese a la superficie—, quiero poseerte y montarte hasta que no puedas caminar.

La sintió temblar debajo de él y captó su excitación, un aroma que no hacía sino acicatear la suya propia.

—Estás borracho... y yo no estoy en mi sano juicio, esto es una malísima idea —murmuró e intentó empujarlo de nuevo sin éxito.

—Hace falta más que un par de cervezas para nublar me el juicio —aseguró con rotundidad y bajó la mirada sobre su cuerpo—. Aunque empiezo a suponer que tú podrías hacerlo sin demasiado esfuerzo.

Bajó la mirada y recorrió el cuerpo femenino que se extendía bajo él. Solo llevaba un pequeño pantaloncillo de felpa y una camiseta. Sabía que debajo de esta no llevaba ropa interior, no solo porque había visto cómo se la ponía para cubrir su desnudez, sino porque sus pezones se marchaban completamente contra la tela.

—Eres perfecta —aseguró al tiempo que se relamía, entonces alzó la mirada y buscó sus ojos a través de los cristales de las gafas que todavía llevaba puestas—. Perfecta para mí.

No le pasó por alto la emoción que traspasó esos cristalinos iris ante sus palabras. Más adelante, se prometió, cuando ella fuese completamente suya, se ocuparía de averiguar quién era él o la culpable de esa mirada.

Se inclinó una vez más sobre ella sin dejar de mirarla y le acarició una vez más los labios.

—Y pienso demostrártelo empezando ahora mismo.

Cualquier posible respuesta quedó ahogada por su boca, le succionó la lengua y la instó a jugar al mismo juego peligroso en el que estaban a punto de embarcarse. Para su regocijo, su tímida respuesta llegó seguida de breves gemidos y un acercamiento

de sus cuerpos.

Sonrió para sí y deslizó las manos por sus costillas para hacerse cargo de la molesta tela de la camiseta que ocultaba esos dos magníficos senos. Le acarició la piel desnuda de los hombros, le mordisqueó ese punto que lo atraía como un imán y se obligó a descender hasta su ombligo para finalmente rodearlo con la lengua.

—Tienes un ombligo de lo más sexy, lobita.

Se entretuvo jugando con él, lamiéndola, mordisqueándola hasta que la tuvo retorciéndose y gimiendo en voz alta, un sonido de lo más erótico y que hacía que su lobo interior asomase la cabeza deseoso de jugar también con ella.

—Hueles tan bien —ronroneó acariciándole la piel del vientre con la nariz. Aspiró profundamente, deseoso de grabarse su olor a fuego.

Su mirada cayó entonces en la cinturilla del pantalón, se lamió los labios y alzó la mirada para encontrarse con la de ella oscurecida por el deseo.

—Esto nos sobra.

Le guiñó el ojo y tiró de la prenda hacia abajo, llevándose también las braguitas y dejándola totalmente desnuda a su mirada. El hambre que llevaba corroyéndole toda la semana se alzó en su interior como una serpiente, su sangre se espesó y pudo notar cómo su lobo se asomaba en sus propios ojos.

Apartó la mirada, no quería asustarla, ni siquiera sabía cómo reaccionaría cuando supiese qué era él realmente. En su fuero interno sabía que estaba siendo egoísta, le estaba arrebatando la posibilidad de decidir y elegir, no era una loba consciente del emparejamiento de su propia especie, era una mujer humana, una delicada hembra que se rendía ante la avasalladora personalidad del lobo que ahora la dominaba. ¿Podía arrebatarse realmente la posibilidad de elegir? ¿Podía ser lo suficiente egoísta? ¿Podría encontrar después la manera de compensarla?

Ella sería su pareja, su única pareja mientras viviese, pero, ¿lo entendería?

Conocía parejas que habían empezado así, el alfa de Canadá era sin duda uno de los más cercanos casos. Su compañera, Bryony, no había tenido la menor idea de dónde se estaba metiendo cuando él la reclamó. Si bien había oído rumores sobre los problemas a los que se había tenido que enfrentar el lobo, en la reunión anual de los clanes que se había celebrado en Manhattan, la pareja había aparecido unida y con obvia felicidad.

Deslizó una vez más la mirada sobre ella y se encontró de nuevo con sus ojos. Sus labios estaban apretados en una fina línea y su mirada decía lo que ellos no se atrevían, hablaban con tanta sinceridad que se encontró sintiendo una poderosa puñalada en el pecho.

—Creo... creo que es mejor que te vayas —la escuchó musitar. La vergüenza estaba presente en sus mejillas, podía olerla en su piel, sentirla en la forma en la que intentaba replegarse—. Y cuanto antes lo hagas, mejor.

Sacudió la cabeza con fuerza y dejó que su lobo hablase por él. Su voz bajó dos octavos y surgió dura, animal. Aferró sus caderas con las manos y tiró de ella hacia

él, arrancándole un jadeo al arrastrarla por el colchón, se inclinó sobre su cuerpo y se encontró cara a cara con sus ojos. Le arrancó las gafas y las tiró sin importarle dónde caían y dejó que su aliento le acariciase los labios.

—Eres mía, Cleo —declaró con voz profunda y animal—. Desde ese inesperado encuentro, has sido mía.

Antes de que pudiese decir algo al respecto, resbaló sobre su cuerpo y le separó las piernas, descendiendo con su boca sobre el húmedo y sonrojado sexo.

—Ay, dios.

El femenino quejido lo hizo sonreír, sintió cómo su sexo se contraía tras la primera pasada de su lengua por la carne húmeda. Su sabor era indescriptible, podía sentir a su lobo detrás de su propia piel, partícipe de cada uno de sus movimientos, saboreándola a través de su lengua y de su piel.

Estaba mojada, tan excitada y caliente que el placer que experimentó al poseerla lo endureció aún más, su sexo pulsaba dentro del confinamiento de los pantalones deseoso de ocupar el mismo lugar que ahora reverenciaba su lengua.

—Exquisita —ronroneó disfrutando de cada lametón—. Un bocadito de lo más delicioso.

Ella se contoneó debajo de él, podía escuchar sus gemidos y pequeños grititos cada vez que tocaba alguna zona especialmente sensible. Pronto descubrió que la cara interna de los muslos era un lugar especialmente sensible, cuanto más cerca de su sexo era la caricia, más se estremecía.

—Ay dios, Jeremy.

La sorpresa de escucharla pronunciar su nombre lo hizo detenerse durante un breve segundo, entonces sonrió para sí y lamió su sexo una vez más al tiempo que utilizaba el pulgar para jugar con la creciente perla oculta de su clítoris.

—Me gusta escuchar mi nombre en tus labios —aseguró y oprimió el pequeño botón al tiempo que le decía—. Dilo otra vez.

—¡Oh dios mío!

Se rio por lo bajo.

—Con Jeremy es suficiente, lobita.

Lamió su sexo un par de veces más y notó cómo los caninos naturales de su bestia se alargaban por sí solos. Quería morderla, quería marcarla en un lugar dónde solo él sabría que poseía una marca. Siguió atormentándola con los dedos, jugó con su hinchado clítoris y la penetró con un dedo al mismo tiempo que resbalaba la lengua por la cara interna del muslo hasta sentirla temblar.

—Mía —murmuró para sí y dejó que su lobo tomase el mando por completo. Sus caninos se hundieron en la dulce carne, traspasaron la suave y delicada piel y probó la sangre que trajo consigo la pequeña herida.

Notó como su cuerpo se ponía repentinamente rígido, escuchó el bajo quejido que emergió de los labios entreabiertos y se concentró en aumentar el placer que se llevaría consigo cualquier pequeña incomodidad provocada por su reclamo.

Le lamió la herida una y otra vez, la piel estaba enrojecida y la sangre todavía le mancha el muslo pero terminaría curando dejándole únicamente una pequeña cicatriz.

El mayor cambio sin embargo sucedió dentro de él mismo, su lobo empezó a replegarse, satisfecho y tan contento como si le hubiesen estado acariciando el pelo todo el día, el aroma de su compañera se asentó por completo en su alma y el vínculo que había empezado a aparecer con su primer encuentro se consolidó uniéndolos hasta que uno de los dos abandonase este mundo.

«Mía. Mi compañera».

Lamió una vez más la zona lastimada y ascendió sobre su cuerpo para capturar de nuevo su boca y devorarla con un tipo completamente distinto de hambre. Todavía la deseaba, su pene estaba erecto y dispuesto para poseerla, pero quería más de ella, quería su total rendición a él.

—Déjame poseerte —le susurró a puertas de los labios—. Quiero estar dentro de ti, quiero follarte y hacerte mía. Quiero tomarte de varias maneras distintas, quiero que grites para mí, que te corras solo para mí... dámelo, Cleo, dame lo que quiero.

Los cristalinos ojos reflejaban el deseo presente en los suyos, en su cuerpo y la necesidad de satisfacción.

—¿Me... me has mordido? —escuchó su voz en apenas un hilillo.

No se molestó en negarlo.

—Te dije que quería morderte —le acarició el cuello con la nariz y aspiró profundamente su aroma—. Y siempre obtengo lo que deseo.

—Me has mordido —insistió.

Le besó el cuello.

—¿Quieres morderme tú a mí? —se burló al tiempo que sembraba pequeños besos por su cuello—. ¿Sabes que es lo que quiero yo? Quiero hundirme dentro de ti, quiero comprobar si eres tan suave alrededor de mi polla como lo has sido de mi lengua y mis dedos. Quiero que seas mía, quiero disfrutar de ti. ¿Vas a dejar que lo haga, lobita?

—Déjame así y te juro que seré yo la que te viole.

Se echó a reír con ganas ante la sincera e inesperada respuesta.

—No hay necesidad de llegar tan lejos —aseguró risueño al tiempo que abandonaba la cama unos segundos y se quitaba el pantalón y la ropa interior—. Um... me parece que nos hemos olvidado de un detalle importante. ¿Preservativos? Si me dices que no tienes, te ato y voy corriendo a mi piso a por ellos... a menos que no quieras utilizarlos...

Se giró hacia la mesilla de noche y abrió el cajón, rebuscó y sacó un paquetito todavía precintado.

—No hagas preguntas...

Enarcó una ceja ante la rotunda petición.

—No las haré —prometió al tiempo que le quitaba la caja y se hacía cargo del contenido—, al menos de momento.

No tardó en volver a deslizar las manos por debajo de sus muslos y atraerla hacia él, posicionándose justo en la húmeda entrada, listo para tomarla y hacerla suya por completo.

Cleo no podía respirar, su mente se había diluido por completo al igual que lo habían hecho cualquiera de los pensamientos medianamente racionales que podía haber tenido desde el momento en que ese hombre entró por la ventana hasta que empezó a besarla.

Sus besos, su boca, su forma de actuar, eran absolutamente arrebatadores. No podía recordar un solo momento en toda su vida que hubiese perdido la cabeza de tal manera, ni siquiera con su ex se había entregado de esa manera... ¡y él era un maldito desconocido!

Y eso la estaba poniendo incluso más caliente, pensó con profunda ironía.

Estaba haciendo realidad una de sus fantasías; echar un polvazo con un completo desconocido sin preocuparse en nada más que en pasarlo bien.

¿Dónde diablos había quedado la Cleopatra seria, objetiva y profesional?

Jeremy Macoy la había borrado de un plumazo, pensó con absoluta ironía. Ese hombre había cogido el toro por los cuernos —o lo que era lo mismo, a ella— y estaba haciendo con ella lo que le daba la santa real gana. Se había colado en su casa por la ventana del dormitorio, le había echado en cara que no hubiese querido hablar con ella o aceptar sus disculpas y finalmente, le dijo sin tapujos lo que pensaba de ella, de su cuerpo y lo mucho que deseaba follársela.

¿Había caído por el agujero de la madriguera de Alicia en el País de las Maravillas y nadie se lo había dicho?

El caso es que no había podido resistirse ni aunque lo hubiese intentado, ese hombre era como una apisonadora, la había derribado y la utilizaba como si tuviese todo el derecho del mundo a hacerlo. Un derecho que ella se encontró anhelando, deseando entregárselo y que continuase con esa dulce tortura.

La punta de su pene presionando contra la entrada de su sexo la devolvió a la realidad y al hombre que se cernía sobre ella como una montaña haciéndola sentirse pequeña y femenina.

—Mía —le escuchó murmurar al tiempo que empujaba y se abría paso en su interior.

Cerró los ojos y echó la cabeza atrás mientras alzaba las caderas para salirle al paso, su miembro se abría paso sin piedad en su interior obligándola a hacerle sitio, a acomodarse a su alrededor estirándola de una manera deliciosa.

—Eres jodidamente perfecta, dulzura —le escuchó murmurar entre dientes, su rostro era la viva imagen de la concentración—. Oh, sí, perfecta.

Gimió al sentirlo completamente dentro, las manos masculinas se aferraban todavía a sus caderas y la mecía buscando la posición adecuada.

—¿Tu rodilla? ¿Te duele?

La inesperada pregunta la dejó sin respiración. ¿Cómo era posible...?

—Te vi cojear —respondió a la pregunta que no había formulado más que en su mente—. No quiero lastimarte...

Se lamió los labios y entrecerró los ojos en un intento por verle mejor. Sin gafas, su visión era bastante deficiente.

—Mientras no me obligues a doblarla del todo... —musitó sintiéndose extraña en aquella íntima posición y hablando de algo como eso.

Sus labios rozaron entonces los suyos, notó su lengua penetrarla al mismo tiempo que rotaba las caderas y no pudo contener un gemido.

—Haré todo lo posible —le contestó finalmente. Fiel a su palabra, dejó su rodilla lastimada y le alzó el otro muslo, enroscándolo alrededor de su cadera—. Y espero que tú hagas lo mismo.

Se retiró casi por completo y volvió a penetrarla, no era suave, pero tampoco deseaba que lo fuese, había algo salvaje en ese hombre, algo muy profundo y que hacía que cada una de sus decisiones o elecciones fuese rotunda. Jadeó al sentirse de nuevo empalada, cada movimiento de sus caderas enviaba pequeñas descargas eléctricas a través de su cuerpo y hacían que el simple roce de las sábanas fuese demasiado intenso. Sus pezones se habían endurecido tanto que le dolían, podía sentir la necesidad de atención, deseaba que se los acariciase o incluso hacerlo ella misma, cualquier cosa con tal de encontrar un poco de alivio.

—Tócate tú misma —escuchó la ronca voz masculina—. Quiero ver como retuerces esas deliciosas bayas entre los dedos. Déjame verlo, Cleo, quiero ver cómo te tocas los pezones, como los retuerces, quiero ver como se ponen rojos por las caricias.

Gimió ante sus palabras.

—¿Me lees el pensamiento?

Su respuesta fue retirarse y volver a penetrarla con fuerza, clavándola en el colchón.

—Es posible, lobita, es posible —ronroneó al tiempo que le aferraba las caderas y resbalaba las manos hasta apretarle las nalgas abriéndola todavía más para él—. Ahora, Cleo, tus dedos sobre los pezones. Quiero ver cómo te das placer.

Se lamió los labios y se llevó las manos a los pechos. Todo su cuerpo se sacudió en el instante en que se tocó los pezones, estaba tan caliente que el simple roce la volvía loca. Se dejó llevar, el frenesí era tal que no se cohibió y disfrutó retorciéndose los pezones, apretándolos entre sus dedos para luego masajearse los pechos y alzarlos. Repitió la operación varias veces y con cada nueva acción sintió cómo se elevaba más y más por aquel tortuoso sendero del placer.

—Preciosa —lo oyó jadear—. Tócatelos un poco más, levántalos, así... me muero por chupártelos, por rodearlos con mi lengua.

Gimió, su voz hacía todo incluso más caliente, su cuerpo estaba ya en llamas y se

encontró en un punto sin retorno.

—Jeremy —jadeó acariciándose los pezones, sintiendo cómo su sexo se contraía alrededor del miembro que la penetraba—. Más, por favor, más...

Él no se hizo de rogar, la penetró con más fuerza, con más rapidez y descendió sobre sus pechos apoderándose del pezón y succionándolo en el interior de su boca como si quisiera bebérsela. Lamió y mordisqueó, se bebió su pecho con tanta sed que antes de que pudiese darse cuenta se encontró gritando a pleno pulmón su nombre mientras la recorría el orgasmo más explosivo que había tenido en toda su vida.

—Um... sí... —escuchó la voz masculina unos instantes después. Lo sintió deslizarse de su interior y dejarse caer de espaldas a su lado en el colchón—. Malditamente perfecto.

Se giró hacia ella y le pareció verle guiñarle el ojo antes de hacerse cargo del condón.

—Ha sido perfecto —repitió dejándose caer cuan largo era en la cama, se giró de lado y la atrajo hacia él, echándosela encima casi como si fuese una manta—. Um... sí, deliciosa. Me encanta cómo hueles.

Se quedó inmóvil esperando a que su propia respiración se acompasase y pudiese hacer algo más que resollar. Podía sentir todavía el latido de su propio corazón retumbando en los oídos, así como escuchar el de él adquiriendo un ritmo más tranquilo después de los excesos.

—¿Por qué yo?

La pregunta escapó de sus labios antes incluso de que pudiese ponerle freno.

—Porque no he podido pensar en nadie más desde que noté este dulce y blandito culo acunando mi polla —ronroneó él con voz somnolienta—. Tengo que advertirte que a los lobos nos gustan mucho los culos. Y el tuyo es de primera.

Frunció el ceño y se giró hacia él.

—¿Qué clase de respuesta es esa?

Pero él no iba a responderle, no ahora al menos, ya que un segundo después de girarse, estaba roncando.

Parpadeó, miró a su alrededor y luego al hombre que, con el brazo todavía alrededor de su cintura, roncaba a pierna suelta sobre su cama.

—¿Jeremy? —lo sacudió. El pronunciar su nombre todavía le sonaba extraño, pero no tanto como encontrarse desnuda, oliendo a él y a sexo sobre su cama—. No me jodas. No puedes estar hablando en serio.

Se las ingenió para librarse del abrazo de oso con el que la retenía a su lado e intentó moverlo, pero ese hombre era sólido como una roca.

—Esto es absurdo —suspiró y se dejó caer en su lado de la cama sin dejar de mirarlo—. Este chalado me ha tomado por una ladrona, me ha tirado al suelo, me vio el culo, las tetas, ¿y ahora se queda noqueado en mi cama después de echar un polvo?

Se echó a reír, no pudo hacer otra cosa que reír como una histérica ante lo surrealista de la situación.

—Dios, qué manera de terminar un jodido día.

Entrecerró los ojos sobre el cuerpo inconsciente y se permitió recorrerle una vez más con la mirada hasta detenerse en los pies descalzos que asomaban por el borde de la cama.

—Nadie dijo que en la guerra no se hacían prisioneros, ¿no?

CAPÍTULO 6

Con las manos apoyadas en las caderas y vestida de nuevo con el pijama que había terminado perdiendo la noche anterior, se quedó mirando al ocupa que dormía plácidamente en su cama. El hombre dormía como una marmota, gracias a dios no roncaba, pero pesaba una tonelada, tanto que había sido incapaz de moverlo. De hecho, había dejado de intentarlo tras el tercer intento cuando terminó cayendo de bruces en la cama para ser utilizada a continuación a modo de almohada. Ese capullo había utilizado sus tetas de cojín durante gran parte de la noche impidiéndole escapar.

Entrecerró los ojos y bajó esa amplia espalda hasta las perfectas y firmes nalgas desnudas, en la base de la columna tenía un sencillito tatuaje floral, un diseño un tanto peculiar en un hombre de su envergadura y carácter, pero con todo le quedaba bien. Siguió descendiendo hasta encontrarse con los enormes pies que sobresalían de la cama y sonrió al ver su obra de arte ya seca.

—Oh la venganza, dulce venganza.

Se lo merecía por quedarse dormido como un tronco en su cama y usar sus tetas de cojín.

—Serás capullo.

¿Cómo había terminado metida en todo esto? ¿En qué momento exacto había perdido las dos neuronas funcionales que siempre la avisaban de no cometer tonterías?

Por regla general era una persona juiciosa, tenía tendencia a meditar cada decisión hasta que le salía humo del cerebro y con él, ese juicio se había ido a la basura y sin previo aviso.

Pues te has ido a la cama con él y lo has pasado como nunca.

Y esa era otra razón más para preocuparse, pensó con un quejido interior. Sus relaciones con los hombres se habían limitado a dos amantes, el imbécil con el que se emborrachó durante la fiesta de graduación del instituto para acabar perdiendo la virginidad en la parte trasera del coche y su ex prometido, Devon. El primero ni siquiera lo recordaba y el segundo había sido un error colosal por ambas partes. Desde que había terminado la relación con su ex no había sentido realmente interés en ningún hombre, se había concentrado en su trabajo y le había ido maravillosamente hasta anoche.

Y qué noche, guapa. Tienes unas deliciosas agujetas que lo demuestran.

Sacudió la cabeza con energía y volvió a mirar al causante de sus problemas durmiendo como un bebé.

—Maldita sea tu estampa, Jeremy Macoy —masculló y no pudo evitar apretar los muslos cuando empezó a notar cómo volvía a humedecerse.

Ese hombre era como un afrodisíaco embotellado en lo que a ella se refería, no

tenía que hacer otra cosa que tenderse allí, boca abajo, totalmente desnudo, para que se le hiciese la boca agua y su cerebro barajase la posibilidad de unirse de nuevo a él.

—De eso nada —se regañó a sí misma al tiempo que se obligaba a darle la espalda y abandonar la habitación.

El rítmico sonido de la melodía del teléfono procedente del salón atrajo de inmediato su atención.

Echó un vistazo al reloj y frunció el ceño. ¿Qué querría a estas horas de la mañana? Ni siquiera eran las siete, el sol acababa de hacer acto de aparición y ella no era una de las personas más madrugadoras que conocía.

Correteó hasta el salón, cogió el teléfono de la base y se dejó caer en el sofá al tiempo que respondía.

—Hola, mamá —saludó—. ¿Ha pasado algo? ¿Papá está bien?

La voz cantarina y juvenil de su madre sonó inmediatamente de fondo.

—Cleo, tesoro —la saludó con ese conocido tono de preocupación materno que encendía todas y cada una de sus alarmas—. Acabo de enterarme. Patricia me llamó para contármelo. ¡Ese cabrón!

¿Cómo estás, nenita?

Nefertiti DeGucci en modo preocupación era como la versión femenina de *Terminator*. Pasaba por encima de quién hiciese falta y a toda velocidad sin perder la clase o el peinado. Todo lo que no era ella, lo era su madre. A sus casi cincuenta y siete años, poseía una lozanía y juventud que asombraba, cuando estaban juntas tendían a confundirla con su hermana mayor, cosa que la divertía e irritaba al mismo tiempo.

—Estoy bien, mamá —aseguró al tiempo que echaba un fugaz vistazo por encima del sofá a la puerta abierta del salón sabiendo que al otro lado estaba su dormitorio y el hombre que lo ocupaba—. Mucho mejor de lo que me esperaba a juzgar por... los recientes acontecimientos —murmuró, una reflexión más para sí que para ella. Entonces añadió—. Se le ocurrió la brillante idea de enviarme una invitación a su boda con la tetuda.

Y si bien la invitación había sido como recibir un puñetazo en las tripas, ahora no le parecía tan importante, era como si después de retozar en la cama con el poli todo hubiese perdido importancia.

Claro, ahora lo importante es qué vas a hacer con el bombón que sigue durmiendo a pierna suelta en tu cama.

—Debería de hacerle también la manicura.

—¿Cómo?

Sacudió la cabeza e hizo un mohín al darse cuenta de que había dicho aquello en voz alta.

—Nada, pensaba en voz alta —declaró desestimando el comentario—. El caso es que ahora mismo se me han pasado hasta las ganas de hacerle comer la maldita invitación. Supongo que después de lo que hizo ya nada me sorprende viniendo de él.

Escuchó un ligero murmullo al otro lado de la línea, una voz masculina que conocía a la perfección.

—¿Está papá contigo?

—Ay querida, estás en la fase de negación —replicó su madre ignorando su pregunta—. Pero es normal y comprensible. Ese hombre se portó como un perro pulgoso y callejero. Esa furcia necesitará toneladas de champú anti pulgas para dejarle en condiciones utilizables.

No pudo evitar sonreír, su madre conseguía que lo hiciese con asombrosa facilidad.

—Um... que lo dejen en la mesa del quirófano de la clínica y se lo castro gratis. Su interlocutora rompió a reír a carcajadas.

—Ah, me alegra oírte así de animada —comentó con un suspiro—, me quitas un peso de encima.

De nuevo el murmullo de la voz de su padre llegó a ella a través del teléfono.

—¿Qué le estás haciendo a papá? —preguntó curiosa. Sus padres eran como dos adolescentes, daba igual que llevasen media vida juntos, seguían queriéndose como la primera vez.

—Dile que... a estas horas... deberíamos estar...

Frunció el ceño al escuchar la voz de su padre, solo llevaba a captar pedazos de la conversación con su madre.

—Espera un momento, estoy intentando cerciorarme de que Cleopatra está bien... —escuchó responder a su madre.

Sacudió la cabeza, aquello era algo cotidiano entre los dos.

—Mami, te lo juro. Estoy bien, de verdad —volvió a mirar por encima del sofá—. Tan bien como puedo estarlo para empezar a cometer toda clase de estupideces.

—¿Qué clase de estupidez? —Su madre volvió a la carga—. No habrás vuelto a teñirte el pelo de ese horrible color rosa, ¿no?

Hizo una mueca.

—Era borgoña y no, sigo tan castaña como cuando nací —aseguró con un mohín. El teñirse de pelirroja había sido un intento fallido que prefirió no volver a repetir—. No te preocupes, sigo siendo tan... yo... como siempre.

Sí, el chicarrón que tienes desnudo en la cama es prueba fehaciente de ello.

—Pero dime, qué fue lo que te dijo exactamente Patricia.

Patricia Connors era la mejor amiga de su madre desde el instituto y también la madre de su ex, así que podía imaginarse como la ruptura de la relación de los hijos de ambas amigas les afectaba a ambas.

—Patty está muy preocupada, cariño —aseguró su madre con total afectación—. Está disgustadísima por todo lo que ha pasado. Me ha jurado y perjurado que no sabía nada de esa otra mujer, no tenía la menor idea de las andanzas de su hijo, estaba tan ilusionada con vuestra boda... y ahora esto. Disgustadísima, Cleo, disgustadísima que está la pobre.

—Pues ha tenido seis meses para que se le pase y ahora tiene una nueva boda a la que asistir, si es que al capullo de su hijo no se le da por dejar la tetuda plantada y buscarse otra churri que cubra sus peculiares necesidades —le soltó—. Aunque claro, a lo mejor la tetuda es tan liberal como él y está en el mercado de los intercambios y esas cosas.

—¿Intercambios? —Aquella era la voz de su padre—. ¿Ese capullo es un *swinger*? Fantástico.

Cleo, ve preparando el quirófano de la clínica para una castración, yo mismo te llevo al paciente.

Abrió la boca y miró el teléfono con gesto anonadado. No sabía que le sorprendía más, que su padre conociese el significado de la palabra «*swinger*» o que quisiese castrar a Devon.

Se echó a reír, no pudo evitarlo.

—Gracias, papi —le dijo al auricular—. La intención es lo que cuenta, te lo agradezco.

—Agradécemelo abriéndonos la puerta e invitándonos a un café, amor —le dijo el hombre—. Tu madre ya trae los bollos para el desayuno.

—¿La puerta?

Como si su mente necesitase una respuesta más explícita, el timbre empezó a sonar al otro lado del salón reverberando en todo el piso.

Se levantó de golpe con el teléfono pegado a la oreja.

—Papá, dime que no eres tú el que está llamando a mi piso de Nebraska.

—No lo soy, es tu madre —replicó y el timbre volvió a sonar—. Vamos, Cleo, no nos dejes esperando en la entrada.

Palideció. Sus padres estaban allí, en Nebraska, al otro lado de la jodida puerta de su piso. Apagó el teléfono y dejó que resbalase de su mano mientras abría los ojos de par en par y gemía de agonía.

—Oh, mierda.

CAPÍTULO 7

Jeremy se despertó de golpe cuando el agudo sonido del timbre le atravesó la cabeza como una bala de cañón. Abrió los ojos de golpe y se quedó mirando el techo mientras el irritante sonido volvía a golpear con fuerza sus sensibles tímpanos.

—Joder... ¡parad ya con el maldito timbre!

Aferró la almohada y enterró el rostro en ella solo para quedar totalmente inmóvil cuando su nariz captó un delicioso y femenino olor que conocía en lo más recóndito de su alma; chocolate.

Aspiró lentamente y sintió que empezaba a salivar ante las imágenes que este traía consigo.

—Cleo —murmuró su nombre y frotó la barbilla contra la suave tela como si se tratase de ella.

El insistente timbre lo hizo gruñir, levantó la cabeza y volvió a fruncir el ceño ante la femenina decoración de una habitación que estaba más que claro no era la suya.

—¿Qué diablos?

Se sentó de golpe y barrió con la mirada el dormitorio, su pantalón de chándal y ropa interior yacían en el suelo a unos pasos de la cama. Alzó la nariz y oteó el aire captando de inmediato el aroma a sexo y a...

—Cleo —repitió su nombre al tiempo que todo lo ocurrido la noche anterior penetraba en su mente—. Mierda. La reclamé. Reclamé a mi compañera.

No tardó ni dos segundos en deslizarse fuera de la cama, giró sobre sus talones y recorrió una vez más el lugar con la mirada en busca de aquella que debería haber estado a su lado en el lecho y no sabe dios dónde.

Estaba nervioso, intranquilo, histérico... y cabreado. Cabreado porque ellos estaban justo allí ahora.

¿Ellos? Sacudió la cabeza una vez más y deslizó la mirada hacia la puerta entreabierta del dormitorio. No eran sus emociones, lo que estaba sintiendo no tenía que ver con él, sino con la mujer a la que había reclamado; eran las emociones de su loba.

Se obligó a respirar profundamente y centrarse. Sus sentidos se habían agudizado, algo que tenía que ver con el emparejamiento —o eso había oído— y le llevaría un tiempo acostumbrarse a ello y mantener las cosas bajo control.

Muchas cosas iban a cambiar a partir de ahora y la primera de ellas tenía que ver con la mujercita que estaba a punto de sufrir un colapso nervioso en algún lugar del pequeño piso contiguo al suyo.

Recogió el pantalón del suelo y se quedó con la prenda en la mano sin poder mover un músculo cuando vio lo que tenía que ser una alucinación.

—Pero qué coño...

Movió los dedos de los pies, pestañeó, se frotó los ojos y volvió a mirar hacia abajo pero aquel espanto no se desvanecía.

—La madre que la parió —gruñó desde lo más profundo de la garganta—. ¡Tengo la bandera gay en los pies!

Cada una de las uñas de sus dedos estaban ahora pintadas de un color imitando el arcoíris.

Entrecerró los ojos, agudizó el oído y volvió a gruñir al tiempo que probaba otra de las ventajas de estar emparejado; hablar directamente a su pareja sin necesidad de estar pegado a su oído.

«*Cleopatra, acabas de ganarte unos buenos y contundentes azotes*».

Cleo dio un salto y ahogó un gritito al escuchar la voz de Jeremy, el sonido del timbre había sido ahora sustituido por los golpes de los nudillos en la puerta y el murmullo de sus padres al otro lado.

—Mierda, mierda, mierda, mierda —repitió sin descanso en voz baja mientras se giraba dispuesta a rogarle que se largase por la ventana—. Mira, Macoy, tienes que irte, yo...

Se quedó a media frase, el espacio tras ella estaba totalmente vacío, no había rastro del hombre.

—¿Macoy? ¿Jeremy? —pronunció su nombre en voz baja, esperando que él apareciese por la puerta que comunicaba el recibidor con la cocina y la habitación.

No hubo respuesta, se acercó al umbral y contempló con estupor que estaba sola.

—Mierda, he debido de imaginármelo.

Estaba tan estresada por la inesperada visita de sus progenitores que ya escuchaba voces.

Es tu conciencia. No quieres que sepan que tienes un tío desnudo en la cama. Uno que no es el capullo al que papá quiere castrar.

Una nueva andanada de golpes la llevó a resoplar. Cerró la puerta que llevaba al salón y al dormitorio y esperó que sus recién llegados visitantes no tuviesen inconveniente en pasar directamente hasta la cocina.

Respiró profundamente, comprobó que el pijama estaba en su sitio, se subió la cremallera de la chaqueta y pegó una sonrisa de bienvenida en el rostro al tiempo que abría la puerta.

—Papá, mamá, ¿qué narices hacéis aquí?

El matrimonio la saludó entre abrazos, besos y murmullos antes de pasar delante de ella hasta el recibidor. Como siempre, ambos iban impolutamente vestidos, casi como si hubiesen salido de un desfile de modas.

—Tu madre se empeñó en coger el primer avión tan pronto supo por Patricia que ese bueno para nada se casaba con otra —explicó su padre desabrochándose la

chaqueta del traje para estar más cómodo—. Así que adelanté la semana que tenía pensado coger de vacaciones para matar dos pájaros de un tiro; traer a tu madre para que viese con sus propios ojos que sigues viva y llevármela después para que no te vuelva loca.

Gracias a dios por los pequeños favores, pensó con ironía. Sin duda, había salido a su padre en algo más que el color de ojos.

—No me eches a mí toda la culpa —reclamó la mujer—. Tú también estabas preocupado por ella, Nerón.

Su padre hizo lo de siempre, le besó la mano y asintió.

—Lo que tú digas, Nefer, lo que tú digas —declaró al tiempo que le dejaba en las manos una caja de una conocida confitería de la zona—. ¿Café?

Señaló la cocina con un gesto de la cabeza.

—En la cocina —murmuró y echó un nervioso vistazo en dirección a la puerta cerrada para finalmente volver a ellos—. ¿Os dais cuenta que habéis atravesado el país de punta a punta solo para ver si sigo de una pieza?

Su padre se limitó a encogerse de hombros y entrar en la cocina.

—Eso díselo a tu madre, yo me he limitado a no dejar que cometiese una estupidez mayor que esta.

—No le hagas ni caso —contestó ahora ella. Se quitó el abrigo, lo colgó del brazo y la atrajo para achucharla y susurrarle al oído—. Él estaba tan preocupado por ti como yo en cuanto supimos lo ocurrido.

Suspiró. Aquello no podía estar pasándole y sin embargo, allí los tenía a los dos, uno al lado del otro.

—¿Os dais cuenta que ya no soy una niñita y que puedo cuidar de mi misma? Llevo haciéndolo muy bien los últimos seis meses —le soltó con irritación separándose de los brazos maternos—. ¡Esta visita es innecesaria!

—Lo sé, lo sé, estás tocando la segunda fase... —le palmeó la mano—. Es natural que sientas rabia, que estés enfadada, pero lo superarás.

Gimió ante las palabras de su madre.

—¿Segunda fase? ¿De qué demonios estás hablando? —sacudió la cabeza.

Como siempre, Nefertiti DeGucci no tenía prisa en explicarse. Dejó el abrigo pulcramente doblado en una silla y siguió a su marido hacia la cocina.

—Las fases de una ruptura sentimental, por supuesto —aseguró sin dejar de caminar—. Pero ahora que estoy aquí, podremos hablar de ello y...

Parpadeó sin poder hacer otra cosa. La verdad, empezaba a tener unas ganas locas de ponerse a gritar.

«Hazlo. Eso sirve para liberar el estrés».

Jadeó y se llevó una mano al corazón al escuchar de nuevo la voz de su compañero de cama.

Cerró los ojos y gimió interiormente, ¿es que había algo que pudiese ir peor esa mañana?

—Maldita sea tu estampa, Macoy —masculló en voz baja al tiempo que se giraba dispuesta a poner fin a aquella pesadilla, pero una vez más se quedó mirando el espacio vacío—. ¿Pero qué demonios...? ¿Dónde...?

—Cleo, ¿estás bien?

Se giró a su madre y señaló el vacío recibidor.

—Mamá, escucha, sé lo que puede parecer, pero no lo es en absoluto —aseguró, buscando atajar el problema antes de que empezasen a sacarse conclusiones precipitadas—. Me conoces, sabes que no hago esta clase de estupideces...

Nefertiti parpadeó y la miró sin comprender.

—Cariño, es normal sentir lo que sientes, especialmente cuando has pasado tanto tiempo viviendo con una persona —le aseguró con gesto consolador—. Tú y Devon habéis sido amigos antes de prometeros, es normal que le echéis de menos y que quieras incluso volver...

—¿Volver? ¿Con Devon? ¡No!

—¿Quién es Devon? —La voz masculina sonó ahora a su espalda y con un matiz mucho más duro—. ¿Y por qué diablos acabo de despertarme con un arcoíris presidiendo las uñas de mis pies?

Ambas se giraron al mismo tiempo para ver al sexy y recién levantado policía llenando el umbral de la puerta.

—Mierda.

—Um... por otra parte, ya han pasado seis meses, así que puede que olvidarte de él sea justamente lo que necesitas —declaró su madre recorriendo sin pudor al hombre que acaba de hacer acto de aparición, para finalmente hacer gala de sus exquisitos modales y adelantarse para tenderle la mano—. Hola, soy Nefertiti DeGucci, la madre de Cleo, ¿y tú eres...?

—Mi vecino.

—Su pareja.

—No eres mi pareja.

—Ahora sí, lobita.

Lo fulminó con la mirada y se giró hacia su madre, quién seguía aquel intercambio con absoluto interés.

—Mamá, él es el señor Macoy —declaró con toda la estoicidad que podía—, mi vecino de al lado.

—¿Señor Macoy? —repitió su madre.

—Jeremy —replicó el aludido estrechando la mano extendida de la mujer—. Un placer conocerla, señora DeGucci.

—Llámame Nefer, querido —sonrió con amabilidad, entonces la miró a ella y pudo ver en sus ojos una inusitada alegría—. Buena elección, cariño, pero ni siquiera yo llamo a tu padre señor DeGucci después de... ya sabes... jugar entre las sábanas.

Gimió. Había cosas que no necesitaba oír y esa era una de ellas.

—Nerón, cariño, he cambiado de idea —anunció la mujer con voz jovial—.

¿Desayunamos en ese coqueto restaurante que vimos al pasar?

Su padre, siempre discreto, permanecía en el umbral de la cocina mirando al recién llegado entre curioso y paternal. Sus ojos se deslizaron entonces sobre ella y enarcó una ceja.

—No es lo que piensas... lo que ninguno de los dos pensáis.

—Creo que es un poquito tarde para esgrimir esa excusa, nena —escuchó la voz de Jeremy al oído al tiempo que notaba ese fuerte e inamovible brazo rodeándole la cintura—. Nos han pillado.

No la dejó hablar, se inclinó sobre ella y le besó brevemente los labios, para finalmente tenderle la mano al hombre.

—Jeremy Macoy —se presentó—. Lamento el recibimiento, Cleo no me dijo que vendrían.

—Oh, no te disculpes querido, no lo sabía —se adelantó su madre—. Ha sido una visita de improviso.

Cuando ya pensaba que su padre iba a dejarle con la mano colgada, se la estrechó y sonrió afable.

—Como acaba de apuntar mi esposa, ha sido una visita inesperada —se estrecharon las manos—. Un placer conocerte, llámame Nerón.

—Jeremy —le ofreció así mismo—. ¿Piensan quedarse mucho tiempo en la ciudad? ¿Tienen ya alojamiento? Si gustan, pueden quedarse en mi casa de las afueras...

¿Casa de las afueras? ¿De qué diablos estaba hablando? ¿Estaba intentando comprar a sus padres?

¡Qué diablos estaba pasando aquí!

—Pero qué coño...

—Esa boquita, loba.

—Deja de llamarme loba, mentecato.

Su madre se rio por lo bajo y su padre sonrió también.

—¿Te recuerdan a alguien, querida?

—Oh, ya lo creo que sí —aseguró su madre al tiempo que recogía su abrigo y se cogía del brazo de su marido—. Te agradecemos el gesto, Jeremy. Pero ya tenemos alojamiento, sencillamente hemos adelantado el viaje que ya teníamos previsto. Pero nos encantará aceptar tu oferta en otro momento.

—Por supuesto, considérenla extendida para cuando la necesiten, Nefer.

—Mamá, no le hagas ni caso, nada de esto es lo que parece —rezongó intentando empujarle—. Él fue el poli del que te hablé, el capullo que me confundió con un ladrón...

—De peores maneras se han conocido las parejas a lo largo de la historia, nenita —le aseguró su padre con un guiño.

—¡No somos pareja!

Ambos enarcaron una ceja.

—Eres una adulta y muy capaz de tomar tus propias decisiones, cariño —le aseguró su madre—, solo ten cuidado, ¿de acuerdo? Usa... ya sabes... la gomita.

—¡Mamá!

—Nefer, deja a la muchacha antes de que Jeremy tenga que cargar con todas las culpas —sugirió su padre de buen humor—. Tu madre te llamará en cuanto nos instalemos, nenita. Procura... estar comunicable.

Antes de que ninguno pudiese decir alguna cosa más, la pareja dio media vuelta y abandonó el piso dejándola alucinada, cabreada y al borde de un ataque de nervios.

—Tienes una familia muy agradable.

La puerta se cerró y el sonido de los tacones de su madre empezó a perderse por el pasillo, solo entonces se giró hacia él.

—Tú... tú... tú... —no había palabras que describiesen lo que estaba sintiendo.

—Espero que tengas algo para quitarme esto, Cleopatra —señaló sus pies—, no me van los colores.

Ahhhhhhh. No se midió, se lanzó a su cuello sin pensárselo dos veces y el impulso los envió a los dos al suelo.

—¡Eres mi peor pesadilla! ¡Una verdadera chincheta en el pie! —chilló amenazando con sacarle los ojos—. ¡Cómo has podido! ¡Cabronazo! ¡Eres hombre muerto!

Para aumento de su irritación, no solo le sujetó las manos sino que se echó a reír a carcajada limpia. Entonces la hizo girar de modo que terminó, una vez más, debajo de su cuerpo.

—Ah, buenos días a ti también, compañera —le dijo entre risas—. ¿Has dormido bien?

—¡Eres hombre muerto!

Se limitó a poner los ojos en blanco y chasquear la lengua.

—De acuerdo, pero que sea después del desayuno —declaró al tiempo que la recorría con mirada hambrienta—. No tienes idea de lo que una noche... como la pasada... puede hacer en el apetito de un lobo.

—Voy a castrarte.

Parpadeó visiblemente sorprendido, entonces hizo una mueca.

—Si lo haces te perderás lo mejor de mí —le aseguró todo lleno de razón—. ¿Y cómo íbamos a jugar entonces?

Apretó los dientes y lo fulminó con la mirada.

—¿Tienes alguna jodida idea del lío en el que acabas de meterme, pedazo de imbécil?

La apretó contra el suelo, dominándola con su peso y presencia.

—Tranquila, Cleo —le susurró—. Todo tiene solución menos la muerte.

No, aquello no tenía solución. ¿Después del numerito que había montado? No, en absoluto.

—Esta me la vas a pagar, Jeremy Macoy.

Él sonrió con esa satisfacción masculina que la ponía a cien.

—Estoy deseándolo, Cleo —le aseguró—, no puedo esperar a ver qué es lo siguiente que tienes para mí.

Entonces se levantó y tiró de ella para ponerla en pie.

CAPÍTULO 8

—Dime que sigues de una pieza y no tirado en alguna cuneta.

Jeremy puso los ojos en blanco al escuchar el tono melodramático de su beta. Intuía que esa inestabilidad en la voz, seguida de contundentes maldiciones se debía más a la resaca del día anterior que a su preocupación por él.

—Estoy caminando por la calle y no tengo ni un solo rasguño, ¿suficiente para ti?

—Joder, Jer, sueñas incluso lúcido, ¿cómo lo haces?

—Privilegios de ser alfa —le soltó sin más—. Eso y no haber bebido tanto como vosotros dos.

—No, bebiste más, toda el agua de las cañerías.

Puso los ojos en blanco y se detuvo ante el paso de peatones a esperar que cambiase el semáforo.

Llevaba el móvil en el bolsillo superior de la chaqueta y los auriculares puestos, con lo que no tenía que preocuparse de que se le calentase la oreja. Además, con los sentidos tan agudizados como estaban esa mañana, había tenido que bajar el volumen del receptor al mínimo para no acabar aullando.

—Sí, lo recuerdo nítidamente, será por eso que sigo a flote.

Hubo un instante de silencio a través de la línea antes de escuchar un sonoro juramento.

—Espera, espera, espera... Estás demasiado lúcido, demasiado tranquilo —prorrumpió su compañero—, y ya no sueñas como un lobo psicótico destroza cañerías.

—¿Puedes bajar el tono de voz, Jim? Tengo los oídos demasiado sensibles —pidió arrancándose el auricular de la oreja—. Y no me apetece quedarme sordo.

—Hay que joderse, ¡te has emparejado! —concluyó Jim—. Lo has hecho, te has emparejado con ella.

—Es mi compañera, ¿no es eso lo que solemos hacer cuando nos la encontramos?

Un sonoro resoplido atravesó la línea.

—Sí, cuando son lobas, sí —rumió—. Ellas saben a lo que se enfrentan, conocen nuestra manera de vincularnos y lo que eso conlleva, pero tu compañera es humana...

Gruñó sin poder evitarlo, un sonido de advertencia nacido desde lo más profundo de su garganta.

—¿Que Cleo sea humana supone algún problema para ti, *beta*? —Al hacer hincapié en su rango dejaba patente que no era una pregunta retórica y que de su respuesta podía depender el seguir de una pieza o pasar a formar parte de comida para alimañas.

—Como no puedes verme, te diré que ahora mismo, de estar en forma canina, tendría el morro en el suelo y el rabo entre las piernas, alfa —le soltó con palpable

ironía—. Es tu pareja y será tratada y protegida como tal por la manada, eso lo sabes.

Sí, lo sabía. Era la ley que imperaba en su mundo. La compañera de un lobo era sagrada, más aún si era la del alfa. En ella recaía el continuar con la línea de sangre y fortalecer los lazos dentro del clan a través de su unión con él.

—Y no tengo prejuicios contra los humanos —añadió de inmediato—. Apuesto a que todavía no le has dicho quién y qué eres. Eso es lo que me preocupa, genio. Si tu loba te hace lo mismo que le hizo a Adam la suya... el tener que llamar a un fontanero para que arregle las cañerías sería mi última preocupación.

Suspiró. Bryony, la compañera humana del alfa de Toronto no se lo había puesto nada fácil. La muchacha había abandonado la manada y vivido lejos de su compañero durante casi un año. Era un milagro que Adam no se hubiese vuelto loco con la separación. Como lobos, una vez emparejados, el vínculo que los unían a sus compañeras se hacía cada vez más fuerte, a través de él permanecían siempre conectados y la lejanía, sobre todo en los primeros momentos tras el reclamo, podían ser realmente jodidos; o eso es lo que había oído.

El pensar en Cleo le hizo la boca agua, su cuerpo se tensó al momento y su sexo se endureció ante la perspectiva de tenerla otra vez. Ahora conocía su aroma, lo llevaba grabado y podría rastrearla hasta el fin del mundo si hacía falta.

—Jer, ¿sigues ahí?

La voz de Jim lo trajo de vuelta y se aferró a ella para centrarse.

—Sigo aquí —confirmó. Miró el reloj e hizo una mueca—. No es como si tuviese que ir a ningún sitio en particular. Peschong me ha dado unos días de vacaciones.

Lo escuchó resoplar.

—Como si te importase lo que dice Peschong.

Ni lo más mínimo. Aceptó. El jefe de policía de la comisaría de Lincoln era un hombre duro pero con los pies sobre la tierra, tenía alma de pacificador aunque a veces pareciese estar poseído por el mismísimo diablo. Sabía que no le quedaba más remedio que trabajar en conjunto con la oficina del Sheriff de Lancaster y el Departamento de policía de la Universidad de Nebraska dentro de la Unidad de Narcóticos, pero eso no quería decir que tuviese que llevarse bien con los agentes asignados de cada casa.

Sabía perfectamente que a él lo toleraba, ni le gustaba ni dejaba de gustarle, se limitaba a tolerarle y esperar que la colaboración terminase para enviarle de vuelta de una patada. No podía culparle, de estar en su misma posición, desearía hacer lo mismo.

—Pero no te llamaba por eso, ¿has escuchado algo de Santana?

Frunció el ceño ante el tono serio de su beta.

—¿Algo como qué? ¿No se marchó ayer contigo?

Un nuevo resoplido inundó la línea.

—Isabel ha intentado localizarte, pero al no poder hacerlo me llamó a mí —explicó de inmediato—. Santana no llegó a casa.

—¿Cómo que no llegó a casa? Salió contigo, Jim.

—Y lo dejé dónde me pidió —se justificó el lobo—. Ya sabes cómo es, quería despejarse antes de entrar por la puerta y ser castrado. Solo tenía que cruzar el maldito puente andando.

Aquello no tenía sentido, su amigo no desaparecería sin más.

—Mierda —masculló—. ¿Isabel no ha sido capaz de rastrearlo?

Como su compañera y loba, su vínculo era lo suficiente fuerte como para que pudiese encontrar a su compañero aún si estuviese al otro lado del planeta.

—Estaba en ello la última vez que... —se detuvo. Se oyó un murmullo al otro lado de la línea—. Espera un segundo, Jer, es Isabel.

Gruñó para sí. Su lobo empezó a pasearse en su interior, podía sentirlo tan nervioso como lo estaba él ahora mismo, había algo que no iba bien. Echó la mirada atrás y se estremeció al pensar en Cleo. ¿Era ella a quién percibía? Miró el reloj y sacudió la cabeza. Hacía más de una hora que la había dejado, posiblemente ya se habría ido al trabajo.

—Mierda —el exabrupto procedente del teléfono devolvió su atención a la conversación interrumpida—. Jeremy. Isabel los ha encontrado. Ha rastreado a Santana hasta una clínica veterinaria a las afueras, pero dice que no está solo, hay al menos un par de lobos más y... y ha captado tu olor.

¿Su olor? Eso no era...

Apretó los dientes y sintió cómo su lobo hacía lo propio al darse cuenta de qué clínica veterinaria podía ser.

—Cleo —pronunció su nombre en un tono de voz que prometía no hacer prisioneros—. Es su clínica. ¿Quiénes son los lobos? ¿De qué clan?

No hubo vacilación a la hora de responder.

—No los ha identificado, no reconoce el olor —reportó—. Pero dice que uno de ellos está herido y en forma lupina, el otro sigue en forma humana y está reteniendo al personal de la clínica.

No escuchó nada más, su lobo aulló, perdió la humanidad que le permitía razonar y se concentró únicamente en encontrar a su compañera. Y pobre del que osara hacerle daño pues no viviría para contarlo.

—¿Jer? ¿Jeremy? ¡Joder! Ben, mueve el culo, el alfa de Nebraska está en plan psicótico y no atenderá a razones —se oyó a través de los auriculares un segundo antes de que se cortase la llamada.

CAPÍTULO 9

Jodido horóscopo, pensó Cleo mientras contemplaba la escena. ¿Es que su semana nunca iba a mejorar? Sobre la mesa de operaciones tenía un enorme ejemplar lupino destrozado y, del otro lado, un jodido chiflado apuntándola con un arma.

No había hecho más que entrar, cambiarse de ropa y empezar a mirar las citas y operaciones que tenía programadas para hoy cuando escuchó un estruendo al otro lado de su oficina. Antes de que pudiese darse cuenta de qué era lo que sucedía, ella y Brenda, su becaria en prácticas, se encontraron en el quirófano con lo que solo podía ser un lobo medio destrozado sobre la mesa quirúrgica y otro desangrándose en una esquina de la habitación.

El hombre la había empujado a base de amenazas mientras cargaba con uno de los animales sobre el hombro y le disparaba al otro cuando este hizo ademán de liberarse de las correas con las que lo venía arrastrando.

—¿A qué estás esperando? ¡Te he dicho que lo operes!

¿Cómo esperaba que operase así? Brenda intentaba no lloriquear mientras presionaba la herida de bala que había alcanzado al otro animal, por la cantidad de sangre que manchaba el pelaje y el uniforme de la chica, el pobre se estaba desangrando.

—Si no le salvas, juro por lo más sagrado que te mato, humana.

Arrugó la nariz con desdén e intentó mantener la calma como llevaba haciéndolo desde que la encañonó con el arma. Por dentro era un manojo de nervios, quería gritar, llorar, patalear y esconderse debajo de la mesa, pero no podía permitir que ese hijo de puta le hiciese daño a Brenda.

—Te sugiero que no me amenaces y que quites esa jodida arma de mi vista —siseó—. Me estás poniendo de los nervios y no soy precisamente buena con un bisturí en las manos si estoy nerviosa.

El cañón del arma se adelantó más al punto de rozarse casi con su frente.

—¡Cállate y hazlo! —la empujó con él haciendo que notase el frío metal—. Puta humana... ¡hazlo ya!

Apretó los dientes y paseó la mirada por el agónico animal, entonces volvió a mirar el ejemplar que se desangraba en el suelo.

—Primero deja que me encargue de él —lo señaló—, tiene más posibilidades de salir adelante que este pobre pequeño. Déjame intentar...

Se tuvo que callar cuando volvió a amenazarla con la pistola, la agarró por el cogote obligándola a doblarse sobre el moribundo lobo que permanecía sobre la mesa de acero.

—¡Arréglalo pequeña zorra chupa pollas! —la insultó empujándola hasta el punto de poder oler la suciedad y los desechos sobre el pelaje espeso—. Si él muere, tú

mueres con él.

El agarre que tenía sobre ella y el lastimero gemido del can hizo que tuviese que luchar contra las lágrimas. Sabía que no había nada que pudiese hacer por él, nada excepto sacarlo de su miseria.

—¡No puedo! —clamó retorciéndose de su agarre hasta conseguir soltarse—. Le han seccionado la yugular y le han partido la columna, a juzgar por como respira incluso puede que tenga perforado el pulmón. Todo lo que puedo hacer por él es evitar que sufra más.

El hombre se pasó una mano por el pelo y se inclinó entonces sobre la camilla, rastrilló el pelo del lobo con los dedos con tanta delicadeza que era incongruente ante la situación que estaba viviendo. El can pareció hacer un esfuerzo sobrehumano para abrir los ojos y lamerle la mano sin mover ni un solo músculo.

—No. No me pidas eso. No puedo hacerlo. Saldrás de esta, hermanito, te prometo que saldrás de esta y ese jodido alfa pagará por todo lo que ha hecho —susurró al animal antes de besarlo en la cabeza e incorporarse para volver a apuntar hacia su asistente y el otro animal—. Estás muerto, Santana.

—¡No!

«Un día vas a hacer que te maten, Cleo. Eres capaz de dar tu vida y tus energías por cualquier animalito sin pensar en ti o en las consecuencias».

Las palabras de su padre resurgieron de algún lugar de su mente evocando un momento, siendo tan solo una niña, cuando había trepado a un árbol en un intento por salvar a un malherido gato que había sido vapuleado por un perro.

«Los protegeré a todos, papi. Cuando sea mayor, seré veterinaria y los protegeré a todos».

Con los brazos extendidos y su cuerpo escudando al lobo herido y a su asistente, se enfrentó al desquiciado que apuntaba su arma directamente sobre ella.

—Si vuelves a hacerle daño te juro que sales de aquí sin pelotas —siseó—. ¿Cómo puedes preocuparte tanto por ese pequeño y sin embargo dispararle al otro? ¡Son animales indefensos!

—¡Él es mi hermano! —declaró señalando la mesa de operaciones—. Y ese cabrón lo ha matado, así que merece el mismo trato.

¿Su hermano? Fantástico, ahora tenía que enfrentarse con chiflados. Miró a los dos canes y sintió repulsa ante lo que les habrían obligado a hacer. No eran perros comunes, ni siquiera eran mestizos, estos dos ejemplares eran lobos.

—¿A esto es a lo que te dedicas? ¿A montar peleas clandestinas? ¿De dónde han salido? Estos animales no deberían estar aquí, no deberían caer en manos de individuos sin escrúpulos como tú y...

Su perorata se vio interrumpida una vez más por el cañón del arma apuntando directamente a su cabeza, la mirada en sus ojos era febril pero conservaba la inteligencia, una dañina, macabra.

—Conozco tu olor... por supuesto, eres su perra —declaró al tiempo que la

encañonaba—. Sí.

Eric tenía razón, por eso olía al alfa de Nebraska. Eras tú.

¿De qué diablos estaba hablando este loco? ¿Qué ella olía?

—Sí —sonrió abiertamente y se giró hacia la camilla pero sin dejar de apuntarla—. ¿Te das cuenta, Eric? Tenemos aquí a la compañera de Macoy, su recién emparejada compañera. Ese bastardo pagará por lo que hizo su viejo, sabrá lo que es que te arranquen lo que más quieres.

¿Macoy? ¿Estaba hablando de Jeremy? ¿De qué iba todo esto? ¿Qué tenía que ver el policía con este loco? ¿Lo habría apresado en algún momento? ¿Tendría algún rencor guardado hacia él?

—Ellos lo orquestaron, fueron los únicos responsables de lo que pasó —gruñó, un sonido profundo y animal—. ¡Ellos la mataron! La mataron a ella y a nuestra madre.

Volvió a apuntarla y miró al lobo y a su asistente, quién había dejado de hacer presión en la herida y lloraba muerta de miedo en una esquina mientras se cubría la cabeza.

—Por favor, no nos mate, por favor, no nos mate, por favor, no nos mate...

El mantra se repetía una y otra vez de labios de la muchacha mientras el pobre animal gemía e intentaba moverse a pesar de todo. Aquello fue más de lo que pudo soportar.

—Si va a dispararme será mejor que lo haga de una jodida vez porque tengo mejores cosas que hacer que escuchar estupideces mientras tengo un paciente al que atender —le soltó irritada mientras se dejaba caer de rodillas sobre el lobo y presionaba ella misma el lugar de la herida—. Tranquilo, pequeño, vas a salir de esta, te lo prometo.

—¡Putá zorra humana!

«*Cleo, pégate a ese lobo y no te muevas*».

La orden fue tan contundente y su voz tan tranquila que se encontró haciendo exactamente eso al tiempo que se preguntaba de dónde había venido la orden. La puerta se abrió entonces de golpe, las luces tintinearón y se apagaron quedando solo el foco de la mesa de operaciones. Oyó un disparo seguido de un agónico gruñido canino, giró la cabeza en dirección al sonido y contempló atónita como otro lobo, este totalmente blanco, se abalanzaba contra su agresor directo a por su garganta. El arma se disparó una vez más, la bala impactó contra el techo y saltaron esquirlas, pero aquello no fue nada comparado a la imagen que captaron sus retinas. El hombre que la había irrumpido en la clínica y la había encañonado ya no era un hombre, un segundo estaba allí intentando apartar la rabiosa bola de pelos blanca y al siguiente un lobo marrón oscuro luchaba a mandíbula batiente con el blanco.

—Qué coño...

Un seco chasquido y el lobo marrón cayó inerte al suelo con los ojos en blanco y la lengua colgando de un costado de sus fauces, el hocico del can blanco se giró en su dirección, su boca goteando sangre antes de alzar la cabeza y emitir un sonoro y

lastimoso aullido para finalmente trotar hasta el lobo caído.

«Ayúdale».

La voz resonó en su mente como el eco de un perdigonazo. Esta vez era femenina, con acento hispano.

Vio cómo el lobo blanco empujaba con el morro el cuerpo inerte antes de desvanecerse y aparecer en su lugar una mujer menuda de rizado pelo negro y ojos verdes anegados en lágrimas.

Ella no dudó en posar sus manos sobre el can, lo sacudió e hizo un sonido nada femenino antes de empezar a gritar.

—¡Maldito seas, Mikel, no se te ocurra dejarme ahora! —Lo sacudió sin piedad, hablándole en español—. Por favor, amor, no me dejes.

Volvió a sacudirlo, hundió las manos en la húmeda piel del lobo y finalmente la miró a ella.

—Por favor. Ayúdale. Por favor, te lo ruego, no puedo perderle, no podemos perderlo —insistió llevándose ahora la mano libre al vientre—. Mikel... no puedes irte, tienes que conocer a tu hijo... por favor...

—¡Cleo!

La voz de Jeremy resonó en la habitación, solo tuvo tiempo de girar la cabeza para verlo aparecer pistola en mano a través de la puerta.

—¡Jeremy! —la mujer se giró hacia él frenética—. Se está muriendo, Mikel se muere. *Diosito*, ayúdanos...

El recién llegado echó un rápido vistazo a su alrededor y gruñó, un sonido poco humano cuando vio el lobo muerto en el suelo y finalmente el que permanecía inmóvil sobre la mesa.

—Es... está muerto —escuchó su propia voz ahora en tono ahogado y se obligó a tragar—. No... no habría podido hacer nada por él, se lo dije.

Sus ojos se encontraron y asintió, entonces bajó la mirada al lobo ante el cual estaba arrodillada y lo señaló.

—¿Puedes hacer algo por él?

—Oh dios mío, oh dios mío...

La letanía de Brenda había cambiado y ahora los miraba a todos con gesto atónito y también algo enloquecido. Estaba al borde de un ataque.

—Cleo, ¿puedes hacerlo?

Intentó reaccionar, intentó moverse pero le temblaban hasta las manos.

Jeremy se acercó a ella y le apretó el hombro haciendo que notase su contacto y reaccionase.

—Cleo, mírame —insistió—. Él te necesita, ¿puedes ayudarlo?

Jadeó, se miró las manos temblorosas y luego bajó la mirada hacia el lobo, el animal tenía los ojos medio abiertos y hacía un esfuerzo por enfocarlos en la mujer que seguía pegado a él.

—No, no, no, no... ¡no! —clamó ella—. No lo haré. Vendrás conmigo, tienes una

obligación para conmigo, para con la manada y con tu futuro hijo. ¡No me hagas tener que ir al mismísimo infierno a buscarte Mikel Santana, porque te juro que lo haré!

El animal movió el hocico y le lamió la mano haciendo que la mujer se echase a llorar.

—Es... espero que alguien me despierte pronto de esta pesadilla —consiguió articular al tiempo que se ponía en pie y miraba a su alrededor—, porque ni todas las buenas explicaciones del mundo podrían darle sentido a esto.

Se obligó a respirar profundamente y miró a su asistente, la cual había quedado finalmente noqueada. Se había desmayado. Sacudió la cabeza y miró de nuevo al lobo y luego a su vecino.

—Tenemos que ponerlo sobre la camilla —le indicó, moviéndose ya para retirar el otro cuerpo—. Lo siento, pequeño, lo siento mucho.

Apretó los dientes y trasladó el cuerpo muerto del animal al suelo para volver con su nuevo paciente.

—Ha perdido mucha sangre. Intenté que Brenda taponase la herida, pero entonces ese chiflado... él... —sacudió la cabeza, estaba temblando como una hoja—. No sé si podré...

—Podrás, compañera —declaró Jeremy con firmeza al tiempo que dejaba el cuerpo sobre la camilla—. Si alguien puede conseguirlo, esa eres tú.

Se obligó a creer en sus palabras, cerró los ojos, respiró profundamente y cuando volvió a abrirlos empezó esa peculiar carrera contra reloj en la que siempre participaba al entrar en quirófano. Como siempre, se sumergió en su propio mundo, trabajó rápido y sin descanso, sin permitirse pensar. Tenía que salvarle, tenía que mantenerle con vida, eso era todo en lo que podía pensar.

Hora y media después, con las manos temblorosas y manchadas de sangre, había finalizado la operación.

—¿Se... se pondrá bien?

Levantó la mirada y se encontró con los enrojecidos ojos de la mujer de pie al otro lado de la mesa. Sus manos seguían sobre el animal, acariciándole el pelo con suavidad, pero fue la sangre que le manchaba la barbilla y los labios la que la hipnotizó, esta se había secado dándole un aspecto un tanto macabro. Dio un paso atrás, luego otro y a medida que lo hacía volvió a ver el lobo blanco atravesando la habitación y lanzándose a la yugular del tipo que las llevó allí.

—Cleo, respira —sintió las manos de Jeremy sobre ella y eso la calmó de una forma tan absoluta que sintió la necesidad de darse la vuelta, echarse en sus brazos, esconder el rostro en su pecho y llorar como una niña—. Has hecho todo lo que has podido, pequeña, nadie te va a reprochar nada.

Ahora, todo queda en manos del creador.

¿Creador? ¿Acaso existía algo así? ¿Podía alguien permitir que una criatura como aquella sufriese de ese modo?

Se lamió los labios y miró a la mujer.

—A perdido mucha sangre, hay riesgo de infección y las próximas horas serán cruciales —soltó de carrerilla—. Hay... hay que mantenerle caliente, las mantas... las... hay... um...

La garganta se le cerró y las piernas empezaron a temblarle sin remedio.

—Isabel, las mantas están en el armario de la derecha —oyó la voz de Jeremy una vez más, él parecía estar siempre cerca.

—Me quedaré con él —asintió ella y se giró en su dirección con una mirada esperanzada y de gratitud—. Pase lo que pase, gracias.

Negó con la cabeza, las lágrimas empezaron a caer por sí solas y su cuerpo sucumbió por fin a los recientes acontecimientos.

—No... no sé qué ha pasado... no, no lo sé... —gimió—. Él... él entró aquí y... y...

—Shh —la abrazó, apretándola contra su pecho—. Ya ha pasado, lobita, lo has hecho muy bien.

Estoy orgulloso de ti.

Cerró los ojos y empezó a llorar, no pudo hacer otra cosa, las imágenes de las últimas horas volvía a pasar ahora por su mente a la velocidad de la luz, cosas espeluznantes, cosas inexplicables y la seguridad de que había estado a punto de morir a manos de un perturbado.

—Te tengo, Cleo, déjalo salir —escuchó la voz de Jeremy al oído—. Te tengo.

Cerró los ojos y dejó que él la sacase de allí, no quería pensar, no quería recordar, no quería analizar nada de lo que había ocurrido, porque si lo hacía, tendría que enfrentarse con lo que había visto.

No, pensó y se acurrucó en su abrazo, la gente normal no se convierte en lobo.

CAPÍTULO 10

La mañana parecía dispuesta a dejar atrás cualquier pesadilla o malos momentos, el sol brillaba con fuerza a pesar de la temprana hora y de estar a principios de septiembre. Dejó la ventana abierta permitiendo que entrase el aire, Cleo seguía sentada dónde la había dejado, tras el escritorio. Había cruzado los brazos sobre la mesa y reposaba la cabeza sobre ellos sin querer enfrentarse a él o a cualquier cosa que la rodease; no podía culparla.

—Nada de esto tiene sentido, Jim —murmuró entre dientes—. Han atacado a Santana en mi territorio, a un alfa de otra región sin provocación alguna. Han roto las leyes.

Su beta gruñó en respuesta.

—¿Qué mierda ha pasado, Jer? —preguntó—. ¿Quiénes son? ¿Por qué han ido a por Santana?

Sacudió la cabeza a pesar de que su amigo no podía verle.

—No estoy seguro —resopló—. No son de nuestra manada y dudo mucho que sean de la de Santana, no tienen el olor que deberían.

—¿Parias? ¿Renegados?

—Habrá que esperar a que Santana despierte y explique lo que ha ocurrido aquí —rumió—. Pero ahora, necesito que vengas a la clínica y traigas un equipo de contención. Hay dos cadáveres y se han producido disparos. La policía fue alertada, pero ya me ocupé de ello.

—Salgo para allá con los chicos.

Asintió y colgó. Guardó el teléfono y se giró hacia su compañera, quién seguía dónde la había dejado pero ahora lo miraba fijamente.

—¿Esto es de lo que querías hablarme? —murmuró con voz ahogada—. ¿A esto te referías esta mañana? ¿Esto? Lo que quiera que... sea.

Cruzó la habitación y optó por sentarse al otro lado del escritorio, frente a ella.

—Sí. —No se anduvo con rodeos—. Pero esta no era la manera en la que tenía pensado hacerlo, créeme.

Se limitó a mirarle, sin decir nada durante un incómodo silencio.

—Dios mío, si no supiese que jamás he probado las drogas y no me he chutado, ahora mismo creería estar viviendo uno de esos mencionados *viajes* —rompió a hablar—. Esa mujer se... Primero había un lobo blanco y entonces... entonces apareció ella.

Sacudió la cabeza con vehemencia y se levantó de golpe.

—Necesito un trago de algo fuerte.

Se arrastró hasta un armario cercano y extrajo de su interior una botella de whisky y una taza que alababa las cualidades animales frente a las humanas.

—Esto es demasiado bizarro para asimilarlo a pelo —murmuró al tiempo que se servía un generoso chorro en la taza y se lo bebía de un solo trago.

La reacción no se hizo de esperar, los ojos se le llenaron de lágrimas, el rostro aumentó de color y empezó a golpear el suelo con el pie.

—Dios, esto quema —jadeó a causa del ardor del alcohol—. Joder... es que, sencillamente es... imposible. Ha sido como asistir a una escena de la peli La Marca del Lobo. Solo que sin gente en pelotas.

—El cine y sus artes escénicas.

Los acuosos ojos se clavaron en él de inmediato.

—Detecto cierta ironía en tu voz —señaló. Entonces sacudió la cabeza ante lo absurdo de su propia respuesta—. Pero la verdadera ironía es estar hablando de ello.

Empezó a pasearse de un lado a otro de la pequeña oficina, podía sentir sus emociones disparándose una vez más, el aroma del miedo seguía presente y a juzgar por la forma en la que temblaba, todavía estaba en shock.

—Cleo...

—Brenda —comentó entonces deteniéndose en seco. Miró a su alrededor y su desazón aumentó aún más—. Hay dios, la he dejado sola...

Se levantó y caminó hacia ella, interceptándola en su ímpetu por llegar a la puerta.

—Ella está bien —la retuvo—, se desmayó en algún momento y ahora descansa en uno de los bancos de la sala de espera.

Sus miradas se encontraron y sostuvieron durante unos instantes.

—Tú... ¿tú eres como ellos? —preguntó con voz ahogada. Tuvo que aclararse la garganta para poder continuar—. El desquiciado de la pistola... él... el lobo... lo que sea... él llamó Santana al otro animal... la mujer también... pero, pero no puede ser ese Santana, ¿verdad?

—La morenita que has conocido ahí dentro es Isabel, la compañera de Santana —explicó con toda tranquilidad de la que podía hacer uso en esos momentos—. A él lo conociste anoche... una presentación de todo menos ortodoxa...

La vio palidecer.

—Le pegué un puñetazo —se lamió los labios—. Me llamó *ternerita*.

—Le estuvo bien empleado.

Sacudió la cabeza y retrocedió, en esta ocasión prefirió dejarla ir, era necesario que ella misma pactase con sus miedos, que se enfrentase a lo que había visto e intentase procesarlo para poder seguir adelante.

—Él... ella... primero humanos, luego lobos, primero lobos, luego humanos —barbotó las palabras sin orden ni concierto—. No, no, no. Demasiada información junto a imágenes poco realistas. No puedo con ello.

—Puedes —insistió—. Piensa en lo que has visto como una raza nueva, una etnia distinta.

La mirada que le dedicó no necesitaba de más explicaciones.

—¿Etnia distinta? ¡Ese hijo de puta irrumpió en mi clínica a punta de pistola exigiéndome que arreglase a un jodido lobo más muerto que vivo! —estalló—. ¡Me apuntó con la puñetera arma mientras desvariaba! ¡Y como eso no era suficiente, entonces apareció un borrón de pelo blanco, se le tiró encima y dónde antes había un jodido ser humano, apareció un maldito lobo! ¿Etnia distinta?

¡Y una mierda!

Estaba temblando de pies a cabeza, completamente histérica.

—Y tú... y tú... ¡y tú dices ser como ellos! —lo acusó—. ¡Eso no tiene ni pizca de normalidad en el mundo en el que yo vivo!

Bueno, ahí estaba, lo había soltado todo y de carrerilla.

—Sí, soy como ellos. Soy un lobo —le dijo sin más—. Pero no distinto del hombre con quién dormiste anoche y al que le pintaste las uñas de los pies de colorines.

Abrió la boca para refutar su respuesta pero terminó perdiendo fuelle y haciendo un mohín.

—Ahora esa pequeña venganza no tiene tanto mérito —gimió—. Esto lo supera.

—¿Venganza? —Aquello era lo último que esperaba escuchar de sus labios.

—Te quedaste noqueado en mi cama —declaró. Una queja totalmente abierta y justificable.

Se limitó a encogerse de hombros. Para ser justo consigo mismo, no sabía muy bien lo que había ocurrido la noche anterior con excepción de habérsela llevado a la cama y follársela.

—Es la primera vez que me emparejo —confesó—, y dado que cada emparejamiento es distinto, no tenía la menor idea de qué esperar durante el mismo... o después.

Frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—¿Emparejamiento? ¿Así es como lo llamáis ahora?

Sonrió de medio lado.

—Es algo inherente a mi raza —respondió buscando la manera más sencilla de exponerlo—. Es la manera en la tomamos pareja. Los lobos, en su hábitat natural se emparejan de por vida... en mi mundo, sucede igual.

Levantó las manos y dio un paso atrás al tiempo que sacudía la cabeza con incredulidad.

—Esto es como escuchar el argumento de un libro —rumió—. Uno en el que descubro soy la jodida protagonista. No, no, no. Esto no tiene sentido. ¡Solo echamos un polvo! Nada de emparejamientos, nada de por vida... tú eres... eres un felpudo... o eso dices.

Enarcó una ceja ante su respuesta.

—Prefiero el término lobo, gracias —la corrigió—. Y sí, nos he emparejado.

Lo miró y apuntó con un dedo acusador.

—No —se negó en rotundo—. Ni se te ocurra. No es no.

—Un poquito tarde para poner pegas...

—¡A la mierda contigo! —resopló y se giró dándole la espalda.

—Reconozco que te lo estás tomando bastante bien dadas las circunstancias.

Soltó un nada femenino bufido.

—Eso es porque todavía estoy en shock —argulló cansada.

No le pasó por alto la forma en la que caminaba y cómo se llevaba la mano al muslo sin llegar a tocarlo.

—Quizá quieras hablar con Isabel —comentó buscando su mirada—, ella lleva un par de años emparejada con Santana. Puede que tenga algún remedio para el escozor. No quiero verte dando saltitos cada vez que te mueves, aunque confieso que me gusta saber que yo soy el motivo.

La vio abrir la boca y empezar a boquear como un pez fuera del agua. Sus mejillas aumentaron de color hasta adquirir un tono rojizo intenso.

—No pienso hablar con una completa desconocida de... de... de mi vida privada —escupió—. De hecho, ni siquiera pienso pensar en ello. Lo de anoche fue una completa y rotunda estupidez, un momento de locura transitoria y no va a volver a repetirse. Punto.

Por encima de su cadáver, pensó divertido.

—Me refería a la herida de mi mordedura, lobita, no al sexo —intentó no reírse—. Te quedará una pequeña cicatriz, pero no tienes porqué padecer dolor o molestias cuando puedes aliviarlas. Para lo otro... bueno, prometo ser más suave la próxima vez.

—No habrá próxima vez.

Chasqueó la lengua y caminó hacia ella.

—Prometo no volver a morderte —le dijo sin dejar de avanzar hacia ella—, pero no pienso prometer no follarte. Me has gustado demasiado como para sacarte de mí menú.

Una vez más esas mejillas se llenaron de rubor.

—Estas primeras semanas estaremos más cómodos si nos mantenemos cerca el uno del otro —añadió—. Con el tiempo la necesidad irá remitiendo y podremos adoptar la rutina de una pareja normal, pero hasta el momento... puede que me necesites cerca... lo mismo que yo a ti.

La barrera que suponía la pared la hizo detenerse en seco y dar un saltito. Ya no podía seguir retrocediendo, no podía escapar de él.

—No —replicó de inmediato. Podía oler el nerviosismo en ella, sentirla acorralada y como eso la asustaba—. No quiero tener nada que ver contigo o con toda esta locura desatada. Te quiero lejos, pero que muy lejos de mí. No puedo con esto... no puedo con ello... Ay dios, no puedo, no puedo...

Y ahí estaba, la crisis que antes o después iba a producirse.

—Respira, Cleo —le cogió la mano y se la frotó—. Sé lo difícil e imposible que esto resulta para ti, pero no tienes que enfrentarte a ello ahora mismo, no a todo a la

vez. Un paso por día, compañera, solo un paso por día.

Sacudió la cabeza y pudo sentir cómo luchaba consigo misma para encontrar de nuevo esa coraza invisible tras la que estaba descubriendo se ocultaba.

—No puedo con esto, no puedo... es... esto va más allá de mi capacidad de raciocinio —gimió—. Ay señor. He visto a una loba convertirse en una mujer y a un chalado con un arma convertirse en lobo. ¡Y ella lo mató! ¡Le rompió el cuello con un movimiento de su mandíbula! Escuché el sonido, lo supe tan pronto quedé inmóvil. ¡He operado a un jodido lobo sin saber siquiera qué narices estaba haciendo! ¿Y si se muere? ¿Y si no vive? ¡Ella querrá comerme! ¡Y hay dos jodidos perros muertos en mi quirófano!

A estas alturas ya estaba histérica y gritando a pleno pulmón por lo que tuvo que obligarse a mantener el tono de voz neutral y tranquilo, esperando poder contenerla ahora que estaban vinculados.

—Ella solo hizo lo que hizo para proteger a su compañero —respondió en voz baja, calmada—. Y te ha protegido a ti, lo cual me genera una deuda de gratitud eterna hacia esa loba. No puedo perderte ahora que acabo de encontrarte, Cleo. Eres mi compañera, mi loba...

Sacudió la cabeza y extendió los brazos con gesto desesperado.

—¡No soy una loba! —clamó. Entonces se echó a llorar una vez más al tiempo que se abrazaba así misma—. Esto no puede ser real, nada de esto puede ser real.

Convencerla de aceptar lo que acababa de presenciar y hacerla comprender que su vida había cambiado sería una de las tareas más grandes a las que jamás se había enfrentado, comprendió, pero era una tarea autoimpuesta, una a la que no podía renunciar.

—Es real, todo esto es muy real —le aseguró manteniendo las distancias, dejándole sitio para moverse y recular en caso de que lo necesitase—. Solo mírame y verás lo real que puede llegar a ser.

Dejó que el cambio se produjese, para él era tan natural como respirar, en un momento estaba sobre dos piernas y al siguiente sacudía su espeso pelaje color chocolate y la miraba a través de los ojos de su lobo.

—¡Joder! —clamó dando un salto hacia atrás, retrocediendo con tanta rapidez que se llevó por delante la esquina de la mesa y una planta—. Joder, joder, joder, joder. ¡Joder!

«Tranquila, compañera, sigo siendo yo».

La vio jadear, podía escuchar el acelerado ritmo de su corazón, su trabajosa respiración y oler el miedo que la envolvía.

«Voy a caminar hacia ti».

Ella extendió las manos al momento en un acto inconsciente por defenderse y frenar su avance.

—No, no, no, no, no... no hace falta —estaba aterrada, las pupilas totalmente dilatadas—, de verdad que no.

La vio sacudir la cabeza y mirar a su alrededor casi al mismo tiempo que lloriqueaba.

—Ay dios mío, estoy oyendo voces.

«No oyes voces, me estás escuchando a mí. Puedo comunicarme contigo así, privilegio de compañeros. Tú también puedes hacerlo, solo tienes que pensar lo que quieres decirme».

Retrocedió un poco más, por cada paso que él daba, ella retrocedía otro.

—No quiero privilegios de ninguna clase —negó efusivamente—. Por dios, eres enorme. ¿Desde cuándo los lobos son tan grandes? Y... ¿por qué mierda tienes las uñas de las patas traseras pintadas de colorines? ¡Tienes las jodidas uñas pintadas de colores!

«Ya sabes de quién es la culpa, lobita».

Lo apuntó con un dedo.

—No me llames lobita.

Movió la cola en gesto contento y siguió avanzando hacia ella hasta estar a una distancia prudente.

Entonces se dejó caer sobre los cuartos traseros y agachó la cabeza.

«¿Alguna vez has acariciado a un lobo?».

La vio lamerse los labios y mirarle con recelo.

—Pues da la casualidad que no hace ni dos horas he tenido que poner las manos sobre dos de ellos y no eran tan grandes —jadeó. Se lamió los labios y lo miró con detenimiento—. Eres inmenso.

¿Cuánto pesas?

«Tú eres la veterinaria, ¿quieres averiguarlo?».

—Ni de broma —negó efusivamente.

«Eres extraña. Se supone que a los veterinarios le gustan los animales».

—Y me gustan —aseguró—. Los que están calladitos y no me hablan al cerebro.

Se rio en su mente.

«Vamos, doctora. Te prometo que no voy a morderte. Acaríciame».

—Empieza a preocuparme el que estés haciendo tanto hincapié en el tema de morder o dejar de hacerlo, amigo.

Suspiró, un sonido canino.

«De acuerdo. Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma».

Y aquello sin duda tenía que asemejarse al paraíso, pensó al tiempo que se restregaba contra las piernas femeninas al tiempo que la oía contener el aliento. Husmeó el aire y se relamió ante el conocido aroma a chocolate que perfumaba su cremosa piel. La empujó y siguió insistiendo hasta que sintió cómo los delgados dedos se hundían en su pelo y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no acabar tendiéndose en el suelo boca arriba para que le frotase la barriga.

«Detrás de las orejas, detrás de las orejas. Oh, sí, así».

Una nerviosa risa emergió de la boca femenina y no pudo hacer más que mover la

cola en respuesta, el ligero alivio que notaba ahora en ella era una pequeña victoria para él. Deslizó la cabeza bajo su mano y aventuró la lengua fuera de sus fauces para lamerla.

«*Gracias compañera*».

Dio un par de pasos hacia atrás librándose de su contacto y recuperó su forma humana arrancándole un nuevo jadeo.

—Sabes, creo que me va a gustar mucho recorrerte a lametones —ronroneó—, pero con todo, prefiero poder besarte así.

Tiró de ella, la cual todavía estaba demasiado sorprendida como para oponer resistencia y bajó la boca sobre la suya, robándole un suave y tierno beso.

—Sí, mucho mejor —murmuró lamiéndose los labios.

—Esto me supera —declaró ella, apoyándose voluntariamente contra él, permitiéndole ser su fuerza y apoyo en aquellos momentos—. No puedo más, por favor, de verdad que no puedo.

—Paso a paso, Cleo —le besó la cabeza—. Paso a paso.

CAPÍTULO 11

—Tengo que ver cómo sigue... tu amigo y que a Brenda no se le hayan fundido los plomos —murmuró dejando el cálido refugio que ofrecía los brazos de Jeremy—. Yo... no sé a quién tengo que llamar. ¿A la policía? ¿A la protectora de animales?

—Esto entra dentro de mi jurisdicción, ya me hago yo cargo de ello —le dijo sin dejar de mirarla—. Lamento que las cosas hayan resultado así, no era la manera en la que tenía pensado introducirte en mi mundo.

Se lamió los labios y dio un nuevo paso atrás.

—Yo ni siquiera estoy segura de querer conocerlo, ni así, ni de otro modo.

Cleo seguía intentando mantener la perspectiva cuando entró media hora después en la sala a la que habían trasladado al lobo. Había tenido que hacer un alto en el baño para vaciar su estómago, los recientes acontecimientos la habían dejado tan vapuleada que todo su metabolismo decidió descomponerse al mismo tiempo.

Tal y como le había dicho, Jeremy se encargó de limpiar el desastre en el que se había convertido el quirófano, en su paseo del baño a la sala de recuperación se había cruzado con un par de hombres que no conocía y que transportaban sendas bolsas negras. Tuvo que obligarse a respirar profundamente para no volver a abrirse a arcadas cuando ya no tenía nada más que vaciar.

Se detuvo en el umbral observando la extraña escena que se desarrollaba ante sus ojos. La mujer morena estaba sentada junto al cuerpo inconsciente del lobo y le murmuraba palabras en español al oído. Sus manos se movían de manera rítmica mientras le acariciaba las orejas y lo que al principio pensó que eran palabras, se convirtieron en una dulce nana.

—Creo que le ha subido la fiebre.

Se sobresaltó al escuchar la voz femenina y el profundo acento que tenía al hablar en inglés.

Cuando encontró sus ojos los vio enrojecidos por el llanto y brillantes de preocupación.

—Prefiere estar en esta forma cuando no se encuentra bien, dice que el lobo puede protegerse mejor que el humano —se lamió los labios—, pero yo le necesito ahora en forma humana. Necesito ver sus ojos abiertos, escuchar su voz... le necesito.

La agonía mal disimulada en su voz le encogió el corazón. Tuvo que parpadear varias veces para evitar que le saltasen las lágrimas. Entró y fue directa al gotero para comprobar que la vía estaba en su sitio y los antibióticos eran administrados correctamente. Cogió un termómetro del mueble y se lo metió en la oreja para comprobar la temperatura canina.

—Es normal que tenga algunas décimas de fiebre —murmuró intentando

recuperar la profesionalidad—. Ha perdido mucha sangre. Las radiografías presentan alguna costilla rota, pero no son daños graves. La bala, por otra parte... no ha tocado ningún órgano vital, pero... como ya he dicho, ha perdido mucha sangre. Yo... solo puedo decirte que tengas paciencia.

Ella sonrió a duras penas, la tristeza impresa en su rostro.

—Eso es lo más difícil que puede pedírsele a la pareja de un lobo, pero lo intentaré.

No supo qué decir al respecto, pero Isabel no necesitó que lo hiciese.

—Jeremy te ha reclamado hace poco, ¿no? —murmuró—. Lo olí en ti cuando rastree a mi compañero. Es un aroma muy fuerte, como el de una reciente vinculación o... el de después de... ya sabes, jugar.

Se atragantó sin saber muy bien cómo responder a eso.

—No es nada tan serio como eso —se excusó.

Ella enarcó una ceja en respuesta.

—Es un alfa, para él es lo suficiente serio como para publicarlo en todos los periódicos si es necesario —le aseguró y había una nota de diversión presente en su voz—. Cuando los miembros más destacados o líderes de las manadas se emparejan, su vínculo es muy fuerte, es imposible pasarlo por alto. Y su olor está en ti.

Hizo una mueca.

—Haces que suene como si no me hubiese lavado y oliese a perro mojado.

La morena parpadeó y luego se echó a reír.

—No, ni mucho menos —sonrió con calidez—. Es solo, bueno, él quiere que todo el mundo sepa que eres suya, que le perteneces, es como un aviso para otros lobos. “No te acerques, la chica es mía”.

Hizo una mueca ante tal despliegue de sinceridad.

—No soy suya —negó con rotundidad—. No soy de nadie.

—Eres humana —murmuró al tiempo que levantaba la nariz como si la olisquease—. Imagino que... antes de Jer no habías tenido contacto ni conocimiento sobre mi pueblo.

¿Antes de Jer? Eso sí que tenía gracia. Había tenido un fabuloso cara a cara con su mundo hacía pocas horas, uno rotundo y brutal.

—En realidad, no tenía conocimiento alguno de tu mundo hasta que un borrón de pelo blanco atravesó la puerta, derribó al chalado de la pistola, el cual se convirtió también en lobo y le rompió el cuello —soltó de carrerilla con gesto irónico—. Mi primera toma de contacto ha sido sin duda memorable.

Las mejillas de la mujer adquirieron un tinte rosado.

—Vaya...

—Sí, supongo que esa es la palabra perfecta para describir todo esto —declaró al tiempo que dejaba de nuevo el termómetro en su sitio y comprobaba los ojos del inconsciente can—. Una palabra estupenda.

Terminó el examen a su nuevo y único paciente y suspiró con cierto alivio.

—Todo parece marchar correctamente —comentó—. Tendría que despertarse de la anestesia de un momento a otro.

—Gracias.

El tono en la voz de la mujer hizo que la mirase a los ojos.

—Te debo la vida de mi compañero.

Sacudió la cabeza de inmediato.

—Yo solo hice lo que tenía que hacer —murmuró y miró al can—. Ahora es cosa suya. Es él quien tiene que luchar para salir de esta y, a juzgar por lo que he visto, lo hará.

Una suave sonrisa curvó sus labios y asintió.

—Sí, ahora sabe que tiene que luchar por alguien más —aseguró llevándose la mano al vientre.

Asintió y dejó a la mujer para ir a ver a su asistente, quién había sido dejada sobre el banco de la sala de espera y cubierta con una manta.

Jeremy observó cómo el equipo de limpieza se ocupaba de la recogida. Camuflados bajo un logo corporativo pasarían desapercibidos delante de la vecindad. Jim estaba a su lado, comentándole los últimos pormenores y poniéndole al tanto de todo.

—Esto tiene aspecto de ser algo personal. Han ido directamente a por el alfa de Texas —comentó al tiempo que se pasaba una mano por el pelo—. Esos dos chicos ni siquiera pertenecen a este territorio, su olor... Jer, juraría que son dos de los refugiados.

Frunció el ceño ante las palabras de su beta.

—¿Refugiados? Quieres decir... —se giró en dirección a la furgoneta—. Pero eso no tiene sentido...

—¿No? No tienen lazos con Santana, no tienen lazos con nadie.

Gruñó.

—Fueron acogidos por su manada, todos los supervivientes fueron acogidos por alguna de nuestras manadas —declaró con fiereza—. No tiene el menor sentido. Han atacado a Santana y a mi compañera en mi propio territorio —masculló—. ¿Quieres hacerme creer que dos parias, dos supervivientes de la masacre de hace diez años han querido matar al hombre que les dio cobijo? ¡No tiene el menor jodido sentido!

Jim se limitó a seguir su mirada.

—Supongo que tendremos que esperar a que Santana despierte y pueda arrojar algo de luz sobre esto —chasqueó—. ¿Crees que podrá salir de esta?

Abandonó la camioneta y desvió la mirada hacia el edificio de planta baja que ocupaba la clínica veterinaria.

—Cleo no permitirá que sea de otra manera —declaró con convencimiento—. Avisa a Ryss Matherson. Cuéntale lo que ha ocurrido y que Isabel está con nosotros.

Ryss Matherson era el beta del alfa de Texas y pondría el grito en el cielo cuando

se enterase de lo que le había pasado a Santana.

—Esto le va a encantar.

—Tanto o más que a mí —rumió. Entonces cambió de tema—. ¿Qué ha pasado con Brenda, la ayudante humana? ¿Está bien?

—Se ha llevado un buen susto —le informó—, sigue en shock. Lo mejor sería sedarla y llevarla a casa, dejarla que duerma y que se despierte pensando que todo ha sido una pesadilla.

—Habrá que vigilarla por si acaso —sugirió. No quería tener que descubrir después que la muchacha había sufrido un accidente o algo peor a causa de lo que acababa de presenciar—. Hablaré con Cleo, ella sabrá dónde vive.

Jim asintió.

—¿Y tu compañera? ¿Cómo se lo está tomando?

—Por ahora no se ha puesto a gritar mientras corre en círculos, lo cual considero un gran logro.

—A ella también deberías sacarla de aquí —le dijo sin rodeos—. Llévatela a casa, te avisaré si hay alguna novedad.

—El piso no ha quedado en las mejores condiciones después de lo de ayer, ninguno de ellos.

—No hablaba de ese cuchitril, llévala al rancho —lo instó—. Si ocurre alguna cosa, allí estará protegida por la manada y tendrá tiempo para ir acostumbrándose a nuestras... costumbres.

—Lo pensaré.

Le palmeó la espalda y silbó llamando a sus compañeros.

—Nos vamos —los instó, subiendo ya al camión.

Suspiró y miró una vez más hacia la clínica.

—Veamos qué dices a unas pequeñas vacaciones, Cleo.

—No.

Su respuesta fue tajante. No pensaba irse a ningún sitio. Sus padres estaban en la ciudad, Brenda necesitaría unos días para reponerse del episodio traumático sufrido y ella, ella necesitaba trabajar y volver a la rutina, olvidar todo lo que había pasado y, sobre todo, alejarse de él.

—Has sido muy tajante.

—Me alegra que lo notes —le soltó—. El que hayamos follado no es motivo suficiente como para que desee irme contigo a ningún sitio. Demonios, mi vida era mucho más sencilla antes de que tú aparecieses en mi vida.

—Apuesto que sí —le dijo con ironía—, especialmente cuando tu prometido se acostaba con otra y te obligó a romper el compromiso.

Lo miró anonadada.

—¿Cómo?

—Tengo muy buen oído —aseguró—, y tu madre no es precisamente discreta. ¿En serio ese capullo te mandó una invitación a su próxima boda?

Resopló.

—No es asunto tuyo.

—Claro que lo es. Eres mía y yo cuido de lo que es mío.

—No soy tuya.

—Eres mi compañera, eso te convierte en mía.

Puso los ojos en blanco.

—Olvídame, desempárate de lo que sea y déjame en paz.

Puso los ojos en blanco y la contempló.

—Considéralo una escapada de unos días —insistió—, pasa algún tiempo conmigo.

—No estoy interesada en pasar tiempo contigo.

Enarcó una ceja.

—¿Ni siquiera en la cama?

¿Es que nunca iba a detenerse?

—¿Qué parte de «no» no has entendido, genio? —se exasperó—. Solo fue un polvo. ¡Nada más!

Y no estoy interesada en repetir. No es como si me hubiese comprometido o me hubieses declarado amor eterno. Tío, ni siquiera nos conocemos.

—Motivo más que suficiente para que pases tiempo conmigo y nos conozcamos —insistió con total sinceridad—. Quién sabe, quizá incluso podamos llegar a esa parte del compromiso o de las declaraciones.

—No salgo con perros.

Lo vio entrecerrar los ojos y mirarla fijamente.

—Acabas de insultarme —aseguró y parecía realmente ofendido—. Me debes una disculpa.

Jadeó y extendió el brazo señalando la clínica.

—Claro, cuando te oiga a ti disculparte por haberme conducido a toda esta locura, señor Lobo Feroz con la bandera gay en las uñas de los pies.

Estaba a punto de replicarla cuando un sonido procedente de la sala contigua los interrumpió.

—¡Jeremy! ¡Doctora!

No esperó, dejó el asiento que estaba ocupando y salió volando por la puerta con su irritante compañero pisándole los talones.

CAPÍTULO 12

«Jer».

La voz de Santana inundó su mente llenándolo de alivio.

«Bienvenido al mundo de los vivos, amigo mío».

«Dios, esto es como estar en el infierno».

Sonrió para sí mientras atravesaba la sala siguiendo a Cleo. Ella era totalmente ajena al intercambio que se producía entre ellos.

—Se ha despertado —anunció Isabel con palpable alivio—. Pero no quiere estarse quieto. ¡Dile que tiene una jodida herida de bala y no debe moverse!

Y eso era una loba cabreada y muerta de preocupación por su lobo, pensó Jeremy con ironía. No pudo evitar mirar a la suya y preguntarse sí, de pasarle algo, Cleo se preocuparía de esa manera.

La muchacha no había ido desencaminada, la verdad era que apenas se conocían, no sabían más el uno del otro que lo que habían podido compartir en el lecho durante unas horas y lo que surgía a la luz en alguna de sus continuas discusiones. Pero ella era su compañera, suya, así lo sentía, su aroma estaba grabado a fuego en su alma, la quería de la manera en la que querían los lobos pero quizá no fuese suficiente para ella.

—Quieto chico —se adelantó Cleo—. Shhh, no tengas tanta prisa.

Y ahí estaba otra faceta suya que solo había conocido recientemente mientras operaba al paciente al que ahora hablaba con ternura y suavidad. Era toda una profesional, en cuanto se enfrascaba en su trabajo se olvidaba de todo lo demás y sufría, sufría de la misma manera que lo hacía él cuando se enfrentaba a algún caso difícil en el que la víctima había sido asesinada o no podía hacer nada para ayudar.

Como policía había visto muchas cosas a lo largo de los años, su carrera y la división a la que pertenecía traía consigo muchos sinsabores, demasiada muerte y destrucción detrás de las drogas. No se trataba solo de la gente que perecía por el camino, a veces, los que quedaban eran los que peor lo pasaban.

Y ella no lo sabía. Todo lo que Cleo sabía de él era que vivía en el piso contiguo al suyo, que la había tomado por una ladrona y la había arrestado por error. Todo lo que ella sabía era que existía atracción entre ellos, la suficiente como para hacerle perder la cabeza y aceptarle en su dormitorio y en su cama; aunque no es que tuviese muchas opciones.

Y ahora sabía que existía un mundo más allá de lo que se había imaginado en el cual desconocía exactamente el papel que interpretaba.

«Tu compañera».

La voz del alfa tumbado en la camilla lo sacó de sus cavilaciones.

—Haz lo que te dice la doctora, Mikel —murmuraba Isabel al mismo tiempo—.

Quédate quieto.

Has perdido mucha sangre.

«Tranquila, amor. Estoy bien. Estoy bien».

—Me has dado un susto de muerte.

«Déjame hablar con Jer. Es importante y no sé... esto resulta cansado...».

—Debes descansar —insistió ella.

La respuesta del can fue sacar la lengua y lamer la mano que le acariciaba el hocico. El hombre había hablado a la compañera por el vínculo común entre clanes y no por el privado.

Se acercó a él y deslizó la mano sobre su lomo transmitiéndole su fuerza y presencia.

—Está bien, amigo, haz caso a tu chica.

«¿Qué ocurrió?». Le preguntó por la vía que compartían los alfas.

Hubo una ligera duda en la mente canina.

«¿Están muertos? ¿Los dos?».

Asintió y respondió mentalmente.

«Sí. Los dos. Isabel se encargó de uno de ellos. Te habría disparado otra vez si no lo hubiese interceptado».

«Maldita sea, Jer. Está embarazada. Se ha puesto en peligro y está embarazada».

«Eso he oído. Enhorabuena».

El lobo emitió un bufido muy canino.

—Quietos —le susurró Cleo mientras acercaba un aparatejo a las enormes orejas—. No te dolerá. Solo voy a tomarte la temperatura.

«Tu compañera. Ella impidió que él disparase. Se puso delante de mí y de esa niña. El destino te ha premiado con una buena mujer».

Se estremeció ante las palabras del lobo y lo que eso implicaba. No le hacía ni pizca de gracia que ella se hubiese metido entre el arma y su amigo a pesar de que lo enorgullecía su valor.

«Esos chicos. Ese joven lobo... estaba confundido. Totalmente confundido. Les han metido en la cabeza una versión totalmente distorsionada de la realidad».

«¿Sabes quiénes eran? ¿Qué ocurrió, amigo?».

«Sabía que alguien me estaba siguiendo, por eso le pedí a Jim que me dejase delante del puente. No podía permitir que rastreasen a Isabel».

Una razón más que suficiente para cualquier lobo emparejado; la seguridad de su compañera era siempre lo primero.

«Los llevé hasta las afueras y una vez allí los confronté. Por dios. Eran dos críos. No mayores que tú o Brian».

Continuó con gesto cansado, incluso en su mente podía notar su agotamiento.

«Solo dime que ha pasado y descansa».

«Alguien está esparciendo el rumor de que los alfas presentes en la matanza de la manada Daratriz fuimos también los responsables de la destrucción de la misma,

que fuimos el brazo ejecutor. El más joven de los muchachos estaba convencido de que yo había mandado ejecutar a todo el clan para quedarme con sus tierras y, entre los muertos, estaban sus padres, la compañera de uno de ellos y su hermanita, un bebé de tres meses».

Cerró los ojos al escuchar el nombre Daratraz. Tal y como había sugerido Jim, los dos lobos eran refugiados, supervivientes de esa dantesca matanza acontecida diez años atrás en un pequeño pueblo a las afueras de Iowa. Una manada con un alfa propio, una comunidad que no había hecho daño a nadie y que vivían en su propio mundo y alejados de los humanos y que quedó reducida a cenizas en cuestión de una noche.

«Pero ni tú ni ninguno de los que estuvo allí esa noche tuvo nada que ver. Ni siquiera sabíamos que estaba ocurriendo hasta que empezaron a elevarse las columnas de humo».

Aquel había sido el único indicio que habían tenido de que ocurría algo, una densa columna de humo a la que siguió el olor de la sangre. Esa noche se habían perdido innumerables vidas, los supervivientes habían sido menos de una quincena y algunos de ellos no llegaron a ver siquiera un nuevo amanecer.

«Alguien está extendiendo el rumor de que varios alfas estuvieron detrás de la orden dada para exterminar a esa comunidad».

Suspiró con cansancio.

«Esos dos pobres desgraciados fueron dos de los muchachos que sobrevivieron y obtuvieron refugio en mi clan». Gimió en voz alta e intentó moverse. «Alguien está dispuesto a empañar los recuerdos de aquella fatídica noche con falsos testimonios y está utilizando a las víctimas de la masacre para ello».

Sus ojos se encontraron.

«¿Con qué propósito?».

«Llegar a los alfas. Su único pensamiento era que yo sufriese lo que sufrieron ellos, que pagase con mi propia sangre. No sé si esto es un hecho aislado, pero algo me dice que solo es el principio, Jer. El que llegasen hasta aquí no fue una casualidad, reconocieron tu aroma en Cleo, estaban dispuestos a acabar con ella para llegar a ti. Hay que dar con los supervivientes de aquella noche y tenerlos vigilados, no podemos permitir que esto se repita».

Una tarea nada fácil, pensó, pues de los diez supervivientes de aquella masacre, solo conocían el paradero de siete de ellas, dos de las cuales acaban de encontrar la muerte en esa misma clínica.

«Pondré a Velkan al tanto de lo que ha ocurrido».

«Sí, pero dile que deje al psicótico de Arik en casa. No quiero al Ejecutor sembrando cadáveres por mi territorio».

Sonrió de medio lado.

—Ni yo en el mío.

Al responder en voz alta se encontró con las miradas de las dos mujeres puestas

en él. La de Isabela era de pocos amigos y la de Cleo más curiosa que otra cosa.

—Si habéis terminado, quiero que este imbécil descanse.

Un leve gimoteo fue toda respuesta.

«*Tan pronto pueda ponerme en pie, la zurraré*».

Ocultó una risita tras un carraspeo.

—Ya has oído a tu compañera —le dijo en cambio—, toca descansar. Ryss estará ya volando para aquí para recogerte y leerte la cartilla.

«*¿Has llamado a Don Angustias? Jer, pensé que eras mi amigo*».

Enarcó una ceja.

«*Lo soy. Por eso prefiero que tu beta te grite a ti y no a mí*».

El lobo gruñó haciendo que Cleo se sobresaltase y diese un saltito hacia atrás.

«*Lo siento. Dile que lo siento, que el gruñido era para ti y no para ella*».

—El lobo idiota dice que lo siente —se adelantó Isabela, quién había captado al parecer el mensaje—. Le estaba gruñendo a Jeremy, no a ti.

Cleo miró de uno al otro y luego a su peludo paciente. Entonces levantó las manos, dejó el termómetro a un lado y empezó a marcharse.

—Esto ya es demasiado para mí —declaró decidida a marcharse—. Si esta noche le ha bajado la fiebre por completo, dejaré que te lo lleves. Lo que sea con tal de perderos a todos de vista y sacaros de mi clínica.

La puerta se cerró tras ella dejándolos solos a los tres.

—Me gusta tu doctora, Jeremy —comentó entonces Isabel—. Pero quizá debas explicarle exactamente qué significa estar emparejado, porque está claro que ella no lo entiende.

Puso los ojos en blanco.

Aquella era sin duda una de las cosas que se moría por hacer. Sí. Tanto como meterse en un tanque lleno de pirañas.

CAPÍTULO 13

Estaba agotada. Todo lo que deseaba era llegar a casa, darse una ducha y meterse en la cama para olvidar toda la locura a la que había tenido que enfrentarse en las últimas veinticuatro horas. El causante de la misma estaba de pie a su lado, se había negado a dejarla marcharse sola e intuía que le iba a costar dios y ayuda deshacerse de él.

Los gritos emergieron del pasillo incluso antes de que las puertas del ascensor decidiesen abrirse —era un milagro que esa noche el artilugio funcionase—, la señora Gibons volvía a la carga con su escena del robo del collar de perlas y la estaba emprendiendo ahora con su vecina de al lado, quién parecía pronta a perder los papeles.

—¿Vas a volver a intentar dar caza al ladrón? —sugirió con ironía a su acompañante—. Déjame que saque el móvil y lo grave, no me vendría mal un ingreso extra y podría hacerme de oro subiéndolo a *YouTube*.

La intensa mirada de Jeremy se clavó en ella, se lamió los labios y descendió sobre ella encendiendo todas y cada una de sus terminaciones nerviosas.

—Si quisiese lanzarme sobre ti, cosa que no descarto hacer en breve, buscaría algo cómodo, como una cama.

Se obligó a poner los ojos en blanco a pesar de que su tono de voz le provocaba deliciosos escalofríos.

—Sigue soñando, poli —murmuró al tiempo que sacaba las llaves del bolso.

—¿No vas a invitarme a entrar?

Se giró hacia él y señaló con un gesto de la barbilla a las dos mujeres al final del pasillo.

—¿Y ser la comidilla de las vecinas el resto de mi vida? Ni hablar —sentenció con rotundidad—. Además, no estoy dispuesta a ponerme a aspirar pelo de perro. Tendré incluso que cambiar las sábanas de mi cama y sacudir el colchón. Como encuentre alguna pulga, te la cargas.

Gruñó por lo bajo, un sonido que le recordó una vez más que el hombre que estaba delante de ella era mucho más que un hombre.

—Yo no tengo pulgas.

Se lamió los labios y luchó por encontrar el resto de arrojo necesario para terminar esa conversación.

—Tampoco deberías tener pelaje y lo tienes —le soltó. Insertó las llaves en la cerradura y abrió la puerta—. Buenas noches, poli.

Le cerró la puerta en las narices y se apoyó contra ella dejando escapar un cansado suspiro. Se estremeció al mirar a su alrededor y ver su vivienda en penumbra, solitaria e igual que la había dejado esa misma mañana.

Necesitaba meterse en la ducha, dejar que el agua corriese por su cuerpo y se llevase consigo el horror y los recuerdos de ese maldito día. No quería pensar, no quería recordar, solo quería olvidar todo lo que había ocurrido en las últimas veinticuatro horas.

Sin embargo, su irresistible vecino parecía tener otros planes en mente, ya que decidió tocarle las narices a los pocos minutos a través de la ventana del dormitorio que conectaba con su propia vivienda a través de la escalera de incendios.

Se llevó las manos a las caderas y entrecerró los ojos al verlo al otro lado del cristal.

—¿Te obsesionan las escaleras de incendios o eres un mirón profesional?

Sonrió como el gato que se había comido la crema y acarició el cristal con un gesto tan sensual que podía muy bien haberla acariciado a ella.

«*Ni lo uno ni lo otro. Ábreme*».

El escuchar su voz en la cabeza sin verle abrir los labios la puso de los nervios.

—¡No hagas eso!

«*¿Qué no haga el qué?*».

Incluso sonaba inocente el muy maldito.

—¡Eso! —clamó al tiempo que abría la ventana para que él la escuchase con perfecta claridad—. No vuelvas a hacerlo. No vuelvas a hablarme de esa manera. Nunca. Jamás. Utiliza el jodido teléfono si hace falta, pero nada de trucos. No soporto...

Su perorata fue rápidamente interrumpida por un beso.

—¿Me dejas utilizar la ducha, compañera? —preguntó apoyado en la ventana—. La mía no funciona. Las cañerías... bueno, digamos que sufrieron un pequeño desperfecto y todavía no están al 100%.

Entrecerró los ojos y barajó la idea de bajar la ventana y pillarle los dedos. Diablos, ¿de dónde había sacado esa vena malvada?

—Tengo bañera, no ducha, con lo que no te sirve —le dijo amenazando con hacer lo que había pensado previamente—. Buenas noches.

Detuvo sus manos posando las propias encima y tiró hasta hacer que ahora fuese ella la que tenía medio cuerpo fuera de la ventana.

—Me sirve igual —aseguró sonriente—. De hecho, es incluso mejor. Podrías acompañarme en el baño.

—No voy a bañarme contigo, poli. No voy a hacer nada contigo.

Tiró con fuerza para soltarse haciendo que en el retroceso se diese con la cabeza en el borde superior de la ventana.

—Oh, mierda. Joder. ¡Es todo culpa tuya!

Retrocedió alejándose de él y se frotó allí dónde se había hecho daño.

—Maldita sea —siseó—. ¡Es que nunca va a terminarse esta jodida semana! ¡Quiero mi vida de vuelta! Mi pacífica, monótona y aburrida vida.

—Shh. —La atrajo hacia él y examinó el posible chichón que ya le estaría

creciendo—. Solo estás sobrepasada. Ha sido un día intenso e infernal. Necesitas descansar, te vendría bien un cambio de aires. ¿Por qué no vienes conmigo? Necesito volver a casa este fin de semana para hablar con unos compañeros lo que ha pasado y me sentiría mucho más tranquilo si estuvieses conmigo.

Se soltó de él, aunque el calor de su cuerpo y el cobijo de sus brazos eran demasiado agradables como para perderlos.

—¿Qué parte del *no* que ya te dije no has entendido? —se ofuscó—. No quiero ir contigo a ningún sitio, no quiero tener nada más que ver contigo. **NO QUIERO VERTE MÁS.**

Resopló, ese capullo se atrevió a emitir un brusco resoplido como si ella fuese una niña con pataleta que no atendía a razones.

—No puedo dejarte aquí sola todo el fin de semana y menos después de lo ocurrido —expuso los hechos—. Estamos recién emparejados, no será fácil y mucho menos cómodo estar lejos el uno del otro, especialmente estos primeros días e incluso semanas. Necesito tener la cabeza en su sitio y no estar revolviéndome por dentro por no poder tocarte ni tenerte al alcance de la mano.

—¿Pero tú te estás escuchando? No quiero saber nada de emparejamientos, ni de ti. Me da igual a dónde vayas, como si te quedas allí de por vida —declaró con pasión, pero al mismo tiempo que lo decía sentía que esas mismas palabras le oprimían el pecho. Se obligó a tragar para poder seguir hablando—. No eres nada para mí, nada más que un jodido incordio. ¡Solo fue sexo! ¿No puedes verlo? No hay nada más entre nosotros.

Entrecerró los ojos y por un segundo creyó ver cómo se aclaraban y sus pupilas se reducían.

—Hay mucho más, lobita —respondió manteniendo un tono neutral, calmado. Demasiado calmado—. Me precipité, no lo negaré. Quizá debí haberte explicado todo antes de embarcarnos a ambos en este camino de dirección única, pero en mi defensa diré que los lobos no somos muy racionales cuando encontramos a nuestra compañera. Todo en lo que podía pensar era en lo bien que olías y en que te deseaba; todavía lo hago. Lo hecho, hecho está. No hay vuelta atrás. Eres mi pareja, estás vinculada a mí y para que esto funcione, tendrás que empezar a confiar en mí.

Sacudió la cabeza. No quería confiar en él, no quería tenerle cerca, no quería desearle tan desesperadamente como lo hacía. Su vida se estaba haciendo pedazos y no era capaz de detener esa reacción en cadena.

—No pedí nada de eso. No lo quiero —escupió—. Solo deseo tener mi vida de vuelta. Quiero que todo sea como era antes de que tú aparecieses. ¿Por qué tuviste que cruzarte en mi camino?

—Porque nací para ti y tú naciste para mí —declaró con una sinceridad que la dejó temblando—. Porque eso te ha hecho mi compañera hasta que la muerte rompa ese vínculo y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para que no te arrepientas de lo que el destino decretó para nosotros.

—No creo en el destino, no creo en nada de esto —se exasperó.

—Entonces es una suerte que yo tenga suficiente fe para los dos, ¿no crees?

Sacudió la cabeza, estaba demasiado cansada para discutir con él. Todo lo que quería hacer era marcharse y que la dejase sola. No quería romperse delante de él.

—Vete a casa, Jeremy —murmuró perdiendo la batalla consigo misma—, por favor, márchate de una maldita vez.

—No me iré hasta que te explique detenidamente algunas cosas —se afirmó en su posición—. Tenemos una conversación pendiente, ¿recuerdas? Y este es tan buen momento como otro para llevarla a cabo.

Su cansancio se unió a la exasperación presente en su ánimo y estalló.

—¡No hay nada más de lo que tengamos que hablar!

—Oh, lo hay compañera —aseguró al mismo tiempo que se quitaba la camiseta y la tiraba sobre la cama—, empezando con este inesperado y temperamental matrimonio en el que nos he metido a ambos. Ahora, ¿puedes decirme dónde está el baño? Podemos seguir allí con esta discusión.

Parpadeó. Lo miró como si no acabase de decir la palabra que creía haber entendido.

—¿Matrimonio? ¿De qué narices estás hablando? ¿Has perdido la cabeza o qué?

Sus ojos se clavaron en los suyos y sintió de nuevo como su traicionero cuerpo respondía de inmediato ante el anhelo que veía en ellos.

—Sí, Cleopatra, matrimonio —repitió sin apartar la mirada o cambiar el tono de voz—. Estamos casados. En eso consiste el emparejamiento de mi raza. Una unión, un vínculo que une a un lobo con su pareja hasta que la muerte lo seccione con su guadaña.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, buscó en sus ojos la burla, la risa, cualquier cosa que desmintiese la veracidad que existía en sus palabras pero no lo encontró. Se atragantó, tragó compulsivamente y balbuceó.

—¿Matrimonio? Tú... tú... tú nos has... —jadeó, empezaba a quedarse sin aire al mismo tiempo que todo su cuerpo se encendía y no precisamente de deseo—. ¡Maldito hijo de puta! ¿Qué has hecho?

No pensó, ni siquiera sabía que tenía algo en las manos hasta que su viejo secador surcó volando la habitación amenazando con darle en la cabeza a ese mentecato si no se hubiese agachado. Sus buenas intenciones se fueron por el desagüe, su paciencia se volatilizó y en su lugar quedó un único pensamiento; matar al lobo.

CAPÍTULO 14

—¡Suéltame! ¡Cabrón hijo de puta! ¡Cómo has podido! Cómo... apuff... te cortaré... arfff... los huev... ¡joder, cierra el puto... grifo...!

Su lobita era una gatita salvaje que no se callaba ni debajo del agua; literalmente. Después de evitar el secador, un cepillo, un cajón que extrajo de la cómoda y los zapatos, la había cogido, se la había echado al hombro y los metió a ambos bajo el grifo del agua fría.

—¡Maldito seas! ¡Cómo has podido! ¡Te voy a castrar! —se desgañitaba. Y sí, tenía unos magníficos pulmones—. ¡Joder! ¡Que el agua está helada! ¡Cierra el puto grifo!

No lo hizo, no era ella la que estaba al mando de la situación y ciertamente necesitaba relajarse un poco. Sin embargo, le concedió una pausa mientras regulaba el agua.

—¡Animal! ¡Perro rastrero!

Puso los ojos en blanco y escupió el mismo el agua que incidía sobre él procedente de la alcachofa de la ducha.

—Empiezo a cansarme de tus insultos, Cleo —le aseguró—, cualquiera diría que tienes un problema con el género canino. Todo un handicap cuando eres veterinaria.

—¡Los perros tienen más inteligencia que tú, mentecato! —chilló debatiéndose entre sus brazos—. ¡Suéltame ahora mismo! ¡Te castraré! ¡Y lo haré sin anestesia!

Un nuevo chorro de agua cayó sobre su cabeza impidiéndole proferir más insultos.

—Arff... hijo de... arg... —tosía y escupía mientras se revolvió con mayor afán—. ¡Espera a que te ponga las manos encima! ¡Eres perro muerto!

Y ese perro estuvo a punto de quedarse sin huevos cuando lanzó la mano en dirección a las queridas joyas de la corona.

—Perra irritable —siseó. Tiró de ella y la giró hacia lanzarla sobre su pierna extendida y apoyada contra el borde de la bañera, en esa posición no vaciló en dejar caer la mano contra el redondo culo femenino cubierto por el pijama verde de la clínica veterinaria.

—Loba mala —la zurró una segunda vez—. Eso no se hace y menos a tu compañero.

Sus gritos subieron de intensidad, empezó a patalear y gritar como si la estuviesen despellejando viva al tiempo que profería los más coloridos insultos.

—¡Hijo de perra! ¡Me has pegado! ¡Te arrancaré las pelotas! ¡Se las daré de comer al gato del vecino! —se desgañitaba—. ¡Cabrón!

Volvió a dejar caer la mano una vez más, con suficiente contundencia para arrancarle el aire y frenar sus gritos durante un segundo.

—¿Vas a comportarte y escuchar o sigo?

No solo no lo hizo, sino que siguió pataleando y armando tal escándalo que empezaban a dolerle los oídos.

—Cleo, por dios...

—¡Perro desgraciado! ¡Cómo te atreves a zurrarme! ¡Suéltame! ¡Te voy a castrar! ¡Yo te castro! —clamó a voz en grito, las palabras ya ahogadas por el esfuerzo que le imponía a la garganta—. ¡Mal nacido!

La aferró con fuerza y se limitó a apretarle el culo mientras se inclinaba sobre ella.

—Cleopatra, estás montando una escenita de las que hacen época —le dijo en voz baja, tranquila—. Una niña de cinco años tiene más compostura que tú.

—¡Y una mierda!

El aguijonazo de dolor que le atravesó el muslo lo dejó pasmado, tanto que no se resistió cuando ella se revolvió para soltarse y cayó sentada dentro de la bañera. Jadeante, con el pelo chorreando cayéndole por la cara y los ojos y mejillas encendidas, era una auténtica loba furiosa.

—¿Me has mordido? —se encontró preguntándole.

Su respuesta inmediata fue limpiarse la boca con el dorso de la mano y escupir.

—Ahora ya estamos a mano, hijo de puta.

Se acuclilló e hizo una mueca cuando el pantalón le rozó la zona que ella había atravesado con sus dientes.

—Vuelve a ponerme la mano encima y te extirpo las amígdalas —siseó como lo haría un animalillo acorralado y dispuesto a atacar.

El aroma a miedo se mezclaba con la irritación y una malsana furia, en el actual estado en el que se encontraba ahora mismo su compañera era como un animal herido que no dudaría en luchar hasta la muerte.

Se obligó a relajarse y así obligarla a ella, utilizó su vínculo para transmitirle tranquilidad y bajó el tono de voz hasta dotarlo de suavidad y paz, pero no pudo evitar ocultar la diversión e incredulidad que le producía lo que acababa de pasar.

—Me has mordido, lobita.

La vio tragar, sus ojos lo miraban con detenimiento.

—Y volveré a hacerlo como no te largues ahora mismo, capullo.

Negó con la cabeza, un gesto lento pero firme.

—No voy a irme a ningún sitio, Cleo —aseguró apoyándose finalmente sobre las rodillas—, y mucho menos ahora. ¿Tienes idea de qué es lo que acabas de hacer?

Se lamió los labios y ladeó la cabeza.

—¿Transmitirte la rabia?

Sonrió, no pudo evitarlo.

—Me has reclamado tú a mí —dejó que la hilaridad del asunto se filtrase a través de su voz—. Eres una auténtica caja de sorpresas.

—Y tú estás loco, como una jodida cabra —masculló ella, apartándose el pelo de

la cara al tiempo que intentaba evitar el chorro del agua.

Chasqueó la lengua y se levantó, tirando de ella para incorporarla a su vez.

—¿Y lo dice la loba que me ha mordido a través del pantalón?

Se soltó de su agarre con tanto ímpetu que pegó un resbalón.

—Quieta, loba, no quiero que te rompas nada —la aferró contra su cuerpo evitándole la caída.

—¡Me estabas zurrando! —se quejó, empujándole una vez más—. ¡Y no soy ninguna niña!

Señaló lo obvio.

—Te estás comportando como tal, Cleo —aseguró sin quitarle la mirada de encima—. No quieres escuchar nada que no sea lo que te a ti te interesa y las cosas no funcionan así, la vida nunca será de color de rosa.

—Es todo culpa tuya —le clavó el dedo en el pecho—. Tú me estás volviendo bipolar.

Sacudió la cabeza y extendió la mano para apartarle un nuevo mechón del rostro.

—Pues habla conmigo, déjame ayudarte a pasar por todo esto —le pidió—. Pequeña, esto tampoco es sencillo para mí, ni siquiera sé qué terreno estoy pisando.

—No puedo más —declaró rompiéndose con un gemido—. No quiero esto. No quiero estar emparejada contigo, no quiero estar casada contigo... no quiero desearte y maldito seas, no puedo evitarlo.

Le acunó el rostro entre las manos.

—No tienes que evitarlo —le acarició las mejillas—, solo necesitas darle rienda suelta. Yo estoy justo aquí, dispuesto a darte lo que desees porque es lo que yo también deseo.

—¿Por qué has tenido que aparecer en mi vida?

Le acunó el rostro.

—Porque el destino es un cabrón hijo de puta y me ha puesto en tu camino.

—Odio el destino.

—Yo también lo odiaba, hasta que me llevó hasta a ti —aseguró con sinceridad—. ¿Ahora? Solo estoy un poco... irritado. Mi compañera es como *Terminator*, pero en femenino.

La vio abrir la boca, entonces sus labios se curvaron en una renuente sonrisa.

—Eso es que no has visto a mi madre en estas mismas lides —suspiró y se dejó caer contra él, visiblemente agotada—. ¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Como consigues dejarme sin energía —musitó.

—Eres mi compañera —le susurró al oído—, y estoy aprendiendo qué teclas tengo que tocar.

Resopló una vez más, un sonido del todo femenino.

—¿Crees que ahora podríamos usar la bañera como una pareja civilizada?

Ella levantó la mirada e hizo una mueca.

—No somos pareja.

No pudo menos que señalar lo obvio.

—Yo cuento dos en esta bañera, eso nos convierte en una pareja.

Puso los ojos en blanco.

—Vete al infierno, poli.

—Justo detrás de ti.

Su mirada encendida era más de lo que podía soportar llegados a ese punto. Estaba caliente, desquiciado, la pelea lo había encendido y había despertado su apetito, la deseaba, la quería ahora mismo.

—Vas a ser una compañera de lo más interesante —murmuró más para sí que para ella—. No dejarás que me aburra.

—No seré nada tuyo —insistió ella—. ¿Por qué no te lo metes de una vez en esa cabezota?

Sonrió para sí, la recorrió de los pies a la cabeza y se relamió sin ocultar su deseo.

—Ya lo eres, Cleopatra —le cogió la barbilla y se la levantó—. Ya lo eres.

Bajó la boca sobre la suya y la sometió cuando reanudó la lucha. Esta vez no la dejó salirse con la suya, la dobló, la sedujo hasta despojarla de toda esa capa de irritación y miedo que la ponía a la defensiva.

—Repito mi pregunta inicial, ¿compartimos la bañera?

Se lamió los labios hinchados por su beso, unos labios que quería volver a besar, mordisquear y succionar.

—Te odio, maldito lobo —gimió—. Puede que hayas ganado esta batalla, pero no la guerra.

Sonrió y bajó de nuevo sobre su boca.

—Ya eres mi prisionera, Cleo, eso me hace el vencedor de esta guerra.

CAPÍTULO 15

Desnuda. En la bañera. Y con él.

¿Había alguna forma de enredar todavía más las cosas?

Emparejada con un lobo. Algo, que según el hombre que la abrazaba dentro del agua era lo equivalente a un matrimonio en su raza. Así que, casada y sin haberse dado cuenta de que daba el sí quiero.

Bajó la mirada sobre los velludos muslos que asomaban fuera del agua e hizo una mueca al ver la marca de sus dientes sobre uno de ellos, le había hecho sangre.

Y, según él, además lo había marcado reclamándole también a su vez.

No entendía de la misa la mitad, pero estaba tan cansada que tampoco tenía ganas de ponerse a pensar en ello ahora mismo. Se había dejado llevar por sus besos, por su dominio sobre ella y le permitió que los despojase a ambos de toda ropa y preparase un baño de agua caliente para los dos.

Cleo se relajó contra el pecho masculino, cerró los ojos y se limitó a disfrutar de la sensación de la esponja que se deslizaba sobre sus brazos. ¿Había tenido Devon alguna vez ese tipo de atención para con ella? No. Su antiguo prometido y mejor amigo ni siquiera se duchaba con ella, recordó en el acto. ¿Cómo podía haber estado tan equivocada? ¿Cómo había podido llegar a pensar que una vida junto a ese hombre podía hacerla feliz?

¿Crees que una relación con este lobo sí podría? ¿Estás dispuesta a intentarlo y ver hasta dónde te lleva?

Apretó los ojos y le dio una patada mental a su ruidosa conciencia, el agua caliente empezaba a adormilarla, algo nada difícil después del estresante día que había padecido.

—¿Tienes fuerzas como para levantar los brazos?

La voz masculina la espabiló o quizá lo hizo el sentir su aliento y sus dientes mordisqueándole la oreja.

—No tengo fuerzas ni para levantar los párpados.

—Pobre lobita —le besó un punto debajo de la oreja al tiempo que le levantaba el brazo y deslizaba la esponja sobre él. Hizo lo mismo con el otro miembro y finalmente descendió por la parte frontal de su pecho, acariciándole los senos, el estómago y entreteniéndose con su ombligo—. Estás desmayada de cansancio.

Se encogió ante las cosquillas que le provocaba su tacto y no le pasó por alto la dura erección que sentía presionándose contra las nalgas. Se lamió los labios involuntariamente y se removió conteniendo un gemido ante la perspectiva de ese duro miembro alojándose en algún momento entre sus piernas.

Sí, había perdido la cabeza por completo. No hacía cosa de quince minutos le estaba lanzando de todo a la cabeza y amenazándole con extirparle quirúrgicamente

los huevos y ahora no deseaba otra cosa que el que utilizase precisamente esa parte de su anatomía para proporcionarle placer.

—Pelear contigo agota todas y cada una de mis energías.

Las manos masculinas se deslizaron de nuevo sobre su cuerpo hasta acunarle los pechos.

—Veamos si puedo hacer que encuentres alguna reserva —murmuró acariciándole los pezones con los pulgares. Le rodeó los pechos con las manos, se los amasó y extrajo de su garganta toda clase de suaves y eróticos sonidos que no sabía ni que tenía en su repertorio. La sensación de sus manos sobre su sensible carne era indescriptible y la calentaba con una facilidad pasmosa. Apretó los muslos y se mordió el labio inferior evitando emitir un agudo jadeo, podía sentir ese sordo pulsar entre las piernas y como su piel se encendía buscando más.

—No los contengas —le susurró al oído mientras torturaba los duros botones—, me gusta oírte gemir, es un sonido de lo más erótico para mis oídos.

Restregó la cabeza contra su hombro y estiró los brazos hacia arriba con pereza hasta hundir los dedos tras su cuello, acariciándole el pelo.

—Creo que no volveré a ver esta bañera del mismo modo —murmuró.

Él se rio y le mordisqueó el cuello.

—Cuando termine contigo, seguro que no.

Gimió bajo sus caricias, se estiró y restregó como una perezosa gata en su regazo y cada vez que ese duro miembro se restregaba contra sus nalgas sentía como su sexo se humedecía e hinchaba más.

Si tan solo descendiese las manos por su cuerpo y la acariciase más íntimamente.

«*Dime qué es exactamente lo que deseas*».

—Que me acaricies...

«*Lo estoy haciendo*».

Sacudió la cabeza contra su cuerpo y arqueó la espalda.

—No... más... más abajo.

«*¿Cómo de abajo?*».

Gimió y se estremeció, apretó los muslos y se lamió los labios.

—Desciende y te lo diré.

«*Eres una dura contrincante*».

Sonrió para sí y retorció cuando una de sus manos se deslizó por entre sus pechos, las yemas de los dedos le hacían cosquillas al descender por su estómago y girar entonces alrededor de su ombligo.

«*¿Estoy lo suficiente abajo?*».

Negó con la cabeza.

«*Más*».

Su mano vaciló entonces, pero fue cosa de unos segundos, al instante sintió su boca sobre el hombro, lamiéndola mientras sus dedos descendían acariciándole los recortados rizos del pubis para hundirse bajo el agua y entrar en directo contacto con

su hinchado sexo.

«¿Estás caliente por mí, Cleo? ¿Estás húmeda y caliente?».

No contestó, no quería decir la verdad, confesar que ardía cada vez que la tocaba, que se moría por que la acariciase con los dedos, que jugase con ella y la hiciese gritar de placer. Apretó los labios con fuerza para evitar que las palabras emergiesen por sí solas.

«No te diré que me pones caliente y lo que deseo de verdad».

«No hace falta que me lo digas con palabras, amor, puedo notar las palabras borboteando en tu mente y la forma en que tu cuerpo contesta por sí solo».

Abrió los ojos de golpe y giró la cabeza solo para abrir la boca en busca de aire cuando se sintió penetrada por un duro y largo dedo.

—Gracias por tan inesperado regalo, Cleo —murmuró y se inclinó para besarla en los labios—. Nunca encontré tan erótica e íntimo el contacto como contigo, ahora entiendo por qué algunos lobos emparejados dicen sufrir dolor de cabeza cada vez que sus compañeras se cuelan en su mente.

Parpadeó intentando centrarse en sus palabras, pero todo lo que podía notar era el placer creciendo en su interior.

—Me encanta tu aroma —continuó enterrando la nariz contra su oreja para luego aspirar—, tu sabor a chocolate y vainilla, la suavidad que encuentro debajo de mí o encima, como ahora —le mordisqueó la piel—. Me muero por tenerte de nuevo, quiero enterrarme completamente en tu interior, levantarte y sentir cómo te deslizas sobre mí, cómo me aferras y te retuerces mientras gimes.

Sí, sí, sí, sí.

Lo escuchó reírse, un sonido claro y erótico que la estremeció e hizo que se mojase incluso más.

—Veo que compartimos el mismo espíritu aventurero, compañera —se rio entre dientes—. ¿Es lo que deseas, Cleo? ¿Quieres montarme? ¿Quieres sentirme todo el camino en tu interior?

Se estremeció.

—Ahora mismo me conformo con que sigas haciendo lo que estás haciendo —gimió ante la nueva invasión que expandió su húmedo canal cuando unió un segundo dedo al primero—. Aunque no me opondré a esos pequeños cambios... ¡oh señor!

La sensación de sus dedos entrando y saliendo de su hinchado y necesitado sexo unido al jugueteo de sus manos sobre uno de sus pezones empezaba a volverla loca. Podía notar todavía la dura erección cada vez más grande contra sus nalgas, cada pequeño roce y frotación hacía que salivase y convirtiese sus previas palabras en eróticas imágenes en las que se veía a sí misma haciendo precisamente lo que había sugerido.

—Me estás apretando —ronroneó en su oído—, estás muy excitada, ¿en qué estás pensando?

—En lo que me has dicho... ¡oh, joder! ¿Acabo de decir eso en voz alta?

Se rio una vez más y le lamió el cuello.

—Sí, lo has hecho —aseguró con voz profunda, erótica y sexy—. Y me ha gustado escucharlo.

Sin previo aviso retiró los dedos de su interior dejándola con una sensación de abandono que la ahogó.

—No...

—Shh —le acarició la oreja con los labios—. Estoy aquí, no voy a irme a ningún sitio.

Consiguió meter un poco de aire en sus pulmones, suficiente para respirar de nuevo antes girar el rostro y encontrarse con esos ojos enigmáticos y lupinos.

—Tus ojos...

Asintió y le besó la mejilla.

—Sigo siendo yo —murmuró—, el lobo está en la superficie, te siente, te huele, eres tan suya como mía...

Tragó y se tomó unos instantes para recrearse en esos ojos.

—Somos tuyos, Cleo, completamente.

Se lamió los labios y se inclinó para encontrar su boca, inició el beso pero pronto dejó que él se hiciese cargo, le gustaba que llevase la voz cantante, le gustaba la forma en la que la enloquecía y hacía que se olvidase hasta de su propio nombre.

—Te deseo —escuchó su propia voz—. Quiero tenerte... por favor.

Sus dedos le acariciaron el pezón una última vez y descendieron por su cuerpo hasta sentir cómo se clavaban en su cadera, la aupó sin visible esfuerzo, la instó a echarse hacia delante y pronto sintió la punta de su pene abriéndose paso a través de sus húmedos pliegues.

—Baja despacio —gruñó con esa voz profunda que le provocaba toda clase de escalofríos.

Se mordió el labio y contribuyó a la tarea descendiendo sobre él, permitiéndose tomar el control y detenerle cuando su tamaño se hacía demasiado grande o notaba alguna clase de molestia.

—Shh, despacio, lobita, no hay prisa —empezó a besarle la espalda, dejó besos sobre su columna mientras sus manos seguían sosteniendo la mayor parte de su peso.

Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un agudo gemido cuando lo sintió alojado por completo en su interior, sus testículos rozándole el culo.

—Oh dios mío. Jeremy.

Las fuertes manos abandonaron sus caderas para encargarse de sus pechos y volver a jugar con sus pezones.

—Móntame —le dijo acariciándole una vez más el oído con la boca—. Busca lo que necesitas.

Se mordió el labio y cubrió las manos con las suyas necesitando repentinamente de ese contacto.

—Tranquila, tómate tu tiempo —le mordisqueó el cuello, cogió sus manos entre

las suyas y las afianzó a ambos lados de la bañera—. Así, ahora tienes un punto de apoyo.

Volvió a colocar las manos en sus caderas y la empujó, instándola a apoyarse sobre las rodillas y así controlar mejor la penetración.

—¿Necesitas ayuda? —ronroneó. Le mordisqueó la piel y encendió el fuego que ya crepitaba en su interior.

Se giró lo justo para mirarle y sintió hambre, un hambre apabullante y que lo consumía todo. Se le hizo la boca agua y se encontró deseando que la besara, que la devorara.

—Jeremy...

Él captó el mensaje al instante, se inclinó hacia delante empujándose más en su interior y poseyó su boca al tiempo que la instaba a levantarse.

«Arriba. Con suavidad. Así».

Lo sintió retirarse de su interior, abandonar su sexo a medida que se levantaba solo para sentirlo de nuevo al caer sobre él. Lentamente, buscando el punto justo en el que el placer se hacía cada vez más creciente impuso su propio ritmo y empezó a cabalgarlo. Disfrutó inmensamente del poder que él le concedía, de su propio poder, del placer que le proporcionaba y que ella le daba a su vez. Ver sus ojos oscuros, los labios entreabiertos y esa desnuda hambre en su mirada la dejaba cada vez más hambrienta.

«Únete a mí, lobita». Esta vez fue consciente de su voz en su mente. «Ven a mí, entrégate a mí, Cleo, déjame tenerte».

Sin necesidad de palabras, cambió de posición, dejó de darle la espalda para montarle ahora de frente y rodearle con los brazos, se empaló en su duro sexo y disfrutó con la posesión, dejó que la aferrase de las caderas y fuese él quien instaurara su propio ritmo, quería que la follase, que la poseyese tan profundamente que no pudiese pensar en nadie más que en él.

«No hay nadie más para ti. Mientras yo viva, mientras ambos vivamos, seremos el uno para el otro».

—Solo nosotros.

Asintió y capturó su boca, unió su lengua y jugó con ella mientras el orgasmo se iba construyendo poco a poco, buscando alcanzar el punto más álgido dónde ya no importaba nada excepto el placer.

—Solo nosotros, mi pequeña y dulce loba —susurró en sus labios—. Solo nosotros dos.

Asintió mentalmente y se dejó llevar, dejó que su cerebro se desconectase por completo y se limitó a disfrutar del placer que encontraba en los brazos de ese fogoso lobo, el único, comprendió con incipiente temor, se había hecho dueño de su corazón.

CAPÍTULO 16

El timbre.

Tenía que ser una broma. Una jodida pesadilla. Se incorporó de golpe en la cama, la sábana resbaló de sus pechos desnudos y tuvo que entrecerrar los ojos para no quedarse ciega ante la luz que entraba por la ventana; se había olvidado de correr las cortinas.

El sonido persistía, siseó en voz baja y contempló el magnífico cuerpo masculino totalmente desnudo e inconsciente a su lado. Jeremy sabía cómo zanjar una discusión y dejar claro su punto de vista y lo había hecho varias veces a lo largo de toda la noche.

Resopló, abandonó la cama y se puso a la carrera una camiseta y unos pantaloncitos de felpa, se envolvió en la bata y atravesó el pasillo hasta el recibidor.

—Quieres hacer el favor de dejar de tocar el maldito timbre, seas quien... —abrió la puerta—... seas.

—Hola Cleo.

Las palabras que colgaban de sus labios un segundo antes se esfumaron, parpadeó varias veces y se cercioró de que la persona que estaba contemplando al otro lado de la puerta estaba ahí de verdad.

—¿Puedo pasar?

Devon Connors, su ex prometido, permanecía en el umbral de la puerta. Vestido con un exquisito y caro traje de chaqueta y corbata, parecía incluso más bronceado de lo que lo había visto en toda su vida, llevaba el pelo como siempre, con ese look desordenado y moderno que le gustaba tanto, pero eran sus ojos los que contenían algo distinto, una expresión que no había visto nunca antes en él; vergüenza.

Respiró profundamente, dio un paso atrás invitándole a pasar al recibidor y cerró a toda prisa la puerta que conectaba este con el resto de la casa.

—¿Qué quieres?

Él se tomó unos instantes en estudiar el lugar, no hizo comentario o mueca alguna, pero tampoco era necesario; le conocía demasiado bien para saber qué opinaba.

—Quería saber si te llegó la invitación que te envié.

Enarcó una ceja ante la directa pregunta.

—Si te refieres a una invitación de boda, sí, me llegó —contestó cortante—. Como para no hacerlo, dado que sabes dónde trabajo.

Um... seguía cabreada, mala señal. A estas alturas debería importarle una mierda lo que hacía o dejaba de hacer ese hombre.

—Un detalle un tanto... peculiar, si me permites la palabra —continuó sin detenerse—. No sé yo cómo le sentará a tu... prometida, que invites a su boda a tu

ex.

Dio un paso adelante con el brazo extendido y ella lo esquivó, creyó oír un gruñido a su espalda y se giró para mirar pero no había nada.

—Sé que no debería haberlo hecho, sé que tienes que sentirte herida y lo lamento, lo lamento muchísimo, Cleo —aseguró realmente compungido—. He hecho las cosas mal desde el principio.

Tendríamos que haber sido sinceros el uno con el otro, te estimo muchísimo, te quiero... quizá no como debería haber sido, pero te necesito. Has sido mi amiga durante toda la vida, una parte de mí y ahora que te he perdido... es difícil de explicar. Necesito que sigas ahí para mí, yo quiero seguir ahí para ti...

¿Seguía durmiendo y esto no era más que un rocambolesco sueño o su ex estaba de verdad en el recibidor de su casa arrastrándose como una babosa? Sacudió la cabeza y contempló al hombre al que una vez creyó amar, del que se creyó enamorada. ¿Lo estuvo alguna vez?

—No —murmuró en voz alta dando respuesta a su propia pregunta—. La verdad es que no es culpa de uno solo, ambos metimos la pata hasta el fondo y ahora solo queda pasar página y seguir adelante con nuestras vidas. Tú lo estás haciendo...

—Ella no es tan importante para mí como lo fuiste tú, como lo sigues siendo —la sorprendió con tal afirmación—. La quiero o por lo menos, creo que la quiero. Nos llevamos bien en la cama, es de mentalidad abierta pero... sigo necesitando a mi mejor amiga.

Se pasó la mano por el rostro y soltó una pequeña risita.

—No has cambiado lo más mínimo —murmuró—, sigues siendo el mismo crío que no sabe lo que quiere, que prefiere que otros decidan por él... No, Devon, yo me apeé de ese tren y ahora veo que lo hice justo a tiempo. Casarme contigo habría sido el peor error que podría haber cometido en toda mi vida.

—Cleo...

Levantó ambas manos e hizo una mueca de desgana.

—Te devolvería la invitación, pero la tiré a la basura —aseguró sin más—. No tengo intención de ir a tu boda, pero te deseo lo mejor. De verdad que sí.

No esperó, volvió a la puerta principal y le dijo sin necesidad de palabras que esa conversación había terminado y que era hora de que se fuese.

—Gracias por tu visita, pero te agradecería que no vuelvas a repetirla —declaró con firmeza—. Ya no hay espacio en mi vida para alguien como tú.

Se mantuvo estoica, vio cómo sus palabras le habían herido y durante un breve instante quiso retractarse y disculparse, pero no podía. Ya no era la misma mujer que había sido, curiosamente, las últimas cuarenta y ocho horas le habían dado una perspectiva totalmente nueva, una en la que tenía que pensar en profundidad.

—Adiós, Devon —lo despidió.

Él salió por la puerta y se detuvo un último instante.

—Lamento haberte dejado marchar, Cleo —murmuró—. Solo ahora me doy

cuenta de lo mucho que lamento haberte dejado marchar.

Cerró la puerta tras de sí y fijó la vista en la puerta entreabierta del pasillo, entrecerró los ojos y frunció el ceño cuando creyó ver una sombra peluda.

—¿Jeremy?

Cruzó el breve recibidor y abrió pero allí no había nadie, siguió hasta la habitación y le encontró todavía durmiendo a pierna suelta.

—Sigues durmiendo —hizo una mueca y se rio—. Supongo que eres de los que no se enterarían ni aunque les cayese la casa encima durante un terremoto.

Dudó entre volver a la cama con él o dirigirse a la cocina. En algún momento de la erótica y larga noche que habían pasado retozando entre las sábanas, le había conseguido arrancar la promesa que se tomaría ese fin de semana libre y lo acompañaría a casa.

Sacudió la cabeza, cerró la puerta del dormitorio y se dirigió a la cocina para empezar la mañana con un café. Lo necesitaba después del brusco despertar que acababa de tener.

CAPÍTULO 17

Nebraska era una zona encantadora si te gustaban los amplios pastos, las granjas o ranchos aislados y hacer largos viajes en coche cada vez que querías salir de la ciudad. Estaba también el pequeño asunto de los tornados, un handicap que parecían pasar por alto tan solo el ganado y los lugareños acostumbrados como estaban a los repentinos cambios de clima.

Era casi medio día cuando por fin atravesaron Pine Creek y enfilaron por el camino que llevaba al rancho que poseía Jeremy, tras casi seis horas de viaje no veía la hora de llegar y poder estirar las piernas.

¿Qué hacía allí? ¿Por qué había accedido a acompañarle? ¿Por qué había dejado que se saliese con la suya? Un sinfín de preguntas a las que no había dejado de darle vueltas desde el mismo momento en que se encontró sentada en el asiento del copiloto. Una vez más el sexo con ese hombre había causado estragos en su cerebro, no había otra manera de explicarlo.

La había convencido para cerrar la clínica cuatro días con la excusa de que su becaria necesitaba tiempo también para reponerse. Se preguntó cómo estaría llevando Brenda, si sería capaz de manejar lo que había ocurrido, si recordaría siquiera el episodio o lo consideraría un jodido sueño. Jeremy y su gente la habían enviado a casa todavía inconsciente, la habían metido en la cama como si ese día jamás se hubiese levantado, permitiéndole imaginar que nada había pasado y que se trataba de un sueño.

Ojalá hubiesen podido hacer lo mismo por ella.

—Bienvenida al rancho Nebraska Wolf —la voz de su acompañante la sacó de sus cavilaciones. Siguió su mirada y a punto estuvo de perderse el arco de hierro que presidía el camino que llevaba a alguna especie de casa situada como a medio Kilómetro de distancia—. En cuanto llegemos podrás estirar las piernas.

—Algo que sin duda agradeceré —aseguró mirando por la ventanilla. A pesar de que habían hecho un par de paradas para repostar o ir al baño, el viaje se le hacía demasiado largo.

Y sin duda todo es culpa de ese imbécil.

¿Cómo se había atrevido a presentarse en su casa? ¿Por qué ahora? Y por encima de todo, ¿por qué le había afectado tanto su visita y sus palabras?

Miró a Jeremy de reojo, permitiéndose contemplar su perfil y enseguida sintió cómo todo su cuerpo cobraba vida, ese hombre era capaz de encenderla con tan solo su presencia, un virtual desconocido con el que había compartido en dos días más de lo que había dado a nadie en toda su vida. Él era todo lo que no era Devon. No se andaba con subterfugios, no esperaba que tomase las decisiones que él no era capaz de afrontar, la trataba con ternura y sin perder por ello su esencia dominante y era

directo, tanto que no le suponía problema alguno decirle y mostrarle quién y qué era.

Y el sexo, ese hombre era capaz de llevar esa palabra a otro nivel, le gustaba jugar y maldito fuera, empezaba a descubrir que a ella también.

Le gustaban muchas cosas de ese hombre, cada pequeña cosa que descubría la atrapaba un poco más. ¿Amor a primera vista? ¿A primer polvo? ¿Existía algo así? Era un completo desconocido, lo poco que sabía de él era lo que había visto esos últimos días y a pesar de ello...

«*Te has enamorado de él hasta las trancas y no quieres que siquiera sospeche que él se ha adueñado de ese corazoncito que late en tu pecho*».

¿En qué punto exacto de las últimas cuarenta y ocho horas había ocurrido eso? ¿Cómo podía nadie enamorarse así? No lo conocía, ni siquiera sabía si tenía cadáveres en el armario.

«*¿E importa eso cuando se te caen las bragas solo con verle?*».

—Mierda —musitó sin poder evitarlo.

La mirada masculina voló hacia ella.

—¿Ocurre algo, lobita?

Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Guardó silencio y no esperó ni a que apagara el motor al detenerse delante de una enorme casa de piedra y madera para bajarse del coche.

—¿Cleo? —la llamó tras apagar el motor y abrir la puerta de su lado.

—Necesito estirar las piernas, no aguanto más —murmuró cerrando la puerta para luego flexionar las rodillas y dar unos pocos pasos de un lado a otro mientras admiraba la construcción que se levantaba delante de ellos.

—¿Solo se trata de eso?

Lo miró de reojo y se encogió de hombros.

—¿Qué más podría haber? —Le restó importancia y señaló la edificación—. Impresionante y poco corriente para la zona.

Él ignoró la casa y la contempló con esa intensidad que la ponía nerviosa y caliente a partes iguales.

—Si hay algo que te molesta prefiero que me lo digas a tener que andarnos con adivinanzas —fue rotundo en su respuesta.

Se apoyó en el coche y lo miró.

—Lo tendré en cuenta.

Sacudió la cabeza y le tendió la mano.

—Vamos, te enseñaré la cama y veremos si alguien nos ha dejado algo en la cocina para comer —la llamó con los dedos—, no sé tú, pero yo me muero de hambre.

Miró su mano y luego la casa de doble planta con balcones, ventanales, porche de madera y tejado de dos aguas que formaban una rústica y bonita construcción acunada por algunos árboles alrededor.

—Los *sheriffs* no llegarán hasta media tarde al menos —comentó mirando el reloj

—. Eso nos dejará tiempo para comer, enseñarte la casa y dejarte instalada.

—¿Los *sheriffs*?

Le había hablado del motivo por el que necesitaba volver con tanta premura al rancho, el centro neurálgico de su manada. Los recientes acontecimientos en la clínica y el ataque contra Santana era lo suficiente importante para que quisiera tener una reunión de urgencia con algunos compañeros.

—Los alfas de los territorios colindantes al mío —explicó y le cogió la mano, enlazando sus dedos para impedirle soltarse—. El chico que se coló en tu clínica e hirió a Santana, podría muy bien ser parte de algo más grande... una célula o algo así.

—¿Cómo puedes saber...?

—Santana me puso al corriente al despertar —explicó llevándose su mano entrelazada a los labios para besarle los dedos—. Me llamó tan pronto recuperó la conciencia para ponerme al corriente.

—Pero él... es un lobo... quiero decir, no estaba... bueno... como tú ahora. —¿Estaba balbuceando? Fantástico.

Sonrió de medio lado.

—Los Alfas tenemos un vínculo común que nos permite comunicarnos en cualquiera de las dos formas.

—Entonces, también puedes hablar con él de mente a mente —se tocó la sien con el dedo índice—. ¿Cómo tú haces conmigo?

—No exactamente, pero sí —respondió paciente—. Lo que tú y yo tenemos se crea a partir del emparejamiento. Es algo único, solo para ti y para mí, con el resto de la manada y otros clanes existe un vínculo común, entre los alfas, bueno, digamos que tenemos un código particular, una extensión... telefónica... solo nuestra.

—Alfas —repitió la palabra asumiendo lo que eso significaba—. ¿Cuántos sois?

—En Norteamérica, uno por cada región —le dijo y tiró de ella, la rodeó por la cintura y la instó a caminar hacia la entrada—. Vamos, te explicaré lo que desees saber mientras comemos. Estoy famélico.

Miró la casa una vez más y con cada paso que daba hacia ella empezó a sentirse agobiada, el nerviosismo que venía acumulando desde esa mañana emergió y se encontró soltándose de su agarre para detenerse ante la breve escalera que llevaba al porche.

—No puedo.

—Cleo —su voz era firme pero cálida, no había censura o impaciencia—. Habla conmigo. No puedo ayudarte si no sé qué es lo que te perturba. Y algo lo hace, lobita.

Levantó la mirada y se encontró con la suya.

—¿Se trata de él? ¿Es por la visita que recibiste esta mañana?

Abrió la boca y volvió a cerrarla, notó cómo el calor inundaba sus mejillas e incluso se sintió avergonzada como si hubiese hecho algo malo.

—Pensé que estabas durmiendo.

Le indicó las escaleras y la invitó a sentarse, haciendo él lo mismo.

—Me despertó el timbre y, cuando dejaste la cama, me espabilé de todo —comentó tomando asiento—. Cuando te di los buenos días, prácticamente huiste de mí. Has estado distante y arisca, pero sobre todo muy silenciosa durante todo el viaje.

Ladeó la cabeza y lo miró con curiosidad.

—¿Escuchaste también la conversación? —preguntó. Después de todo, había escuchado la que tuvo con sus progenitores. Ese hombre tenía un oído finísimo.

Se encogió de hombros pero no lo desmintió.

—Soy un lobo, recién emparejado y mi compañera recibe la visita de un hombre que además es su ex —enumeró—. No iba a dejarte sola con él. Escuché la conversación sí, después de todo, no estaba tan lejos.

Entrecerró los ojos y lo miró acusador.

—Así que no me imaginé lo que vi —lo reprendió—. Esa sombra peluda...

Se encogió de hombros.

—Es algo que no puedo evitar —refunfuñó—. Tendrás que tener paciencia conmigo en ese sentido, al menos durante algunas semanas hasta que esto se asiente y no me entren ganas de morder los tobillos de alguien por estar cerca de ti.

Un ligero estremecimiento la recorrió pero no podía decir si era de placer o extrañeza ante tal admisión.

—Estás celoso.

Enarcó una ceja.

—¿Y te sorprende? —señaló lo obvio—. Eres preciosa, tienes un cuerpazo que dan ganas de pegarte un mordisco, eres ingeniosa y aunque tienes un genio de mil demonios, hay dulzura por ahí escondida. Eres mi loba y no me gusta que nadie te coma con los ojos. Eso es exclusivamente cosa mía.

Parpadeó ante la sincera y chulesca admisión.

Nena, que te lo envuelvan para llevar. ¡Nos lo quedamos!

—Gracias —murmuró sin saber muy bien cómo reaccionar ante una declaración semejante. Al contrario que Jeremy, Devon nunca había sido tan contundente. No solía decirle que la encontraba atractiva, ni que la deseaba, si le decía algo es porque se lo preguntaba previamente. Al principio pensó que al ser amigos durante tanto tiempo, esas cosas ya dejaban de tener importancia, pero ahora que lo decía su amante, comprendía que lo había echado de menos, que había necesitado que le dijese de vez en cuando que era atractiva para sentirse así.

Se encogió de hombros como siempre que descartaba algo que para él no tenía la menor importancia.

—No he dicho más que la verdad.

Sí, eso era lo que había hecho.

—Entonces, ¿qué es lo que has escuchado? —preguntó, volviendo a la cuestión anterior.

—Yo sé lo que escuché, pero quiero que me cuentes lo que has escuchado tú —la invitó a ello—. Quiero entender el porqué de tu pena, de ese resentimiento que oí en

tu voz y que nada tenía que ver con el dolor de perder a alguien amado. No lo quieres, no al menos como hombre y sin embargo, te duele y quiero entender el porqué.

—No puedes saber...

—Lo sé, lobita —insistió—. Eres mi compañera. Sé más de lo que imaginas. Pero soy un hombre paciente y no es de eso de lo que tenemos que hablar ahora.

Suspiró. Tenía que aparecer un jodido lobo en su vida para que empezase a ver las cosas con perspectiva y claridad.

—Háblame, Cleo —la empujó—. Quiero entenderlo.

Se lamió los labios.

—Él... él siempre... su madre y la mía... —sacudió la cabeza, respiró profundamente y empezó de nuevo—. Devon y yo crecimos juntos, nuestras madres eran muy amigas. Mis padres se mudaron, yo cambié de colegio y aunque Patricia y mi madre mantuvieron el contacto, nosotros no volvimos a coincidir hasta la universidad. Decidimos alquilar un piso a medias, nos conocíamos bien, éramos como hermanos, primos o algo así. Pero entonces, en una fiesta de la fraternidad de unas compañeras, bebí demás y... sin saber cómo terminamos acostándonos.

»Lo más grave de todo es que creo que ambos sabíamos que lo nuestro no iba a funcionar, no de la manera en que debía hacerlo —murmuró, recordando esa sensación, las dudas y el rechazo que sintió en primera instancia cuando le pidió que se casara con él—. Cuando me pidió matrimonio, nuestros padres se alegraron tanto que solo nos convencimos a nosotros mismos de que eso era lo que debíamos hacer. Yo tenía dudas, de algún modo, esas dudas siempre han estado allí... Y el día en que volví a casa un poco más temprano de la clínica, cuando abrí la puerta y me encontré con aquella tetuda y con él... entendí también que era algo que llevaba tiempo esperando que sucediera.

»Estaba a punto de salir por la puerta, ya había hecho mi maleta y me detuvo, me dijo que todavía quería casarse conmigo. Que yo necesitaba alguien que me cuidase y que él todavía quería ser quien lo hiciera, pero que tenía que comprender que necesitaba más de lo que había tenido conmigo —hizo una mueca—. Experiencias de las cuales ya llevaba disfrutando desde hacía tiempo.

Echó la cabeza atrás y resopló.

—Seis meses después de romper toda relación con él, me llegó una invitación de boda —resopló—. ¡Una jodida y estúpida invitación! Esa es su manera de decirme que a pesar de todo quiere que yo siga siendo su amiga, su apoyo, su confidente tal y como lo había sido hasta ese momento. La ignoré, estaba enfadada, no podía creer que tuviese el atrevimiento de hacerme eso, no podía creer que él hubiese superado en pocos meses lo que a mí todavía me estaba costando superar.

»Entonces, cuando apareció en mi puerta esta mañana, no sentí nada de eso —aseguró y lo miró a los ojos—. Estaba convencida de que si volvía a verlo, querría arrancarle los ojos, querría decirle que era un capullo, que me había hecho daño... y

sin embargo todo lo que sentí fue... nada. Vino para decirme que seguía queriéndome, que me necesitaba como siempre, pero ambos sabemos que ese cariño no es amor. Era preocupación mutua, amistad, camaradería propia de dos personas que han pasado gran parte de su vida juntas, pero no amor.

»Cuando lo vi allí en la puerta, sabiendo que tú estabas en la habitación, no me sentí culpable, solo aliviada —confesó—. Me di cuenta de que no estaba enfadada porque le quisiera y me hubiese dejado por una tetuda o porque me hubiese puesto los cuernos. Lo estaba porque había perdido a mi mejor amigo, a la única persona que siempre me había apoyado, mi compañía constante. De repente me encontré sola y era más sencillo culparle a él que reconocer que yo misma estaba equivocada y que lo que había pasado fue lo mejor que podía haberme pasado.

Suspiró e hizo una mueca.

—A pesar de todo, sigo pensando que es un auténtico capullo, que no debió hacerme lo que me hizo. Creía que entre nosotros había confianza y él me la negó —se encogió de hombros—. La invitación a su nueva boda fue la gota que colmó el vaso, como decirme: Mira, yo sí soy capaz de seguir adelante y no te necesito. La verdad, no creo que esos dos duren mucho. Devon no es así, no sabe comprometerse, dejan que otros lo hagan por él y cuando no puede, huye o culpa a los demás.

Lo miró y se lamió los labios.

—Estoy enfadada con él por haber desperdiciado gran parte de mi vida, pero no porque lo quisiera —aceptó con sinceridad—. Solo quería encontrar a alguien que me quisiera a mí por encima de todo, que fuese lo suficiente importante como para que deseara conservarme. Es un pensamiento egoísta, pero, es lo que yo haría si encontrase a alguien... es... lo que haría.

—Ya has encontrado a ese alguien, Cleo —le apartó un mechón de pelo de los ojos—. Y ese alguien no va a dejarte marchar, ¿no entiendes? Un lobo, cuando se empareja, se empareja de por vida.

No pudo evitar gemir ante sus palabras y lo que estas significaban.

—Y eso es precisamente lo que me da miedo, Jeremy —confesó por primera vez—. Porqué yo tampoco deseo que lo hagas. Y eso es una locura. Te conozco desde hace dos días y... y no sé nada de ti. No sé qué es lo que ves en mí, no sé si sería lo mismo sin todo este asunto del emparejamiento. No sé si me deseas por alguna cosa de lobos o por mí. No sé si yo podría... —sacudió la cabeza perdiendo las fuerzas para decirle lo que sentía, que tenía miedo de quererlo—. ¿Qué demonios ves en mí? ¡Ya has visto que soy un desastre con patas!

Él se rio, pero no notó mofa hacia su persona o lo que le había dicho.

—Veo a una mujer que me gusta, a la que estoy descubriendo poco a poco, a quién he deseado desde el primer momento en que la oí, con quién me gustaría seguir descubriendo cosas y a quién quiero por lo patosa, responentona, marimandona y chillona que se pone a veces —le dijo sin más—. Eres mi compañera, te he estado esperando toda la vida, Cleo. Sí, es posible que gran parte de esta atracción venga por

mi lobo, pero eso solo ha sido la excusa perfecta para conocernos, para acercarnos, todo lo demás es lo que ambos estamos dando. Soy yo y no el lobo el que está descubriendo cómo te gusta dormir, de qué lado, qué te irrita, qué te produce alegría y son esas pequeñas cosas las que hacen que me esté enamorando cada vez más de ti.

Lo miró sin saber qué decir.

—Te quiero, lobita, pero creo que mañana podré quererte incluso más —le dijo con esa apabullante sinceridad que la desarmaba.

—No... no sé qué quieres que diga.

Estaba perdida, de mil maneras distintas, estaba perdida frente a él, frente a sus sentimientos.

Le posó la mano sobre la rodilla y se inclinó sobre su rostro.

—No tienes que decir nada que no sientas, Cleo y eso, ya lo haces a las mil maravillas —le guiñó un ojo y se levantó—. Por ahora, solo concédete a ti misma la oportunidad de conocerme. Deja que te enseñe quién soy, que te muestre mi mundo y lo que puedes encontrar en él.

Bajó los ojos y se miró sus propias manos.

—¿No quieres una declaración o algo?

Notó sus dedos levantándole la barbilla y sus ojos hicieron contacto.

—Hay dos palabras que me encantaría escuchar de tus labios —le acarició el inferior con el pulgar—, pero hasta ese momento, me conformo con tenerte.

«*Ya me tienes*».

Lo vio ladear la cabeza y comprendió con vergüenza que acababa de decir eso mentalmente, un pensamiento que él había captado a la perfección.

—Lo que quiero decir es...

Le cubrió los labios con un dedo, silenciándola.

«*En ese caso, amor, te conservaré*».

—Y ahora, ¿me acompañas dentro?

La pregunta llegó acompañada de su mano extendida.

—De verdad, me estoy muriendo de hambre —insistió con gesto quejumbroso—. Me muero por un chuletón poco hecho. ¿Te gustan los chuletones de ternera?

Hizo una mueca al pensar en ese pedazo de carne roja a la parrilla.

—Nada de carne cruda para mí, gracias —hizo una mueca—. ¿De verdad comes eso? Sonrió de medio lado y enlazó su mano para levantarla de golpe.

—Me gusta la carne poco hecha —aseguró jovial—. Pero si no te gusta algo así, mejor que nunca veas qué como... en forma lupina.

—*Puaj*, espero que te laves los dientes después de terminar.

Las carcajadas la acompañaron a lo largo de un rápido recorrido por la planta principal de la casa que los llevó a la cocina. El aroma de la carne a la brasa tiró de Jeremy como si lo hubiesen pillado con un anzuelo y los llevó a encontrarse con Jim apoyado con los brazos cruzados en el umbral y un par de mujeres de alrededor de los cincuenta que trajinaban entre fogones.

—Caray, no te esperaba hasta dentro de una hora por lo menos —comentó el hombre, quién paseó la mirada de uno al otro—. ¿Has dejado algún límite de velocidad sin batir?

Se encogió de hombros y tragó como si ya pudiese saborear la comida.

—Me estaba muriendo de hambre.

Enarcó una ceja y la miró a ella, quién se limitó a encogerse de hombros.

—Debe ser verdad —comentó—. No ha hecho más que repetirlo.

El hombre asintió, la recorrió de los pies a la cabeza y finalmente la miró a los ojos con la misma amabilidad e interés que en su primer encuentro.

—Bienvenida a casa, Cleo.

Parpadeó y se sonrojó de inmediato.

—Um... gracias, creo —aceptó sin saber muy bien cómo interpretarían su presencia allí—. Pero solo vengo de fin de semana.

Sus labios se curvaron lentamente.

—Igual que todos nosotros —murmuró, entonces señaló a cada una de las mujeres, ya que su compañero estaba levantando ya las tapas de las cazuelas para ver qué había dentro—. Ella es Arabela, mi madre y la dama que está dándole con la pala de madera en la mano al alfa, es mi amor frustrado, Henriette.

—Quita las manos de mis cazuelas ahora mismo —escuchó la voz suave y delicada de la mujer, la cual contrastaba con su generoso volumen—. De verdad, no hay forma de enseñarte modales, Jemmy.

El aludido se rio por lo bajo, enlazó la cintura de la mujer y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Casi un mes sin verme y me recibes así, mamá.

¿Mamá? El shock fue instantáneo.

—Cleo, te presento a Henriette, mi madre —le dijo soltando ya a la mujer que amenazaba con zurrarle de nuevo—. Mamá, Arabela, ella es mi compañera, Cleopatra.

—Bienvenida al rancho Nebraska Wolf, querida —la saludó Arabela.

La otra mujer se limpió las manos en el delantal y se acercó a ella.

—Nos alegra infinitamente tenerte aquí con nosotros, Cleo —le sonrió con amabilidad al tiempo que le cogía las manos—. Espero que consideres esta tu casa a partir de ahora. Jemmy no ha dejado de hablar de ti desde que te conoció. Lamento mucho que hayas sufrido sus malos modales.

Enarcó una ceja y se giró hacia él.

—¿Malos modales? —preguntó intentando no sonar histérica.

«¿Qué le dijiste?».

La sonrisa fue totalmente lobuna.

—En realidad no fui yo, Jim se encargó de convertir nuestro primer encuentro en el cotilleo del mes —comentó con gesto inocente—. Así que, como aquí el beta tiende a exagerar las cosas para darle más... creatividad, le conté la verdad. Que te

confundí con un ladrón e intenté arrestarte.

—¿Has perdido un tornillo? ¿Cómo pudiste decirle eso a tu madre? —jadeó sin darse cuenta de que lo había dicho también en voz alta.

Él se encogió de hombros.

—Pues igual que se lo dije a la tuya —aseguró risueño—. ¿Comemos? Tengo un hambre lobuna.

Entrecerró los ojos dispuesto a clavarle algo de tenerlo a mano.

—Mira que bien, ahora haces chistes a tu propia costa —rezongó ella—. De casualidad no sabrás también la frecuencia de los tornados, ¿no? Así podemos mandarte en el siguiente.

Se rio entre dientes y no fue el único.

—Ves, Henriette —comentó Jim rodeando a la mujer con el brazo—. A esto me refería cuando dije que la casa estaría llena.

La mujer se echó a reír.

—Ya lo veo, ya lo veo.

El brazo de su compañero la rodeó por la cintura para hacerla girar y empujarla hacia una puerta abierta al otro lado de la enorme habitación.

—Vamos lobita, vamos a comer.

No pudo oponerse, ni siquiera le dio tiempo a despedirse, la arrastró como había hecho antes terminando de enseñarle el resto de la planta principal antes de sentarse a la mesa y dar cuenta de una deliciosa comida casera.

CAPÍTULO 18

Apoyado en una de las columnas del porche, Jeremy no podía dejar de contemplar a Cleo mientras charlaba animadamente sobre las distintas recetas de cocina, de salsas y demás cosas que su madre había dispuesto para la comida. La vergüenza y desubicación del principio pronto quedaron olvidados bajo el calor hogareño y la afable conversación que surgió alrededor de la mesa, más pronto que tarde, su deliciosa compañera se había enfrascado en una rocambolesca conversación sobre tratamientos paliativos para enfermedades equinas, mejoras en la nutrición y pasar por último a las recetas de cocina. Sin duda amaba su trabajo y a juzgar por lo que había visto con Santana, era realmente buena, una cirujano con mano firme y precisión milimétrica.

No dejaba de sorprenderlo y disfrutaba inmensamente descubriendo esos pequeños detalles que la hacían especial y única para él.

—Hacía tiempo que no veía a Henriette tan emocionada —oyó la voz de Jim a sus espaldas—. Esa pequeña loba tuya parece que va a marcar un antes y un después en este rancho.

Su madre había cambiado mucho en los últimos años, desde la pérdida de su compañero no había vuelto a ser la misma. Si hoy en día estaba allí y era por él, porque la había necesitado más que nunca durante aquellos momentos y no pudo pensar siquiera en dejarle solo. A esa mujer le debía mucho más que el que le trajese al mundo, gracias a ella, a su fortaleza y a sus enseñanzas, se había convertido en el hombre que era hoy en día.

—Eso parece —aceptó complacido con la vista de las dos hembras que más le importaban en el mundo—. Solo espero que Cleo llegue a apreciar este lugar como propio también.

—Dale tiempo, todavía está haciéndose a la idea de lo que le ha caído encima —argulló Jim—. Pero a juzgar por lo que he oído en la mesa, todo lo que tienes que hacer es llevarla a los establos y presentarle a cada uno de los caballos.

Sonrió al recordar cómo se le habían iluminado los ojos cuando empezaron a hablar del ganado y de la yeguada de ese año. El oír la palabra “caballo” había sido como “*Disneyworld*” para un niño.

—Un azucarillo para otra bonita yegua —sonrió de medio lado y se giró hacia él—. ¿Odin ha aterrizado ya?

—Hace cosa de diez minutos, llegarán aquí en una hora.

Asintió y echó un último vistazo a su compañera, quién se había girado en su dirección y lo miraba con gesto entre preocupado y curioso.

«*No pasa nada, amor. Los jefes de las regiones están a punto de dejarse caer. Estaremos en la biblioteca, si me necesitas no tienes más que contactarme*».

«¿Me contarás después lo que descubras? Quiero saber lo que está pasando, especialmente después de haberme dado un susto de muerte».

Asintió, no quería ocultarle nada, como parte implicada, tenía derecho a saber el motivo por el que habían entrado en su clínica y eso haría también que recelase y estuviese alerta ante cualquier posible incursión futura.

«Te pondré al tanto tan pronto terminemos. Entre tú y yo no habrá secretos, Cleo. Lo que yo sepa, tú lo sabrás».

Pudo ver cómo dejaba escapar el aire, era como si con sus palabras le hubiese hecho un regalo.

—De acuerdo —contestó ahora en voz alta sorprendiendo a los demás, que no estaban al tanto de la conversación—. En ese caso, que te diviertas.

Sonrió ampliamente y sacudió la cabeza.

—No sé si podría encontrar diversión en una habitación llena de lobos dominantes, pero lo intentaré.

Jim se rio por lo bajo y entró de nuevo con él en la casa.

—Estás perdido, socio, irremediablemente perdido.

Lo miró de medio lado sin perder la sonrisa.

—Espera a que te toque a ti y luego hablamos —le soltó y le señaló el pasillo que llevaba hacia la puerta de atrás—. Jonah acaba de traspasar los límites de la propiedad, estará aquí en cuestión de minutos. Viene con Ross.

Jim sacó el teléfono del bolsillo y tras mirarlo asintió.

—Odin y Quinn ya están de camino, en media hora estarán aquí —silbó—. Otro que también le pisa. Al final, los alfas vais a tener que hacer una colecta para pagar las multas por exceso de velocidad.

—¿Y Galen? —preguntó por el alfa del territorio contiguo al suyo.

—Estará aquí de un momento a otro —corroboró—, recogerá a Murdock por el camino. Me sorprendería si no estuviese ya correteando por el rancho. Velkan dijo que estará disponible tan pronto inicies la reunión; Arik está con él y no parecía precisamente contento con las recientes noticias.

Puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo lo está?

Hizo una mueca.

—Quizá lo esté durante el día del juicio final.

Resopló ante lo que se avecinaba. No recordaba la última vez que se había dado una situación parecida, desde que él estaba al mando, esta era la primera vez que se convocaba una reunión de estas características.

—Santana se conectará vía videoconferencia —le informó—, Isabel no le deja mover un solo dedo.

—Era de esperar que lo hiciese —asintió pensando en la morena y en lo preocupada que había estado por su compañero.

—¿Crees que podemos estar ante algo importante?

—Desde luego no es una nimiedad —aseguró con un mohín—, las desapariciones de algunos jóvenes lobos, el inesperado ataque... tiene que haber un motivo oculto.

—Uno que espero no tardemos mucho en sacar a la luz.

Ambos se giraron ante la profunda y ronca voz del alfa de la región centro noroeste del país, Galen Stavros, quien acababa de entrar acompañado de Murdock y su beta.

—Jeremy, me alegra ver que estás de una pieza —comentó el hombre tendiéndole la mano—. Y felicidades, por cierto, el viejo me ha puesto al corriente de los recientes acontecimientos. ¿Tu compañera está bien?

Estrechó la mano del alfa y asintió.

—Un poco vapuleada por los acontecimientos pero bien —agradeció el interés y miró a su rastreador—. ¿Algo sobre los chicos desaparecidos?

Murdock negó con la cabeza.

—Ni rastro —aseguró el curtido hombre—. Es como si se los hubiese tragado la tierra, Jer. No lo entiendo. No hay ni un jodido rastro y sus familias empiezan a ponerse cada vez más tensas. Les preocupa que pueda haberles ocurrido algo.

—¿Se han reportado nuevas desapariciones de alguna de las otras regiones? —preguntó Galen.

Jim negó con la cabeza.

—No más de las que ya sabemos —aseguró el lobo—. Junto con los dos chicos que reportaste tú, a día de hoy hay seis desaparecidos y curiosamente son todos supervivientes de aquella masacre.

Gruñó y no fue el único.

—Esperemos a que lleguen Odin y Jonah y veremos que tienen que decir al respecto.

Asintió y los invitó a acompañarle a la biblioteca.

—Va a ser una reunión larga —murmuró mirando a Galen.

—Eso me temo, amigo —concordó el alfa—. Solo esperemos que sirva de algo y podamos descubrir qué diablos está pasando aquí. No me hace el menor chiste tener alguna bomba de relojería dormida dentro de mi territorio.

—Ni a mí, compañero, ni a mí.

CAPÍTULO 19

La reunión se había extendido tanto o más de lo que había previsto. Jeremy echó un vistazo a través de la venta y suspiró con cansancio, la noche empezaba a caer ya sobre Nebraska, su fino oído podía captar sutiles movimientos en toda la casa y fuera de ella. Su lobo estaba ansioso, necesitaba correr, todo el estrés de los últimos días le estaba pasando factura y si no hacía algo pronto, acabaría subiéndose por las paredes.

Odin se levantó dejando la silla que había ocupado a su izquierda y se acercó también a la ventana. El alfa de Nevada parecía demasiado tranquilo, de hecho incluso aburrido, pero no era más que una fachada. Él, al igual que todos los presentes, estaban tensos y preocupados, lo que habían podido dilucidar de las conversaciones llevadas a cabo no era ni mucho menos tan esperanzados y útil como hubiese deseado que fuese.

—Será complicado dar con los supervivientes del clan —comentó el lobo de aspecto nórdico—. Han pasado diez años y si bien no es mucho tiempo, es más que suficiente si alguien quiere desaparecer.

Y en eso estaba totalmente de acuerdo. En su propio territorio había al menos un refugiado, pero tal y como había informado Murdock, podían ponerlo en la lista de desaparecidos.

—Al menos sabemos cuántos siguen con vida y quienes les hemos dado refugio —añadió Galen intercambiando miradas con sus compañeros al tiempo que se servía un par de dedos de whisky—. Sin contar los dos cadáveres y las dos desapariciones confirmadas en el territorio de Jer y el mío, sabemos que hay cuatro supervivientes de esa masacre a los que hay que vigilar.

—Hay que encontrarlos y averiguar si alguien se ha puesto en contacto con ellos y para qué —añadió Odin—. Si han conseguido meterles en la cabeza a esos dos pobres desgraciados que Santana y el resto de nosotros hemos sido responsables de esa masacre, es de esperar que lo intenten de nuevo.

Jonah sacudió la cabeza, el hombre no había dejado de tamborilear con los dedos la superficie de la mesa como si de esa manera pudiese concentrarse mejor.

—Los más jóvenes fueron colocados en familias de acogida —recordó lo sucedido en su caso—. Habría que localizar ahora a esas familias y ver si todavía mantienen el contacto con los refugiados.

—Tenemos que evitar a toda costa que esto trascienda —añadió Santana, quién seguía con ellos a pesar de su debilidad a través de la videoconferencia—. No nos beneficiará en nada el que nuestra gente entre en pánico al saber que sus dirigentes tienen una diana en el pecho.

Jeremy asintió y retomó la conversación.

—Todavía no sabemos si esto ha sido algo aislado o simplemente un aviso, pero

quién esté detrás de esto sospechará que hemos sido alertados cuando vea que sus peones no regresan —argumentó—, por no hablar del inesperado accidente de caza de Santana, el cual lo va a obligar a estar un par de semanas de reposo absoluto.

—O un mes entero —rumió Isabel, la única mujer presente en la reunión. Ella no se había separado de Santana ni un solo instante.

Su compañero le apretó la mano y se la llevó a los labios para calmarla antes de adoptar de nuevo el gesto serio y hablar para ellos.

—Os sugeriría así mismo que redobléis la vigilancia sobre vuestras compañeras, aquellos que estéis emparejados —continuó, haciéndolo consciente de la realidad a la que se había tenido que enfrentar tras la explicación previa del tejano—. El acabar en la clínica veterinaria no fue algo fortuito, le echaron el ojo a Cleo en cuanto Jeremy la reclamó. El acabar con la compañera de un alfa parecía casi tan buen plan como acabar con el propio alfa.

No pudo contener el gruñido que surgió de su garganta y tampoco pretendió hacerlo. Cualquiera que amenazase a su pareja saldría con los pies por delante.

—Esa pequeña hembra les plantó cara como una verdadera loba —aseguró con palpable orgullo—. Le debo la vida, *amigo*. Si me necesita, me tendrá a mí y a mi manada a su disposición.

Una oferta que muy pocos lobos hacían, pensó Jeremy orgulloso de su pequeña loba. Era el privilegio de una hembra emparejada con un alfa el reclamar una manada como suya, raras veces ocurría lo contrario, especialmente porque estaba su compañero y la manada de él para procurarle esa seguridad. Que alguien ajeno le ofreciese cobijo y lealtad, era un tesoro de valor incalculable entre los suyos.

—Interesante lobita la que el destino ha puesto en tu camino, Jeremy —comentó así mismo Jonah—. Felicidades por tu reciente emparejamiento.

Asintió en agradecimiento por las palabras del alfa de Missouri, Jonah Emerson era uno de los alfas que más tiempo llevaba al mando de su manada y llevaba emparejado cuatro años con una loba europea.

—Sí, es una cosita succulenta —añadió Galen—, felicidades, Jer.

Sus ojos se clavaron en el alfa de la región vecina y entrecerró los ojos. Galen eran un gran lobo, pero su historia con las mujeres corría como pólvora entre los suyos.

—Está fuera de tu menú —gruñó a modo de advertencia—, ni la mires siquiera.

El hombre se rio entre dientes.

—Conoces el código, Jer, nada de flirtear o tocar a las hembras reclamadas y emparejadas de otro lobo —le dedicó un guiño—. Pero nadie dijo que no se pudiesen admirar desde lejos.

Sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco.

—Es humana —añadió Odin entonces atrayendo la atención sobre él—. Junto a Bryony y Shane, son ya tres las hembras humanas emparejadas recientemente con los alfas.

—Un cambio interesante —asintió Galen—. Pero también es una jodida complicación. Es un milagro que no se vuelvan tarumbas con el «*Hola nena, soy tu lobo feroz*».

—Su base genética tiene que ser especialmente fuerte para terminar vinculadas con un alfa —comentó Jonah—. No es la primera vez que ocurre con otros miembros de la manada, con lobos comunes, incluso con los betas, pero con un alfa... el gen dominante es muy fuerte.

—No hay muchas lobas con el gen dominante —aceptó Quinn, quién hasta el momento había permanecido en silencio—, y es prácticamente un requisito para terminar emparejadas con uno de vosotros. De todas formas, una de las humanas que ahora está vinculada con un alfa, estuvo previamente destinada a ser compañera de un miembro común de la manada.

—Cierto —corroboró Odin—. Así que tiene que tratarse de algo más que un gen dominante o lo que sea.

—¿El destino? —sugirió Jonah—. Después de todo, nunca sabes con quién vas a terminar emparejándote.

—Lobas dominantes no habrá, ¿pero perras? De esas a montones —chasqueó Galen—. Y dicho esto, espero que la mía tarde mucho, pero que muchísimo tiempo en asomar la nariz y mover la cola.

Odiaría tener que limitarme a una sola presa habiendo tanta caza dispuesta a salir a jugar con este cazador.

La mayoría de los presentes bufó o puso caras ante el típico comentario de Galen.

—El día en que el destino llame a tu puerta, vas a morder el polvo como todos, Gal —le aseguró Jonah—. Solo pido estar ahí ese día para verte caer.

Las risas se sucedieron diluyendo poco a poco la tensión que se había acumulado en la habitación.

—Ahora, lo principal, es encontrar a los supervivientes refugiados y comprobar que están de una pieza y no les han lavado el cerebro —comentó Santana, quién estaba viviblemente agotado.

—Eso será lo primero en nuestras listas —aseguró Jonah levantándose también—. Creo que podemos ya dar por cerrada la reunión. Tú necesitas una siesta y de inmediato, Mikel, cada vez te pareces más a un cadáver.

—Yo también te quiero —el aludido le enseñó el dedo corazón.

—Habrá que estar en contacto con los alfas de territorio americano —añadió Odin—. Velkan tiene razón, puede que por proximidad nos hayan involucrado solo a nosotros, pero no está de más tener apoyo. Los lobos de América tienen que tener un frente común.

—El principito iba a encargarse de ello y conociéndole, estará ya en conferencia con todos —resopló Galen—. Tiene una habilidad especial para sacar a todo el mundo de quicio con solo mover la mano y decir hola.

—Le hace falta entretenimiento femenino —comentó Jim, quién hasta el

momento había permanecido callado.

—Pues no será por hembras —replicó Galen con una mueca—. ¿Wolf ha hecho alguna nueva apuesta que yo me haya perdido?

—¿Después de la de Luke? —respondió Odin—. No.

—Wolf y sus apuestas —resopló, pensando en el viejo lobo y en cómo nunca perdía una.

«¿Jeremy?».

La sutil caricia en su mente producida por la voz de su compañera lo sintonizó de inmediato con ella. Podía sentirla al otro lado de la puerta, la había sentido durante gran parte de la reunión, como si quisiese entrar pero no se atreviese a hacerlo.

«Puedes entrar, Cleo. Ya hemos terminado».

—¿Entrar en una habitación llena de testosterona? No gracias.

La respuesta fue captada por todos los miembros lobunos presentes, con sus sentidos agudizados no tuvieron problemas para escucharla y su intervención arrancó una vez más varias risitas.

Galen, que seguía junto a la botella de whisky, lo miró, le dedicó un guiño y abrió la puerta sorprendiendo a la muchacha.

—Tranquila, cosita, aquí nadie morderá a una lobita recién llegada como tú.

Cleo dio un respingo y retrocedió instintivamente. No podía culparla, no muchas hembras o machos podían quedarse quietos ante una montaña humana como la que era Galen. El alfa medía casi dos metros y tenía una complexión fuerte que se mantenía también en su forma lupina; era uno de los ejemplares más grandes que conocía.

El nerviosismo que la recorría llegó hasta él activando al momento cada uno de sus nuevos instintos protectores.

—Déjame que adivine, lo he dicho en voz alta y todos lo habéis escuchado con vuestros súper poderes caninos, ¿no?

El lobo se echó a reír a carcajadas, entonces se giró de nuevo hacia él y pidió permiso. Nadie tocaba a una loba, menos aún a una recién emparejada, sin el permiso de su compañero. No a menos que quisieran quedarse sin alguna parte del cuerpo.

—Premio —respondió nuevamente y le tendió la mano—. Soy Galen Stavros, bienvenida a la manada.

Uno a uno los alfas presentes siguieron su ejemplo presentándose a sí mismos y dándoles la bienvenida, sus escoltas se limitaron a saludar con la cabeza cuando fueron presentados.

—Respira, Cleo —escuchó la voz de Jim al ver el claro sofoco que la envolvía. Su beta había adoptado el papel de lobo guardián para con la compañera de su alfa—. Aquí hay aire suficiente para todos.

—Yo no lo diría muy alto —comentó paseando la mirada por cada uno de ellos—, podría asustarse y salir corriendo.

Las risas inundaron la biblioteca, momento más que perfecto que le permitió

cruzar la habitación y envolverla con sus brazos. Estaba temblando.

—Tranquila, pueden carecer de modales, pero son buena gente —le susurró al oído para luego besárselo—. Y tú les has gustado.

—¿Gustado como para comer?

Negó con la cabeza.

—Gustado como para que te hablen y se hayan presentado a sí mismos —le acarició el cuello con la nariz y finalmente se incorporó para dirigirse a los presentes—. Caballeros, estáis en vuestra casa.

No esperó a escuchar la respuesta, todos conocían el rancho y habían estado anteriormente.

Algunos se quedarían a pasar la noche y otros se marcharían inmediatamente, pero a ninguno le extrañaría la ausencia de su anfitrión, especialmente cuando estaba recién emparejado y tenía a su compañera a mano.

—Creo que te perdiste la definición del término anfitrión —murmuró ella mientras la sacaba de la casa.

Sonrió de medio lado y negó con la cabeza.

—Conocen la casa, ya han estado más veces y podrán arreglárselas —aseguró—. Si quieren comer, solo tienen que dejarse caer por la cocina y los cebarán como a cerdos. Además, yo tengo algo mucho más importante de lo que ocuparme ahora mismo.

—¿El qué?

Le cogió la barbilla y se la acarició.

—Tú.

CAPÍTULO 20

Jeremy tenía que ser el hombre más imprevisible de todos los tiempos pensó Cleo tumbada a su lado en la planta superior del granero. La trampilla abierta dejaba entrar la suave y fresca brisa nocturna al tiempo que le permitía contemplar las estrellas. La había arrastrado allí después de dejar plantados a sus invitados y mostrarle los establos mejor cuidados que había visto en su vida.

¿Y los caballos? Oh dios. ¡Qué bella estampa la de la yegua ruana! Eso sí que había sido amor a primera vista, se había pasado más de media hora correteando como una niña con zapatos nuevos de división en división conociendo a los habitantes del lugar. Su compañero había hecho incluso un puchero al decir que le gustaban más los caballos que los lobos y ella lo había dejado con un palmo de narices diciéndole que sí.

Nunca había visto a un hombre enfurruñarse tan rápidamente como lo hizo él. De hecho, cambió allí mismo, sin alertarla siquiera, en un momento era ese hombre caliente que la volvía loca y al siguiente un enorme y magnífico lobo marrón sacudiéndose el pelo.

«Que sepas que soy mucho más listo, más rápido y más caliente por las noches».

Levantó ese hocico, sacudió la cola y le dio la espalda con una elegancia pasmosa antes de trotar fuera del establo.

No pudo evitarlo, se había echado a reír como una loca hasta el punto de que le saltaron las lágrimas solo para tenerlo de vuelta a su lado, todo preocupado y pidiéndole que no llorase.

Al recordar ese momento volvió a echarse a reír.

—¿Puedes parar ya? —rezongó él a su lado—. Te has reído de mí suficiente para lo que me queda de vida.

—Es que... es que, es que no puedo evitarlo —rio abiertamente—. Actuaste como una auténtica reina del drama peluda. Ese movimiento de cola fue genial.

—Tengo un estilo innato —aseguró muy serio.

Eso hizo que volviese a reírse a carcajadas.

—Ay, Jeremy —sacudió la cabeza intentando contenerse, se levantó las gafas y se secó las lágrimas que le provocaba la risa—. Gracias por insistir tanto en que viniese, creo que no me reía tanto desde... uf, nunca.

—Me alegra que lo estés pasando bien a mi costa, compañera.

Parpadeó, volvió a colocarse las gafas y lo miró un poco sorprendida.

—¿Me acabas de gruñir?

Él bufó en respuesta y se estiró sobre la manta que había preparado entre las balas de heno que se guardaban en el granero. El lugar no podía resultar más absurdo y al mismo tiempo más adecuado.

Allí no tenía que enfrentarse a nadie, no tenía que esforzarse por sonreír, estaba por encima de todos los demás, oculta de la vista y en la única compañía que podía tolerar ahora mismo.

—¿Te das cuenta de que estamos en el granero, qué huele a heno, caballos y...?

—Cleo, si tuvieses mi olfato sabrías exactamente a que huele un granero —la interrumpió desperezándose—, pero al menos aquí nadie nos molestará.

Miró a su alrededor. Era difícil que alguien fuese a hacerlo cuando había quitado la escalera por la que se subía.

—Cuando era niño y quería escaquearme de las tareas propias de un rancho, subía aquí arriba —le explicó—. Mi padre, por supuesto, sabía dónde me ocultaba, pero tenía una forma muy curiosa de hacer que me delatase a mí mismo.

—¿Cuál?

—*Es una pena que Jemmy se haya ido antes de probar el chocolate negro que he traído de la ciudad* —imitó una voz profunda y ronca—. Era oír la palabra chocolate y salir de dónde estuviese escondido a la velocidad de la luz.

Sonrió y se estiró sobre la improvisada cama.

—Así que te gusta el chocolate.

Su respuesta llegó acompañada de una tableta de *Hershey's* que extrajo de la cesta con la que había aparecido antes de arrastrarla allí arriba. Habían disfrutado de una cena fría a base de bocadillos, queso y algo de fruta.

—Lo confieso, es uno de mis mayores vicios —aseguró rompiendo el envoltorio—. Bueno, lo era. Ahora el primero eres tú.

Aquella admisión la estremeció hasta lo más hondo.

—De hecho, el chocolate es la única cosa que siempre me he resistido a compartir —aseguró al tiempo que partía un par de onzas y le ponía una delante de los labios—, hasta ahora mismo.

Abrió la boca y dejó que la depositara sobre su lengua antes de cerrar los labios sobre sus dedos y lamer el chocolate. Dejó que la onza se derritiese en su boca y se deleitó del dulce sabor.

—¿Por qué me estás contando todo esto? —preguntó girándose hacia él—. No es que me queje.

Tu madre me ha contado ya una buena cantidad de anécdotas propias...

Sus palabras se perdieron cuando sus ojos se encontraron con los suyos.

—Porque quiero que me conozcas, quiero convertirme en tu mejor amigo, en tu amante, algún día en el padre de tus hijos —aseguró mirándola—. Te quiero, Cleo y quiero serlo todo para ti.

No supo qué decir ante tan abierta declaración así que apartó la mirada y optó por cambiar de tema.

—¿Habéis conseguido sacar algo en claro de la reunión de esta tarde?

Se lamió los dedos, le dejó el chocolate sobre el regazo y se recostó con el brazo tras la cabeza.

—Demasiadas incógnitas y pocas respuestas —ofreció sin vacilación—. Existe la sospecha de que alguien quiere desestabilizar el poder de las regiones. Sin alfa dirigente o alguien preparado para sustituirle, las manadas son presa fácil para cualquiera que desee hacerse con el poder. Ya has visto lo que una mentira ha provocado en dos chicos y en lo que los convirtió.

Se estremeció al recordar el vívido suceso.

—Hace falta mucho más que una mentira para hacer algo así —aseguró.

—Cuando crees en lo que se te dice, cuando piensas que es la verdad y que a causa de ello te lo han arrebatado todo, hasta la más pequeña mentira puede ser la chispa que se necesita para iniciar una guerra.

—¿Habéis llegado a alguna conclusión entonces? ¿Alguna idea de lo que podéis hacer?

—Lo único que puede hacerse —suspiró—. Evitar que se repita lo que le ocurrió a Santana e intentar localizar a los supervivientes de aquella matanza para evitar que se conviertan en mártires de una causa perdida.

Se lamió los labios y tragó sintiendo el sabor del chocolate presente en su boca.

—Henriette me dijo que tu padre había muerto en aquella época.

La mujer la había sorprendido con su franqueza, muy similar a la de su hijo. No solo le había dado la bienvenida con los brazos abiertos, se había ofrecido a escucharla si necesitaba hablar, a responder a cualquier pregunta que tuviese y le había hablado de cosas que la hicieron ver al hombre que estaba junto a ella de otra manera.

Jeremy guardó silencio durante unos minutos, entonces arrancó a hablar.

—Él fue uno de los que vio el humo, estaba de caza con algunos chicos del clan, yo incluido —murmuró con voz apagada y lejana, como perdido en el recuerdo—. El viento cambió y fue cuando oímos no solo el humo sino también la sangre. Nos envió a dar la voz de alarma y partió como un rayo hacia el lugar. No se pudo hacer gran cosa, muchos perecieron y los pocos supervivientes, se vieron obligados a empezar de nuevo dentro de otros territorios sin nada más que su propia vida y recuerdos.

Se lamió los labios como si le costase hablar de ello o encontrar las palabras.

—Él ya estaba enfermo, llevaba unos meses sin encontrarse demasiado bien y el esfuerzo de esa noche terminó cobrándose más vidas de las que habían estado en ese pueblecito —finalizó con voz firme y monótona—. Murió mientras dormía tres días después de aquello. Creo que si mi madre no hubiese tenido que cuidar de mí y asegurarse de que yo le sucedía como líder de la manada, lo habría seguido.

Se incorporó hasta apoyarse sobre un codo y poder mirarle a la cara.

—¿Por eso te hiciste policía?

Ella miró y asintió.

—En parte, sí. Los lobos somos animales de costumbres y muy territoriales —se encogió de hombros—. Tienes que demostrar que eres digno de ser líder, que puedes

proteger a aquellos que están a tu cargo. Pero más allá de eso, la academia me permitió encauzar toda la ira que padecía en esos momentos, canalizarla y enfocarla en algo más provechoso. Me enseñó a dominarme y a ser objetivo.

Ella hizo un gesto con la cabeza hacia el exterior.

—A juzgar por lo que vi en esa habitación ahí dentro, diría que has alcanzado tu meta.

Sonrió y se incorporó para capturar sus labios en un breve beso.

—Si algo soy en esta vida, es cabezota —le dijo acariciándole los labios con el pulgar—. Me propuse convertirme en un alfa digno de mi manada y aquí estoy, me propuse conseguir que me perdonaras y, si bien me lo pusiste *muy* difícil, conseguí que lo hicieras. Ahora solo me falta conseguir una cosa más.

Parpadeó.

—¿El qué?

—Ser todo para ti.

«*Quiero que me conozcas, quiero convertirme en tu mejor amigo, en tu amante, algún día en el padre de tus hijos. Te quiero, Cleo y quiero serlo todo para ti*».

Las palabras que le había dicho al poco de llegar seguían muy presentes en su mente, en su alma y empezaban a hundirse en su corazón sin que pudiese evitarlo.

Lo deseaba, deseaba cada una de esas cosas, pero no estaba segura de si podría estar a la altura, de si sería suficiente. No quería volver a equivocarse.

—Yo también quiero que seas algo para mí —se encontró poniendo en palabras aquello que sentía, que si bien no era lógico, estaba ahí.

—¿El qué, lobita?

Se lamió los labios y dejó que la palabra surgiese como un susurro.

—Mío.

La ternura que siempre habitaba en sus ojos cuando la miraba caló más hondo que nunca, vio el amor que no intentaba ocultar, el deseo siempre presente y se vio a ella misma; vio su reflejo.

—Ya lo soy, Cleo, siempre lo seré.

Extendió la mano y le acarició la barbuda mejilla con los dedos.

—Hay algo que quiero decirte, pero solo quiero que lo escuches tú y no todo lobo viviente a cien kilómetros a la redonda.

Enarcó una ceja ante su misticismo.

—Susúrramelo al oído —se inclinó sobre ella—, y lo que me digas, será solo para ti y para mí.

Se inclinó sobre él, cobijada en sus brazos, sintiéndose querida y atesorada como nunca antes lo había sido, cerró los ojos y dejó que esas dos sencillas palabras le dijiesen todo lo que no era capaz de expresar.

—Te quiero.

La abrazó y depositó sobre su pecho, le apartó el pelo de la cara y la contempló.

—De acuerdo amor, tú ganas la guerra —la sorprendió—. Esas dos palabras

harán de mí eternamente tu prisionero.

Se echó a reír y lo abrazó para perderse a continuación en su beso. Puede que no fuese perfecto, puede que hubiese mil y una cosas que todavía debía descubrir, pero si ese adorable lobo permanecía a su lado, no había nada que no pudiese superar.

«Te quiero, mi adorado lobo».

«Y yo a ti, compañera. Y yo a ti».

EPÍLOGO

Un mes después...

Cleo no podía creer que hubiese accedido a aquello. Sus padres estaban ahora mismo en el porche del rancho *Nebraska Wolf* hablando entusiasmados con Henriette, Anabela y Jim mientras disfrutaban de una temprana merienda.

Jeremy los había invitado a reunirse con ellos ese fin de semana, algo que no le había dicho hasta después de abrir la puerta y encontrarse con su exultante madre vestida con pantalones vaqueros y una camisa campera. ¡Ver para creer!

La sorpresa había sido tal que se había quedado sin palabras, por suerte, su encantadora madre se había hecho cargo del asunto al momento y rellenó todos los huecos y explicaciones que eran necesarios.

Suspiró, incluso su padre parecía otro. Sabía que le gustaba el campo, siempre le había gustado y el tener la posibilidad de recorrer el rancho e incluso montar a caballo, parecía haberlo rejuvenecido varios años.

—¿Qué ocurre lobita? —escuchó en su oído al mismo tiempo que unos fuertes brazos le rodeaban la cintura—. ¿En qué estás pensando?

Ladeó la cabeza para mirarle y enarcó una ceja.

—¿De verdad tienes que preguntármelo? —rezongó—. ¿Por qué no me dijiste que los habías invitado? Yo podría haber...

La besó en los labios para hacerla callar.

—Porque quería darte una sorpresa y quería que estuviesen presentes cuando hiciese esto.

Sin dar más explicaciones, le soltó la cintura y la cogió de la mano para tirar de ella hasta el centro del porche.

—Sé que las cosas para ti no han sido fáciles, que has tenido que enfrentarte a toda clase de locuras desde que nos conocimos y a pesar de ello, has confiado en mí lo suficiente como para darnos a ambos una oportunidad —le dijo. Entonces se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón, sacó una pequeña cajita de terciopelo azul y echando una rodilla a tierra, le mostró el contenido—. Así que, ahora es mi turno.

Abrió la boca incapaz de decir una sola palabra, demasiado sorprendida, alucinada incluso de lo que estaba ocurriendo delante de sus propias narices.

—Cleopatra Helena DeGucci —pronunció su nombre completo con una solemnidad y ternura que la estremeció—. Eres la mujer que siempre he estado esperando, la compañera que me fue prometida y que hoy por fin tengo delante de mí. Te quiero como hombre y te venero como lobo...

Parpadeó sin poder dejar de mirar el sencillo y bonito anillo que le estaba

presentando, una sencilla banda de oro blanco con una cabeza de lobo enroscada alrededor de un pequeño brillante azul.

—¿Quieres casarte conmigo?

Una lágrima tras otra le nubló la visión y humedecieron las gafas. Se las quitó y se frotó los ojos.

—Serás idiota.

—¿Eso es un sí, lobita?

Sorbió por la nariz y asintió, era incapaz de hacer otra cosa, de pensar en nada más que ese maldito lobo arrodillado frente a ella con un anillo.

—Sí, idiota, es un sí.

—Menos mal.

Su alivio la hizo reír. Notó su mano cogiendo la de ella y pronto el aro de oro blanco ocupó su dedo.

—¿Por qué lo has hecho? —musitó intentando mirarlo a través de las lágrimas—. Tú dijiste que según tu pueblo nosotros ya... ya estábamos casados.

Asintió al tiempo que le cogía el rostro entre las manos.

—Sí, lo estamos —le sonrió al tiempo que le borraba las lágrimas tras las gafas—, pero quiero que lo estemos también a la manera humana. Te quiero, Cleo y quiero que seas mía de todas las maneras posibles.

Respiró profundamente, se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos para poder susurrarle al oído:

—Te quiero, Jeremy —murmuró—. Ya seas el sexy y rudo poli que me tiró al suelo y me clavó la polla en el culo o el lobo que me lavó la cara, te quiero.

—Y no sabes lo mucho que me gusta oírtelo decir, amor mío.

Se echó a reír y se abrazó a él cuando la levantó y la hizo girar antes de gritar a todo aquel que quisiera oírle:

—Familia, ¡ha dicho que sí!

Los vítores y chillidos de alegría se unieron con su propia felicidad, pues en ese preciso momento y en los brazos de su lobo, se sentía la mujer más dichosa del mundo.